



Comportamientos Urbanos Responsables

Pablo Páramo, Ph.D.



uao

Universidad
Autónoma de
Occidente





COMPORTAMIENTOS URBANOS RESPONSABLES

Pablo Páramo Ph. D.

Páramo Bernal, Pablo

Comportamientos Urbanos Responsables / Páblo Páramo. – Primera edición. – Colombia: Universidad Pedagógica Nacional, Universidad Autónoma de Occidente, Universidad Icesi, 2026 - 233 páginas.

ISBN: 978-628-7928-47-3 / 978-628-7928-48-0 (PDF) / 978-628-7928-49-7 (EPUB)

Incluye: Referencias bibliográficas e ilustraciones a color.

1. Comportamiento urbano. 2. Cultura ciudadana. 3. Convivencia ciudadana. 4. Psicología ambiental. 5. Espacio público. 6. Estrategias y políticas educativas. I. Tít.
300 23 ed.

© Pablo Páramo Bernal

© Universidad Pedagógica Nacional
Helberth Augusto Choachí González
Rector

Alejandro Mantilla Quijano
**Vicerrector de Investigación,
Extensión y Proyección Social**

Víctor Espinosa Galán
Vicerrector Académico

Yaneth Romero Coca
Vicerrectora Administrativa y Financiera

Iván Camilo Aguilar Restrepo
Secretario General

Preparación editorial
Universidad Pedagógica Nacional
Grupo Interno de Trabajo Editorial
Calle 72 n.º 12-77.
Tercer piso, Edificio Administrativo
editorial.pedagogica.edu.co

Alba Lucía Bernal Cerquera
Coordinación y Edición

© Universidad Autónoma de Occidente

Equipo editorial
**Vicerrectoría de Investigaciones,
Innovación y Emprendimiento**
**Vicerrector de Investigaciones, Innovación
y Emprendimiento**
Jesús David Cardona Quiroz

José Julián Serrano Quimbaya
**Director de Divulgación y Apropiación
Social del Conocimiento**

Angélica María Bohórquez Borda
**Coordinadora editorial y de visibilización
de la CTeI**

Harold Cortés Recuero
Corrección de estilo

© Universidad Icesi.
Esteban Piedrahita Uribe
Rector

José Hernando Bahamón Lozano
Director Académico

Adolfo A. Abadía
Coordinador Editorial

Raquel Stephanie Muñoz Naranjo
**Diseño de carátula, diagramación y
maquetación**

ISBN: 978-628-7928-47-3 / 978-628-7928-48-0 (PDF) / 978-628-7928-49-7 (EPUB)

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.10.2026>

Publicado en Colombia / *Published in Colombia.*

las imágenes en el libro fueron realizadas con Open AI, ChatGPT.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio reprográfico, sin la autorización escrita de los editores y de los propietarios del copyright.

Primera edición, octubre de 2026



Tabla de contenido

Prólogo.....	9
Introducción	13
Capítulo 1. Calidad de vida, cultura ciudadana, convivencia y urbanidad.....	19
Aspectos fundamentales para alcanzar la convivencia ciudadana	23
Capítulo 2. Identidad, apego y apropiación del lugar	31
Identidad	31
Apropiación.....	33
Apego.....	41
Capítulo 3. Comportamientos Urbanos Responsables.....	45
La convivencia demanda ponerse de acuerdo.....	50
Capítulo 4. La formación en reglas para la convivencia.....	53
La regulación verbal.....	55
[In]sensibilidad al seguimiento de reglas y cómo abordarla	61
Capítulo 5. Estrategias para la implementación de los CUR.....	67
Aprendizaje por imitación	68
La dimensión comunicacional.....	74
El papel del cine y la televisión	85
Los murales y las exposiciones itinerantes sobre la historia de la ciudad	85

El diseño espacial, mantenimiento y mejora de la infraestructura urbana	91
Aplicación de tecnologías	106
Medidas económicas para incentivar CUR	107
Gobernanza para el Derecho a la Ciudad	109
Instrumentos administrativos y sanciones	110
Políticas Públicas y Regulaciones	111
La teoría del «empujón».....	119
Aplicación de la Teoría del Empujón a los Comportamientos Urbanos Responsables	121
Impacto a largo plazo de las estrategias de empujón en la vida urbana	124
Posibles inconvenientes y consideraciones éticas	124
Respuesta a las críticas de la Teoría del Empujón.....	125
Direcciones futuras e innovaciones en la Teoría del Empujón	128
Evaluación y retroalimentación	129
Las macro y metacontingencias	130
Ejemplos de señalización urbana incorporando macrocontingencias.....	141
Capítulo 6. Ciencia ciudadana.....	149
Participación ciudadana	149
Definición y alcance de la Ciencia Ciudadana	150
Importancia de la participación ciudadana en la investigación social	151
Beneficios de la Ciencia Ciudadana	156
Evaluación de los proyectos participativos.....	158
Desafíos y consideraciones en la implementación de la Ciencia Ciudadana.....	158
Ejemplos de Ciencia Ciudadana en acción	161

El futuro de la Ciencia Ciudadana en la promoción de CUR.....	162
Educación y conciencia social	163
Capítulo 7. Ética de los CUR.....	165
Las meta-reglas.....	169
Ética y Comportamientos Urbanos Responsables:	
La importancia de la responsabilidad individual y colectiva.....	172
Capítulo 8. Diseño de una señalización para promover	
Comportamientos Urbanos Responsables	189
Diagnóstico del contexto urbano.....	190
Objetivos claros y medibles.....	191
Diseño de la señalización urbana	192
Estrategias para la evaluación de la estrategia educativa	199
Conclusiones.....	203
Referencias	220

Prólogo

Mi interés sobre el estudio del comportamiento humano y su relación con el ambiente natural y construido tuvo lugar a comienzos de los años ochenta, cuando mi trayectoria académica —que venía de la investigación en procesos básicos del aprendizaje mediante investigación experimental con animales— tomó un giro inesperado y transformador. Ocurrió cuando me inscribí en un curso de diseño ambiental orientado a la planificación cultural, impartido por el profesor William Hutchinson, de la Universidad de Stony Brook en Nueva York, quien estaba de visita en Colombia. Lo que era solo una exploración en mi desarrollo académico se convirtió en una auténtica revolución en mi forma de entender el comportamiento humano y los espacios que habita.

Esa experiencia cambió profundamente mi enfoque de investigación. Por una parte, me alejó del entorno controlado de los laboratorios y por otra me llevó a los escenarios dinámicos y complejos del mundo real. Así, mi interés por los procesos básicos de aprendizaje se expandió para incluir las interacciones entre el comportamiento humano y los ambientes, tanto naturales como construidos. Sin abandonar los principios de una investigación rigurosa, comencé a interesarme por lo que más tarde se conocería como psicología ambiental, una disciplina emergente en ese momento.

Descubrí en el campo de la psicología una forma de enfocar mi curiosidad por la ciudad y su historia, heredada de la tradición oral de mi familia, que relataba las historias de mis tatarabuelos: Santiago Páramo, alcalde de Bogotá en 1826; su hijo, José Guillermo, alcalde del Distrito Parroquial de Bogotá en 1855, y mi padre, quien ocupó el cargo de alcalde local de la ciudad entre 1978 y 1982.

A medida que continuaba mi viaje académico, mis estudios de maestría en la Universidad de Surrey, en el Reino Unido, y más tarde el doctorado en la Universidad de la Ciudad de Nueva York, me ofrecieron una perspectiva interdisciplinaria más amplia. Surrey fue una plataforma ideal para combinar la teoría con metodologías novedosas y aplicaciones prácticas. En particular, me fascinó el estudio de los espacios públicos, lugares que sirven como escenarios para las interacciones humanas más diversas y ricas.

En la Universidad de la Ciudad de Nueva York, donde tomé seminarios con figuras destacadas como Setha Low, Lee Rivlin, Cindy Katz y Roger Hart, amplié mi enfoque. Mi tesis doctoral sobre el significado de los espacios públicos, guiada por Hart, representó el punto culminante de una década de formación y exploración intelectual.

Con el tiempo, esta exploración de las relaciones entre el comportamiento y el ambiente me llevó a profundizar en cuestiones prácticas. Durante las últimas dos décadas, y con el apoyo de la Universidad Pedagógica Nacional, he centrado mi investigación en la historia de las prácticas sociales en espacios públicos, la habitabilidad de los espacios públicos urbanos, la señalización urbana y la convivencia social.

El trabajo que presento en este libro es una síntesis de varias décadas de investigación sobre el comportamiento humano en el entorno urbano, con la participación de colegas y de antiguos estudiantes de maestría y doctorado de la Universidad Pedagógica Nacional.

Espero que las ideas y hallazgos presentados en este libro sirvan para inspirar a otros a continuar explorando las complejas relaciones entre el comportamiento humano y los espacios que habitamos. Este es un campo que continúa en constante evolución y estoy seguro de que los futuros investigadores aportarán nuevos enfoques y perspectivas.

Introducción

Imagine una ciudad en la que todos reciclan, pagan sus impuestos, cuidan los espacios públicos, respetan las normas de tránsito, ayudan a quienes lo necesitan y conservan el agua y la energía. Lograr este ideal parece desafiante en el diverso, bullicioso y muchas veces caótico entorno de la ciudad contemporánea.

Este libro aborda en la importancia de fomentar una convivencia ciudadana en la que los individuos asuman un papel protagónico en la regulación de su comportamiento a través de la regulación consciente y responsable de sus propias acciones.

La convivencia en una ciudad va más allá de compartir un espacio físico; también implica cómo interactuamos y de qué manera respetamos las normas implícitas. En este contexto, los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) son esenciales para asegurar el derecho a la ciudad y la calidad de vida urbana.

Estos comportamientos motivan a los ciudadanos a adoptar una actitud general de respeto y consideración hacia el entorno y hacia los demás, persiguiendo ideales comunes de ciudad. Desde participar en los planes de desarrollo, mantener la limpieza en los espacios públicos, respetar las normas de tránsito o reconocer la diferencia, cada acción cuenta para construir una comunidad cohesionada y agradable para todos.

En sintonía con los principios del Derecho a la Ciudad promovido por la Organización de las Naciones Unidas a través de ONU-Hábitat, este libro asume que toda persona tiene derecho

a habitar, usar, ocupar, producir, gobernar y disfrutar de ciudades justas, inclusivas, seguras, sostenibles y democráticas. La adopción de Comportamientos Urbanos Responsables contribuye directamente a este derecho colectivo, al garantizar la igualdad en el uso de los espacios públicos, promover la convivencia pacífica, asegurar el acceso libre y equitativo al entorno urbano, y fomentar prácticas que aseguren la sostenibilidad ambiental y la vida digna para todos, sin distinción de raza, género, edad, credos o condición social.

La educación desempeña un papel crucial en la promoción de las prácticas culturales que fomentan Comportamientos Urbanos Responsables. A través de la formación en reglas sociales y la sensibilización sobre su importancia, los ciudadanos aprenden a regular su conducta de manera autónoma. La formación en Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) proporciona las condiciones necesarias para la convivencia, pero va más allá: fomenta una mayor conciencia sobre el impacto de nuestras acciones.

Desde una perspectiva metodológica, el libro se fundamenta en un enfoque integrador que combina la revisión documental, la síntesis conceptual y el análisis de experiencias empíricas —incluidas las del autor—, con el propósito de ofrecer una propuesta sólida y contextualizada sobre los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR). El proceso investigativo partió de una exhaustiva revisión de literatura académica nacional e internacional relacionada con la convivencia ciudadana, habitabilidad, derecho a la ciudad y Ciencia Ciudadana, dentro de las disciplinas de la psicología ambiental,

la pedagogía urbana y el urbanismo. Con ello, se definieron los ejes teóricos y éticos que articulan esta propuesta. Asimismo, se incorporaron y contrastaron teorías clave de las ciencias del comportamiento como por ejemplo el análisis de la conducta, el aprendizaje por consecuencias, imitación y por regulación verbal; la teoría del Espacio Defendible; la teoría del Pequeño Empujón; la teoría de las Ventanas Rotas, y teorías de la comunicación –como la Señalética Urbana–, cuya aplicabilidad en entornos urbanos contemporáneos se discute a lo largo del texto.

Este trabajo también integra una síntesis crítica de investigaciones previas del autor, desarrolladas en distintas ciudades colombianas y contextos internacionales, las cuales han aportado evidencia cualitativa y conceptual en torno al diseño e implementación de estrategias para promover los CUR. Se analizan experiencias relevantes de experimentos sociales y laboratorios ciudadanos implementados en diversas ciudades del mundo, lo que permite contrastar y enriquecer la propuesta con referentes aplicados. En conjunto, esta metodología mixta refuerza el carácter propositivo de la obra en clave educativa, ética y transformadora del comportamiento ciudadano en los espacios urbanos.

El libro proporciona un marco teórico para entender los CUR y a su vez ofrece ejemplos prácticos y mecanismos para fomentar estos comportamientos en la ciudadanía. A través de casos de estudio (Arnstein, 2019; Park y Fujii, 2023), experiencias y recomendaciones, se pretende que los gestores y planeadores urbanos puedan comprender y aplicar los principios de los Comportamientos Urbanos Responsables en su vida cotidiana.

Esta obra desarrolla, en ocho capítulos, la importancia de los Comportamientos Urbanos Responsables para mejorar la convivencia, la calidad de vida en las ciudades y el derecho a la ciudad. En el capítulo 1 se introducen las nociones de calidad de vida, cultura ciudadana, convivencia y urbanidad. El capítulo 2 presenta los conceptos de identidad, apego y apropiación de los espacios urbanos. En el capítulo 3 se definen los CUR y su importancia. El capítulo 4 trata sobre la regulación verbal del comportamiento. El capítulo 5 propone estrategias concretas para la implementación de los CUR. El capítulo 6 fundamenta la participación mediante la Ciencia Ciudadana. El capítulo 7 analiza el componente ético de los CUR. Finalmente, en el capítulo 8, escrito por Willian Sierra, se propone un sistema de señalización urbana para educar y guiar a los ciudadanos hacia una mejor convivencia. El libro cierra con una sección de sugerencias sobre la promoción y formación en los CUR, así como reflexiones epistemológicas.

Presento la propuesta de los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) como una construcción teórica y práctica orientada a repensar la relación entre ciudadanía, espacio urbano y convivencia. Este planteamiento parte de una premisa fundamental: la sostenibilidad de la vida en las ciudades —así como el derecho a la ciudad y la mejora de la calidad de vida urbana— solo son posibles cuando el beneficio común prevalece sobre el interés individual. En contextos marcados por el deterioro del espacio público, la fragmentación social y el debilitamiento de la cultura ciudadana, la promoción de los CUR se establece como una alternativa ética, educativa y estructural para garantizar la convivencia en términos de respeto, corresponsabilidad y cuidado mutuo.



Figura 1. Personas disfrutando de un parque público en compañía de sus mascotas

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de personas disfrutando de un parque público urbano en compañía de sus mascotas”.

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language mode]

CAPÍTULO 1

Calidad de vida, cultura ciudadana, convivencia y urbanidad

¿Qué hace que una ciudad sea habitable y atractiva? Para los turistas, puede ser la estética de sus edificaciones y calles, sus monumentos, parques y atracciones culturales. Para los residentes, es esencial identificar aspectos que hacen que una ciudad sea óptima para vivir. De allí que urbanistas, formuladores de políticas públicas y académicos de diversas disciplinas centren su atención en evaluar la calidad de vida urbana.

Desde hace varios años se ha introducido la calidad de vida como un concepto multidimensional que integra indicadores objetivos y subjetivos monitoreables a lo largo del tiempo y con diversos propósitos (Campbell *et al.*, 1976). Esta noción se ha adoptado mundialmente y se refleja en numerosos estudios que, aunque difieren en los indicadores examinados, suelen emplear tanto indicadores objetivos como subjetivos.

Entre los indicadores objetivos están las condiciones laborales, la mortalidad y morbilidad, las tasas de criminalidad, la cantidad de espacio público en proporción a la población, los siniestros viales, el acceso a parques y la contaminación acústica. Los académicos sugieren que la experiencia de calidad de vida está influenciada por el contexto social y cultural de quien evalúa, por lo que se requiere

considerar indicadores subjetivos y cómo estos interactúan o se relacionan con los indicadores objetivos (Marans, 2015).

Entre los indicadores subjetivos se encuentran la satisfacción con la vivienda, la calidad educativa y de los servicios de salud, la satisfacción con la salud, la percepción del crimen, la sensación de inseguridad y de hacinamiento, el sentido de pertenencia con la ciudad, el acceso a actividades culturales o de ocio y la satisfacción general con la vida. También se incluyen prácticas culturales como el uso del transporte público o la bicicleta, el consumo de alimentos orgánicos, actividades contra el cambio climático —por ejemplo, la disminución del consumo de carne—, visitas a parques, participación en actividades culturales y relaciones con amigos.

La calidad de vida urbana se ha convertido en un concepto e índice para evaluar las ciudades del mundo, influyendo en la toma de decisiones, el turismo y la elección de residencia. Mientras que la calidad de vida se relaciona con el bienestar en dimensiones sociales, económicas, ambientales y políticas, la habitabilidad se refiere al bienestar proporcionado por la dimensión espacial, lo que facilita el desarrollo de la calidad de vida en el entorno urbano (Moreno, 2008).

En su lista anual de 2023, el informe Mercer y la revista Monocle destacan las diez ciudades principales que brindan una alta calidad de vida. Además de Viena y Zúrich, Copenhague es conocida por su infraestructura apta para bicicletas, los espacios verdes y los excelentes sistemas de atención médica y educación. Se destacan además Frankfurt, Múnich y Düsseldorf. Estas ciudades alemanas son conocidas por su prosperidad económica, transporte público eficiente y oferta cultural. Vancouver, en Canadá, es incluida

en la lista porque ofrece a los residentes una combinación única de recreación al aire libre y vida cosmopolita, pilares de un estilo de vida de alta calidad.

Para las ciudades latinoamericanas, el informe Mercer destaca la inestabilidad política, la desigualdad en los ingresos, la incertidumbre económica, el narcotráfico en México y Colombia, el crimen callejero y el miedo al secuestro como principales factores que afectan la percepción de la calidad de vida. La encuesta Gallup sobre Calidad de Vida Urbana (Gallup, 2025) considera indicadores como el transporte público, el sistema educativo, la calidad y precio de las viviendas, la calidad del agua y del aire, la seguridad y las carreteras, destacando la seguridad pública como el mayor problema en Latinoamérica.

Junto con la noción de calidad de vida, se han introducido otras nociones como cultura ciudadana, convivencia ciudadana, educación cívica y urbanidad. Aunque están estrechamente relacionadas, estos tres conceptos presentan matices distintivos. La cultura ciudadana se refiere al conjunto de valores, creencias, normas y comportamientos que las personas comparten en un ambiente urbano; abarca la forma en que los ciudadanos se relacionan con su entorno y con los demás.

Algunas ciudades son más ruidosas que otras. En algunas, las personas son más respetuosas de las normas, en otras, se participa más activamente en la vida comunitaria. En su acepción más positiva –o educativa–, la cultura ciudadana busca transformar la mentalidad colectiva para que las personas adopten comportamientos cívicos responsables de manera natural y voluntaria.

La convivencia ciudadana, aspecto crucial de la calidad de vida urbana, se refiere a cómo los individuos interactúan entre sí, con vecinos, funcionarios públicos, personas migrantes y extraños en espacios públicos. Supone respetar las diferencias, resolver conflictos de forma pacífica y actuar con solidaridad, reconociendo derechos y deberes mutuos. La convivencia ciudadana pone en acción los principios y valores que promueve la mirada positiva de la cultura ciudadana, y se enfoca en la interacción social y la coexistencia pacífica en espacios comunes. De este modo, la convivencia se entiende como la interacción armoniosa y respetuosa entre las personas, de ellas con los animales y en general con el ambiente natural y construido, en un entorno compartido que adopta reglas sociales y ajustadas a la ley.

También implica el respeto mutuo y el reconocimiento de derechos y deberes hacia los demás, compartiendo espacios físicos para vivir bien y permitir que otros también lo hagan. La convivencia ciudadana incluye compartir espacios culturales, eventos festivos, actividades políticas, religiosas o artísticas para generar cohesión social, identidad y apego a la ciudad. Si la cultura ciudadana es el conjunto de principios y valores que orientan el comportamiento de los individuos en la sociedad, la convivencia ciudadana es la forma en que esos principios se aplican en la vida diaria para garantizar una interacción pacífica y respetuosa entre las personas.

La educación cívica, por su parte, se centra en la instrucción formal dentro de las instituciones educativas, donde se enseñan competencias ciudadanas, derechos y deberes, así como las estructuras y procesos políticos. La urbanidad remite a las normas

de comportamiento y cortesía que facilitan la interacción respetuosa entre individuos en el espacio público, las cuales se enseñaban en las instituciones educativas durante los primeros años de la enseñanza.

Aspectos fundamentales para alcanzar la convivencia ciudadana

Este libro trata de cómo alcanzar la sana convivencia ciudadana en la medida en que se considera esencial para la armonía y el bienestar de cualquier comunidad. Uno de los aspectos más importantes en este sentido es que la población esté educada en valores y comportamientos cívicos compartidos. La educación para la convivencia no debe limitarse a las aulas. Como veremos más adelante, debe extenderse a todos los ámbitos de la vida cotidiana. En este contexto, la familia y la escuela tienen un rol determinante, pues son los primeros escenarios donde los individuos aprenden a convivir y a respetar las diferencias.

Asimismo, el diseño y mantenimiento de espacios públicos que faciliten la interacción social también resulta crucial. Parques, plazas, bibliotecas y centros culturales deben ser accesibles para todos, seguros y atractivos. Estos espacios son esenciales como puntos de encuentro en los que las personas pueden interactuar, compartir experiencias y fortalecer los lazos comunitarios.



Figura 2. Adultos y niña en un parque público en compañía de perros y palomas

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de personas, hombres y mujeres incluyendo una niña disfrutando la caminata y la lectura en un parque público urbano en compañía de mascotas y palomas”.

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

Por su lado, la participación de los ciudadanos en las decisiones que afectan su entorno es vital para mejorar la calidad de vida urbana. Cuando los habitantes se involucran en juntas vecinales, consultas públicas y proyectos comunitarios, se refuerza el sentido de pertenencia y la responsabilidad compartida. La participación ciudadana permite que las voces de todos los sectores de la sociedad sean escuchadas y que las decisiones que se toman reflejen las necesidades y deseos de la comunidad.

La sostenibilidad ambiental es otro componente esencial para la calidad de vida urbana. Los ciudadanos pueden contribuir a un entorno más saludable y habitable al participar en programas de

reciclaje, utilizando transporte público y promoviendo el uso de energías limpias. Además de mejorar el entorno inmediato, estas acciones aseguran un futuro sostenible para las próximas generaciones. El cuidado del medio ambiente es, por lo tanto, una responsabilidad compartida que influye directamente en la convivencia ciudadana. A esto se suma la importancia de la calidad y accesibilidad de servicios básicos como salud, educación, transporte y vivienda, pues tienen un impacto directo en la convivencia. Las políticas públicas deben garantizar que todos los habitantes tengan acceso a estos servicios, lo cual es esencial para reducir desigualdades y mejorar la cohesión social. Cuando todos los ciudadanos tienen acceso a los recursos básicos, se crea un entorno más justo y equilibrado, lo que facilita una convivencia armoniosa.

En las ciudades latinoamericanas, la convivencia ciudadana enfrenta desafíos específicos debido a factores como la desigualdad, la violencia, la inestabilidad política y la migración. En este contexto, es fundamental que existan políticas económicas y sociales que reduzcan las brechas de ingresos y oportunidades. La reducción de desigualdades no solo mejora la calidad de vida de las personas más desfavorecidas, sino que fortalece la cohesión social y disminuye las tensiones dentro de la comunidad. En este sentido, una justicia eficiente y un entorno seguro son indispensables para el desarrollo de cualquier sociedad.

Para alcanzar el ideal de ciudades más humanas y sostenibles, es imprescindible reconocer que cada individuo juega un papel crucial en la construcción de una convivencia ciudadana saludable. Este esfuerzo colectivo involucra a las autoridades y a las instituciones, y requiere la participación consciente de todos los ciudadanos.

Por su lado, es esencial reconocer la importancia de la equidad en el acceso a los servicios básicos. La salud, la educación, el transporte y la vivienda son derechos fundamentales que garantizan una vida digna. Cuando estos derechos se ven asegurados para todos los ciudadanos, se fortalece el tejido social y se reducen las tensiones que pueden surgir de las desigualdades. Las políticas públicas inclusivas son, por lo tanto, fundamentales para garantizar que nadie quede atrás en la búsqueda de una mejor calidad de vida. Es en este marco donde la participación ciudadana cobra aún más relevancia, ya que permite a los individuos ser parte activa en la formulación de políticas que afectan directamente sus vidas y las de sus comunidades.

La seguridad, como se ha mencionado, es un pilar esencial de la convivencia ciudadana. Sin embargo, la seguridad no debe entenderse únicamente como la ausencia de delitos, sino como la presencia de un entorno en el que todas las personas se sientan protegidas y valoradas. Esto implica un sistema de justicia eficaz acompañado de una cultura de respeto por los derechos humanos y un compromiso con la equidad. Además, la seguridad debe ir acompañada de la justicia social, pues la inequidad es a menudo una de las raíces profundas de la inseguridad.

Dada la compleja situación que se genera con la reciente migración por el mundo entero, pero en particular por los países de la región, se requiere que dentro del proceso de culturización se adopten las prácticas propias de cada región lo que hace un llamado a la educación de los migrantes sobre aquellos aspectos que garanticen la convivencia para evitar tensiones con los residentes habituales de cada ciudad.

En cuanto a la promoción de la tolerancia y el respeto, es necesario destacar que la diversidad cultural y social es una riqueza que debe ser valorada y protegida. Las diferencias, lejos de ser un obstáculo para la convivencia, pueden convertirse en una fuente de aprendizaje y crecimiento mutuo. La promoción de la tolerancia y el respeto es esencial para fomentar la comprensión entre diferentes grupos sociales y étnicos, fundamental para construir una sociedad más cohesionada y pacífica.

El respeto por el entorno es una manifestación directa de la convivencia ciudadana. Las ciudades que priorizan el cuidado ambiental y la sostenibilidad no solo mejoran la calidad de vida de sus habitantes, sino que también promueven una cultura de respeto y responsabilidad hacia las generaciones futuras. Este respeto se debe reflejar en acciones cotidianas, como el uso responsable de los recursos, la correcta gestión de los residuos y la participación en iniciativas de reciclaje y conservación ambiental. Al adoptar estas prácticas, los ciudadanos contribuyen a un entorno más limpio y saludable, mientras fomentan un sentido de comunidad basado en la protección del bien común. Esto significa que el crecimiento urbano debe ir de la mano con la protección del medio ambiente y el bienestar de los ciudadanos. Las ciudades del futuro deben ser espacios donde la naturaleza y la tecnología coexistan en armonía, donde los espacios verdes sean accesibles para todos y donde el transporte público sea eficiente y respetuoso con el entorno. La gestión adecuada de los recursos naturales y la implementación de políticas que promuevan el uso de energías limpias son fundamentales para lograr un desarrollo sostenible que beneficie tanto a las generaciones presentes como a las futuras.

Es importante resaltar que en varios países existen códigos o instrumentos legales para regular el comportamiento hacia la convivencia. Dichos códigos contemplan sanciones para comportamientos como abandonar vehículos en la vía pública, circular con animales peligrosos sin precauciones, destruir señales de tránsito, evitar el conflicto entre vecinos, no invadir el espacio público, entre otros. También protegen bienes jurídicos para asegurar una convivencia pacífica, estableciendo sanciones para desórdenes en espectáculos, embriaguez, mendicidad, arrojar basura, vandalismo y pernoctar en espacios públicos. También promueven el derecho a comportarse libremente en condiciones adecuadas para la convivencia y la colaboración ciudadana con las autoridades para erradicar conductas disruptivas.

La normatividad para la convivencia ciudadana exige comportamientos que reconozcan la diversidad, el respeto mutuo, el cuidado del medio ambiente natural y construido, el patrimonio, la solidaridad, las normas de tránsito, el mantenimiento de la salud y disfrute de actividades culturales en espacios públicos.

Con la mayoría de la población viviendo en ciudades cada vez más densas, es crucial educar en comportamientos colaborativos que contribuyan a la sostenibilidad urbana. Para lograrlo, es urgente fomentar un proyecto colectivo de cohesión social orientado hacia el bien común, lo que implica una ética ciudadana.

Como se ha expuesto, la convivencia ciudadana es un pilar esencial para la calidad de vida en las ciudades. A través de la educación, la promoción de la participación ciudadana y el diseño de políticas públicas inclusivas, es posible construir ciudades más habitables, seguras y equitativas. En el contexto latinoamericano,

superar los desafíos de la convivencia requiere un compromiso conjunto de autoridades, ciudadanos y organizaciones sociales para promover una cultura de paz, respeto y solidaridad. La calidad de vida urbana no solo depende de infraestructuras y servicios, sino también de la manera en que las personas interactúan y se relacionan en su entorno. Fomentar una convivencia basada en el respeto y la cooperación es fundamental para lograr ciudades más humanas y sostenibles.

La convivencia ciudadana, más que un concepto abstracto, representa una realidad que se construye día a día a través de las acciones y decisiones de cada uno. Desde la educación hasta la promoción de un desarrollo urbano sostenible, pasando por la participación ciudadana, la seguridad, la equidad en el acceso a servicios básicos y la promoción de la tolerancia, todos estos aspectos están interrelacionados y son indispensables para la construcción de ciudades más justas, seguras y habitables. El desafío es grande, pero el compromiso de ciudadanos, autoridades y organizaciones sociales puede hacer posible un futuro en el que la convivencia sea la base de una sociedad más humana y sostenible.

CAPÍTULO 2

Identidad, apego y apropiación del lugar

Desde el punto de vista de la psicología ambiental, existen tres atributos claves para procurar la convivencia y el cuidado de la ciudad: la identidad con la ciudad, la apropiación de sus espacios y el apego al lugar.

Identidad

La identidad tiene que ver con características que posee un individuo y mediante las cuales es reconocido. Las más comunes incluyen la genética, el nombre, los rasgos físicos, la ocupación, la afiliación política, el género, la religión —o el hecho de no practicar ninguna—.

La construcción de la identidad es un proceso dinámico que parte de la socialización primaria (la familia) y se extiende hacia grupos de interés comunes. Esta dimensión social se complementa con la apropiación del entorno urbano, el conocimiento de su historia, normativas e iconografía monumental, y expresiones culturales que definen al individuo en sociedad.

Hacemos de nuestras posesiones una extensión de nuestra identidad: la decoración de mi casa o la oficina, la selección de libros en la estantería... Defendemos nuestro espacio a través de mecanismos

como la territorialidad, mantenemos distancias espaciales con otros, diferenciamos nuestra casa de otras cambiando el color de la puerta o colocando lámparas diferentes en la entrada, y nos identificamos también con la ciudad donde crecimos.

Esto nos lleva a que tenemos una identidad de lugar resultado de la interacción con el ambiente urbano. De tal manera que la identidad de lugar es una subestructura de la identidad, conformada por un conjunto de ideas, recuerdos, creencias, preferencias, sentimientos, valores, fines y formas de comportarnos y habilidades relevantes para adaptarnos al lugar (Proshansky *et al.*, 2014).

Las personas, como residentes de una ciudad, adquieren una identidad con ella, en este caso el ambiente urbano, a través de un patrón complejo de ideas, creencias, preferencias, sentimientos, valores, metas, tendencias conductuales y habilidades relevantes para este ambiente. El ambiente de la ciudad no solo ha de servir para situar los comportamientos humanos, sino que se debe reconocer como un componente que contribuye a moldear e influenciar las conductas y experiencia de los individuos. De esta manera, las luces de la ciudad, el hacinamiento, la cantidad de extraños, los edificios altos, los centros culturales, todos ellos hacen parte del proceso que contribuye a la identidad urbana. Los componentes del ambiente físico y los requerimientos de la vida urbana hacen que el individuo piense, ejerza roles sociales y resuelva roles sociales en relación con el tipo de lugares que experimenta en los lugares de la ciudad.

Este componente de la identidad de las personas, la identidad urbana, variará obviamente con los roles que ejerzan los individuos, como el género, la edad, la clase social, la personalidad, entre otros. Adicionalmente –y entremezclados dentro de las estructuras

cognoscitivas—, están las definiciones sociales de esos escenarios o sublugares que consisten en las normas, conductas, reglas y demás regulaciones que son inherentes al uso de los sublugares de la ciudad.

Sin embargo, no podemos perder de vista que la identidad de lugar es una visión socialmente construida de la manera como experimentamos o debemos experimentar la ciudad. De igual modo, es posible inferir que, dada la diversidad de experiencias en el ambiente urbano, no es posible suponer una homogeneidad en la identidad urbana como tampoco una sola imagen de la ciudad sino un patrón de experiencias y reglas que guían una serie de respuestas apropiadas para el mundo físico de la ciudad.

En el capítulo cinco se presenta una propuesta para el fortalecimiento de la identidad urbana con la introducción de elementos de la historia social mediante la representación de escenas cotidianas en murales de la ciudad, a partir de la hipótesis de que, al vincular al ciudadano con los elementos históricos de la vida cotidiana, se fortalecerá la identidad con la ciudad y con ello su cuidado.

Apropiación

La apropiación significa que podemos transformar el espacio y hacer uso de este al responder a nuestras motivaciones, como cuando ocupamos una banca en un espacio público o participamos de una manifestación política. Apropiarnos del espacio significa igualmente que reconocemos las reglas que están implícitas en este para su uso. Cuando los ciudadanos se sienten identificados con su ciudad y han logrado apropiarse de sus espacios, también se sentirán responsables de su cuidado y mantenimiento. Aún así los ciudadanos subvierten de forma consciente algunas reglas de uso para manifestarse de formas

muchas veces no legales, como sucede con los grafitis, los bloqueos y protestas callejeras.

El concepto de apropiación del espacio es fundamental para entender cómo los individuos otorgan significado a los lugares y fortalecen su identidad con la ciudad. Esta idea ha sido explorada en numerosos estudios dentro de la psicología ambiental, destacando cómo las personas transforman su entorno mediante diversas formas de actuación (Korosek-Serfaty, 1976; Pol, 2002b; Rivlin, 2007; Masso *et al.*, 2013; Valera-Vidal, 2013). La apropiación puede manifestarse a través de actividades deportivas, religiosas, musicales, de protesta o mediante la ocupación de espacios para el ocio y la convivencia.

En tiempos recientes, muchas ciudades han promovido eventos como conciertos en parques, *flashmobs*, festividades y actividades gastronómicas al aire libre. También han impulsado la pintura de grafitis en muros como una forma de expresión artística. Estas iniciativas buscan fomentar la cohesión social, fortalecer la identidad colectiva y la apropiación de la ciudad.

Grupos de jóvenes en España y en varios países de América Latina han realizado intervenciones que buscan dinamizar a las poblaciones vulnerables y crear eventos que normalmente no suceden en esos lugares. Algunos ejemplos incluyen la demarcación temporal de zonas peatonales o la instalación de mobiliario urbano improvisado para destacar la necesidad de infraestructura, como sofás en avenidas principales para que los peatones descansen, o disfrazarse de conos de tráfico para invitar a los conductores a respetar los cruces peatonales peligrosos. Ciudades como Barcelona (España), Río de Janeiro (Brasil), Bogotá, Medellín y Cali (Colombia) han sido testigos de muchas de estas iniciativas, las cuales buscan

empoderar a los jóvenes y permitirles apropiarse de la ciudad de manera positiva.

Sin embargo, estas formas de apropiación no están exentas de controversia. En los últimos años, los medios de comunicación han destacado la proliferación de grafitis en ciudades latinoamericanas, generando un debate sobre si estas manifestaciones son actos de vandalismo o expresiones de arte, al mismo tiempo que se promueve la recuperación de los monumentos históricos como parte del patrimonio tangible de las ciudades. Aunque el grafiti se reconoce cada vez más como una forma de expresión cultural y artística, surgen preguntas sobre su impacto en el patrimonio cultural. ¿Es el grafiti sobre los monumentos una forma de resignificación de estos, o simplemente un acto de vandalismo? ¿Qué ocurre con los grafitis en fachadas de comercios, viviendas y parques? ¿Cómo diferenciar entre una expresión artística y una marca territorial de un grupo de jóvenes que buscan excluir a otros de un área de la ciudad? Además, se plantea la cuestión de si las obras de arte deben ser entendidas y apreciadas por una mayoría o si pueden considerarse artísticas, aunque solo unos pocos, como los propios artistas, las comprendan. ¿Cómo se puede mediar entre los derechos del público de disfrutar de los espacios públicos y los deseos de algunos individuos o grupos de apropiarse de esos espacios mediante prácticas específicas?

Estas preguntas resaltan la complejidad de la apropiación del espacio en entornos urbanos y la necesidad de encontrar un equilibrio entre el uso colectivo de los espacios públicos y la expresión individual o grupal. La promoción de prácticas de apropiación positiva y el diálogo entre las diferentes partes interesadas son esenciales para gestionar estas tensiones y asegurar que la ciudad siga siendo un lugar de convivencia, desarrollo personal y colectivo.

El grafiti ha sido una forma de expresión que ha acompañado a las sociedades humanas a lo largo de la historia, desde las antiguas inscripciones en las paredes de Pompeya hasta los vibrantes murales que decoran las ciudades modernas. Sin embargo, como lo mencioné antes, la percepción del grafiti varía ampliamente, generando un intenso debate sobre si debe considerarse arte o vandalismo. Este dilema se ve aún más complicado cuando se introduce la legislación, que varía de país a país y a menudo refleja las tensiones entre la protección del patrimonio urbano y la libertad de expresión artística.

En Estados Unidos, las leyes sobre grafiti son principalmente de carácter local, con ciudades como Nueva York y Los Ángeles adoptando posturas severas contra su práctica no autorizada. Se recordará el eslogan del alcalde Rudy Giuliani en Nueva York (1994-2001): «Tolerancia cero». Estas ciudades, que han sido epicentros del movimiento del grafiti desde la década de 1970, han implementado sanciones que incluyen multas considerables y, en casos extremos, penas de cárcel. No obstante, también han surgido iniciativas que buscan canalizar el talento de los artistas hacia proyectos legales de arte urbano, con el objetivo de reducir el vandalismo y fomentar la creatividad en un entorno controlado.

España, por otro lado, ha desarrollado una legislación que tipifica el grafiti como un delito contra el patrimonio. En ciudades con una riqueza cultural y arquitectónica significativa, como Barcelona, Madrid y Londres, los grafitis no autorizados son perseguidos con rigor. Las penas pueden incluir multas y trabajos comunitarios, lo que refleja la preocupación por la preservación del patrimonio histórico. A pesar de esta postura estricta, algunas ciudades han permitido la creación de murales en áreas específicas, lo que ha dado lugar a un florecimiento del arte urbano en lugares específicos de la ciudad.



Figura 3. Grafiti artístico sobre un muro de un edificio de la ciudad

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de un grafiti artístico con personas, contemplándolo”.

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

En Francia, el grafiti tiene una relación compleja con la ley, particularmente en París. Aunque es ilegal pintar en propiedades públicas o privadas sin autorización, la capital francesa ha sido un hervidero de la cultura del grafiti desde los años ochenta. Las autoridades francesas, en lugar de reprimir completamente esta práctica, han optado por regularla y en algunos casos apoyarla, como se ve en festivales de arte urbano que celebran esta forma de expresión.

El Reino Unido presenta un caso interesante, pues las leyes son estrictas en cuanto a la prohibición del grafiti no autorizado, pero con una notable excepción en el caso de artistas reconocidos, como Banksy. Sus obras, que a menudo aparecen sin previo aviso en los muros de Londres y otras ciudades, no solo son toleradas, sino que muchas veces son protegidas e incluso preservadas debido a su alto valor artístico y comercial. Este tratamiento especial refleja la tensión entre la legislación que busca proteger el patrimonio urbano y el reconocimiento del grafiti como una forma de arte legítima.



Figura 4. Grafiti de niña con un globo

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: "Genera una imagen a partir de los grafitis de Banksy"

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

En América Latina, la actitud hacia el grafiti varía. En Brasil, por ejemplo, São Paulo es conocida por su vibrante escena de arte urbano, que a veces es fomentada y otras veces reprimida por las autoridades. En Buenos Aires, Argentina, la situación es más permisiva, admitiendo a los artistas pintar con el consentimiento de los propietarios, lo que ha dado lugar a una rica tradición de murales que embellecen la ciudad.

El debate sobre si el grafiti es arte o vandalismo sigue siendo una cuestión divisoria. Para sus defensores, el grafiti es una forma de arte que da voz a los marginados y embellece el entorno urbano. Es visto como una herramienta de resistencia cultural y un medio para reclamar el espacio público en nombre de aquellos que a menudo son ignorados por las instituciones oficiales. En contraste, los críticos lo ven como una forma de vandalismo que desfigura las ciudades y disminuye el valor de las propiedades, argumentando que es una violación del derecho a la propiedad privada.

Banksy, cuyo trabajo ha elevado el grafiti a un nivel de reconocimiento global, ha desafiado estas concepciones. Las obras de Banksy son piezas que combinan agudo comentario social con un estilo visual distintivo, lo que ha generado un amplio reconocimiento, tanto dentro como fuera del mundo del arte. Aunque sus creaciones a menudo bordean la ilegalidad, a menudo son preservadas, lo que refleja un reconocimiento implícito de su valor cultural y comercial.

Sin embargo, no todos los grafitis son recibidos con el mismo entusiasmo. Muchos grafitis, en especial aquellos que se realizan sin planificación, pueden tener un impacto negativo en el patrimonio de las ciudades y por consiguiente en el turismo. Este tipo de vandalismo es preocupante en áreas con una rica herencia arquitectónica, donde

los daños causados por grafitis pueden ser costosos e, incluso, irreparables. La restauración de estos daños no solo implica un alto costo financiero, sino que también puede resultar en la pérdida de elementos históricos insustituibles.

La diferencia principal entre los grafitis de Banksy y aquellos que afectan el patrimonio de las ciudades radica en la intención y el impacto. Mientras que Banksy busca transmitir un mensaje social o político a través de su arte, los grafitis que dañan el patrimonio suelen carecer de un propósito más allá de la autoexpresión individual. Además, la percepción pública de estos dos tipos de grafitis es marcadamente diferente. Las obras de Banksy son celebradas y preservadas, mientras que los grafitis que dañan el patrimonio son vistos como actos de vandalismo que deben ser prohibidos.

El contexto en el que se crea un grafiti también juega un papel crucial en su percepción por el ciudadano. Un grafiti en una pared abandonada en un barrio marginal puede ser visto como un acto de resistencia o un intento de embellecer el entorno, mientras que el mismo grafiti en un edificio histórico puede ser considerado un ataque al patrimonio cultural. Este cambio en la percepción subraya la importancia del contexto social y cultural en la interpretación del grafiti, demostrando cómo una misma obra puede tener significados radicalmente diferentes dependiendo de dónde y cómo se realice.

Las políticas públicas también desempeñan un papel fundamental en el desarrollo del arte urbano. En ciudades en las que las autoridades han adoptado un enfoque permisivo o alentador hacia el grafiti, se ha visto un florecimiento de obras de alta calidad que atraen a turistas y generan un sentido de orgullo comunitario. Programas que permiten a los artistas trabajar en espacios designados

han demostrado ser efectivos no solo en reducir el vandalismo, sino también en transformar áreas urbanas degradadas en centros culturales vibrantes.

El futuro del grafiti sigue siendo incierto. Mientras que hay un creciente reconocimiento de su valor artístico, con obras que se exhiben en galerías y museos de todo el mundo, la criminalización del grafiti es, aún, la norma en muchas ciudades. El desafío de futuro será encontrar un equilibrio que permita a los artistas expresarse sin comprometer el patrimonio cultural y la integridad de los espacios públicos.

En última instancia, el grafiti es una forma de expresión compleja y multifacética que desafía las normas tradicionales del arte y la apropiación de espacio. Mientras que artistas como Banksy han elevado al grafiti a un nivel de reconocimiento global, otros siguen siendo vistos como amenazas al patrimonio cultural. La clave para resolver este debate radica en reconocer el valor del grafiti como arte urbano, al tiempo que se implementan medidas que protejan los bienes culturales e históricos de nuestras ciudades.

Apego

Finalmente, el apego al lugar se entiende como el vínculo afectivo o emocional que se crea con el lugar por las experiencias vividas, los recuerdos de la infancia, los amigos, los vínculos familiares y las distintas actividades que se realizaron en distintos escenarios de la ciudad y que han hecho parte de la vida de las personas (Altaman y Low, 1992). La forma en que experimentamos el apego se da cuando nos alejamos del lugar por algunos días o años, y ello nos produce nostalgia. Albergamos recuerdos de experiencias memorables y

deseamos volver a estos lugares, a «nuestra ciudad». Se produce un impacto negativo en las personas cuando hay cambios frecuentes de residencia, deterioro del vecindario, pues genera una clase de desarraigo que impacta la identidad de la persona, particularmente en quienes sufren desplazamiento forzado.

La identidad y apropiación del espacio no solo genera un sentido de pertenencia y orgullo, sino que también genera lazos emocionales, apego al lugar, lo que motiva a las personas a respetar y cuidar los lugares que utilizan a diario. Al fortalecer estos atributos con el entorno urbano, se fomenta una mayor cohesión social y una mejora en la calidad de vida.



Figura 5. Personas cruzando por la zona demarcada para peatones en una avenida

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: "Genera una imagen de personas caminando sobre las aceras y otras cruzando por la zona destinada para peatones en una avenida congestionada de vehículos "

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

CAPÍTULO 3

Comportamientos Urbanos Responsables

He señalado los aspectos que desde indicadores objetivos se utilizan para evaluar la calidad de vida y algunos factores psicológicos para tener en cuenta. Pero ¿cómo lograr la convivencia en las grandes ciudades?

La mayor parte de la investigación en psicología ambiental y en educación ambiental se ha dirigido a encontrar soluciones a los problemas del ambiente natural y a mitigar los ocasionados por el cambio climático. Las estrategias psicológicas y educativas se han orientado a minimizar el impacto de ciertas conductas sobre la contaminación o el deterioro del medio ambiente, como la producción de desechos, el consumo de recursos energéticos no renovables y el consumismo en general, fomentando comportamientos que contribuyan a la protección del medioambiente, a los que se denominan Conductas Protectoras del Ambiente (Corral-Verdugo, 2009). Pero también están aquellos comportamientos que contribuyen a la calidad de vida en las ciudades, a los que vengo denominado Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) (Páramo, 2010; 2013; Páramo y Contreras, 2018).

¿Qué entendemos por conducta socialmente aceptable o los CUR? Son reglas que tienen una existencia tangible en las sociedades: en el lenguaje, costumbres y códigos de conducta, normas y leyes y

en instituciones sociales como la familia, la comunidad, el mercado, las empresas comerciales y las agencias gubernamentales, que se manifiestan en las formas de actuación de las personas y que se demandan principalmente en el entorno urbano.

La importancia de los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) radica en que, en un entorno urbano denso y diverso, la interacción respetuosa y armoniosa entre los habitantes es esencial para mantener la calidad de vida y la convivencia ciudadana. La convivencia no solo implica seguir reglas sociales y normativas, sino también adoptar comportamientos de tolerancia, respeto y solidaridad que permitan a todos disfrutar de los espacios compartidos, entre las que se mencionan: el seguimiento de las normas de la movilidad (la señalización, el respeto al peatón, ceder el paso a la ambulancia y a los bomberos, no textear mientras se conduce); hacer uso del transporte público y de la bicicleta; cuidar el espacio público como bien común, incluyendo los monumentos; participar en los proyectos que afectan el entorno urbano, involucrarse en iniciativas locales, como huertos urbanos y proyectos de mejora del barrio; seguir las reglas de convivencia entre extraños; taparse la boca al toser; actuar de forma solidaria con alguien que enfrenta una dificultad; hacer un uso adecuado de los residuos para facilitar el reciclaje y reducir la basura que va a los vertederos. Además, respetar los recursos públicos, preservar el medio ambiente, optar por productos locales y sostenibles, reducir el consumo de plásticos de un solo uso, tener presente la condición de seres sintientes de las otras especies animales, no perturbar la tranquilidad de los vecinos, cumplir con las obligaciones fiscales, ejercer el derecho al voto, usar los espacios públicos como bien común, no fumar en sitios públicos. Todos estos son ejemplos de los CUR.



Figura 6. Señal urbana promoviendo el taparse la boca al toser para evitar la propagación del COVID 19

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una señal urbana promoviendo el taparse la boca y la nariz al toser para evitar la propagación del COVID 19 “

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

Fumar, por ejemplo, sigue siendo una de las principales causas de problemas de salud a nivel global, vinculado a enfermedades graves como el cáncer de pulmón y padecimientos cardíacos y respiratorios. Además de los riesgos directos para los fumadores, el humo de segunda mano afecta negativamente a quienes se encuentran cerca, incluso en espacios abiertos. Este peligro justifica la creciente necesidad de prohibir fumar en los lugares públicos. En este contexto, Inglaterra ha promovido una ley con una medida innovadora: la prohibición de fumar a las personas nacidas a partir de 2008. Esta legislación, diseñada para crear una generación libre de tabaco, marca un paso significativo en la lucha contra el tabaquismo. Al restringir el acceso al tabaco para generaciones futuras, la ley busca reducir drásticamente las tasas de tabaquismo y, con ello, las enfermedades y muertes relacionadas, mientras se alivia la carga sobre los sistemas de salud pública. Se espera que con el tiempo se prohíba fumar a todo ciudadano.

Este tipo de comportamientos son fundamentales para la sostenibilidad de la vida urbana caracterizada principalmente por relaciones entre extraños cuando hacemos uso de los espacios públicos (Lofland, 1998). Por ello, se hace indispensable un acuerdo entre los individuos sobre algunos comportamientos para garantizar la convivencia y mejorar la calidad de vida de los habitantes de la ciudad. De este modo, los CUR son esenciales para la sostenibilidad de la vida urbana especialmente porque las ciudades están habitadas por personas que no se conocen entre sí, lo que hace imperativo acordar la adopción de ciertos comportamientos para garantizar la convivencia.

Los CUR se fundamentan en la naturaleza social de los seres humanos, quienes necesitan reglas para orientar y regular sus acciones en entornos físicos y sociales compartidos, como los espacios públicos. Los problemas que enfrentamos en estos espacios, como el uso indebido de los andenes, estacionar en lugares prohibidos, falta de seguridad vial, la contaminación y otros, suelen atribuirse a la falta de urbanidad o civismo y consenso sobre cómo comportarse en ellos.

Diversas instituciones gubernamentales han introducido políticas educativas aisladas e iniciativas para educar a los ciudadanos en áreas específicas, como el transporte, la salud, la cultura, la preservación del medio ambiente y la reducción de conflictos entre vecinos. La mayoría de estas iniciativas, sin embargo, no están coordinadas ni planificadas de manera colaborativa entre las instituciones.

Además, la aproximación que se ha seguido para incentivar estos comportamientos ha sido la de campañas informativas y algunos incentivos artificiales y provisionales, con resultados poco eficientes en cuanto a la sostenibilidad de los cambios en el tiempo, al retirarse las campañas y las recompensas ofrecidas (Geller, 2002; Schultz y Kaiser, 2012). Aunque la creatividad es una característica notable de estas estrategias de comunicación, una vez que las campañas se desvanecen o su novedad se agota, el comportamiento de las personas tiende a revertir a sus patrones base, salvo en los casos en que se mantienen de manera constante medidas de control, como las multas de tránsito, aspecto que, como se verá más adelante, resulta crucial para el mantenimiento de las metas que se pretenden alcanzar.

Por lo anterior, es necesario crear un marco teórico pragmático para educar a las personas sobre la convivencia en armonía. La noción de Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) se presenta aquí como un concepto paraguas que aglutina las diferentes y no articuladas acciones educativas de las instituciones gubernamentales. Las solas acciones educativas aisladas de parte de las instituciones gubernamentales no son conocimiento ni contribuyen a una acción eficaz. Es necesario conectar observaciones, acciones eficaces con teoría y evidencia empírica sustentada en evidencia y análisis objetivos.

La promoción de los Comportamientos Urbanos Responsables es esencial para la creación de ciudades más sostenibles y habitables. Al adoptar estos comportamientos, no solo se mejora la calidad de vida en las ciudades, sino que también se contribuye a la convivencia ciudadana y a la conservación del medio ambiente.

La convivencia demanda ponerse de acuerdo

La búsqueda de la convivencia requiere negociación entre las partes. Unos quieren que los espacios públicos, por ejemplo, sean silenciosos, limpios, estéticos. Otros que sean lugares de expresión cultural y política. Otros más, que se pueda utilizar comercialmente, y todos, esperan que sea seguro. De aquí la importancia de la negociación entre los distintos intereses para conseguir la convivencia. La importancia de la negociación entre las personas para lograr la convivencia en las ciudades radica en la necesidad de armonizar los diversos intereses y expectativas que existen respecto a los espacios compartidos.

La negociación es esencial porque permite encontrar un equilibrio entre estos distintos deseos y necesidades. Sin un proceso de diálogo y negociación sobre las normas, es probable que los conflictos aumenten y la convivencia se vea afectada. Cada grupo tiene una visión válida sobre cómo deben ser utilizados los espacios públicos, y solo a través de la negociación se puede llegar a soluciones que, si bien no serán perfectas, sí lograrán un nivel de satisfacción aceptable y fomentarán un ambiente de respeto y cooperación. Me referiré a este componente de participación en el capítulo 6.

Como afirma Tommi Laitio (2024):

La convivencia es un estado cooperativo entre la armonía y el conflicto abierto, que enfatiza la práctica, el esfuerzo, la negociación y la acomodación. En la convivencia, no nos esforzamos por resolver las diferencias, sino que tenemos las capacidades y la voluntad para la acción colectiva. Cuando construimos a partir de la fricción, podemos lograr cosas maravillosas y justas.

CAPÍTULO 4

La formación en reglas para la convivencia

La pregunta que surge ahora es: ¿cómo se aprenden los Comportamientos Urbanos Responsables y qué se debería hacer para que dichas formas de actuación sean sostenibles en el tiempo?

Un primer intento de respuesta es: a través de la creación de normas o leyes que dirijan a los ciudadanos (Bermúdez-Merizalde, 2021). No obstante, buena parte de dichas normas, como las que se establecen en el Código de Policía de una ciudad, no son acatadas por los ciudadanos, por su carácter fiscalizador y punitivo. Pareciera que solo se respetan mientras se mantiene la campaña publicitaria que las promueve o cuando son reclamadas por una autoridad. Si no está el policía a la vista, se viola la norma; se hace el cruce prohibido, se usa el celular mientras se está conduciendo, el peatón cruza la avenida por debajo del puente peatonal, se arroja basura al piso, no se recicla, se genera ruido en el vecindario, se pintan grafitis sobre elementos patrimoniales, por no mencionar las que constituyen delitos.

La falta de apropiación de la norma se evidencia cuando un ciudadano reclama su cumplimiento cuando es quebrantada por un conciudadano. Si una persona cualquiera se «entromete» para reclamar un CUR —el respeto de la fila, la recolección de las heces de la mascota en un parque, el reciclaje de basuras, o el respeto de una señal de tránsito—, lo más probable es que reciba como respuesta una

agresión (Páramo, 2010). Hace un tiempo, los medios informaban del asesinato de una persona en una estación del sistema de transporte masivo en Bogotá por haberle llamado la atención a su victimario por estar orinando en la estación. El administrador de un bar moría apuñalado por reclamar el cumplimiento de un decreto que prohíbe fumar en sitios cerrados. Y un anciano recibía una paliza por parte de dos jóvenes en una estación del metro de Múnich por haberles reclamado al estar fumando dentro de la estación. ¿Por qué el rechazo al llamado de atención del conciudadano? ¿Qué hace que un ciudadano se autorregule y no dependa de la presencia de la autoridad? Si bien algunas normas se cumplen sin la presencia de un policía, lo que indica el grado de regulación de algunas personas, buena parte de ellas requieren de la presencia de una autoridad. A finales de los años sesenta, en Montreal, la policía entró en huelga, lo que generó caos en la tranquila ciudad: asalto a tiendas, robos a bancos. Los taxistas incendiaron una empresa de limusinas que competía con el servicio que ellos ofrecían para hacer los viajes al aeropuerto, hasta que finalmente tuvo que intervenir el ejército para restablecer el orden. ¿Qué hacer para que esta regulación sea común a toda la ciudadanía y las practicas sociales que contribuyen a la convivencia sean prácticas culturales sostenibles en el tiempo?

A continuación, se describen los elementos que, a mi modo de ver, responden este interrogante y que habría que considerar en las estrategias de diseño cultural que propenda por el sostenimiento de los CUR.

La regulación verbal

En el centro de la idea de los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR), se encuentra el concepto de aprendizaje basado en reglas, el cual juega un papel crucial en el proceso de socialización entre individuos en entornos compartidos. Aunque la psicología del aprendizaje ha identificado varios mecanismos básicos mediante los cuales aprendemos, como la preparación o preadaptación para el aprendizaje, el condicionamiento clásico, la observación e imitación, y el aprendizaje a partir de las consecuencias directas de nuestras acciones (condicionamiento operante), la mayoría de nuestros comportamientos respecto al entorno se adquieren y regulan principalmente a través del lenguaje y el seguimiento de reglas (Méndez, 2024; Zapparoli *et al.*, 2021).

Las reglas se definen como descripciones verbales de interdependencias con otras personas o el entorno en general, que pueden haber sido adquiridas previamente, experimentadas o aún por experimentar, y que generan un conocimiento implícito que guía las acciones de los individuos en una situación o lugar específico.

Aunque las reglas sirven en cierta medida como un puente entre la conducta y las consecuencias sociales o legales, es importante destacar que gran parte de nuestro comportamiento no se encuentra necesariamente regulado por las consecuencias inmediatas, sino más bien por las descripciones verbales que establecen dichas consecuencias.

A menudo recurrimos a las reglas para orientarnos en el espacio (Páramo y Burbano, 2019) y evitar la experiencia por ensayo y error, como cuando proporcionamos instrucciones verbales a nuestros hijos sobre hábitos higiénicos para prevenir enfermedades, o cuando enseñamos a las personas en instituciones educativas sobre el funcionamiento de la naturaleza y la sociedad. El lenguaje y las reglas que creamos nos permiten orientar nuestro propio comportamiento e influir en el de los demás.

Por consiguiente, el análisis de la convivencia ciudadana a partir de la identificación y valoración de reglas sociales se constituye en un elemento novedoso y de relevancia social para el diseño cultural del ambiente urbano cada vez más poblado e inmerso en un mundo globalizado. Por esto, resulta importante comenzar a explorar las reglas de convivencia en ambientes compartidos por muchas personas y en relaciones transitorias. Por ejemplo, identificar cómo los individuos estructuran y valoran las reglas de convivencia en el espacio público de una ciudad puede resultar beneficioso para el diseño de campañas educativas eficaces y de la gestión del espacio público como escenario de encuentro y de formación del ciudadano.

Las reglas se enseñan para influir en nuestra manera de actuar, para afectar la manera como nos relacionamos con otras personas, los animales u objetos, pero también para aprender a autorregularnos (Kunkel, 1997). Es mediante el lenguaje que los individuos se autorregulan y dan lugar a los CUR; de esta manera, se mantienen las prácticas culturales que hacen sostenible la vida en la ciudad.

Sin embargo, las reglas que observamos en el ambiente urbano no siempre se expresan de manera precisa. Se espera que el individuo las complete, ya sea asumiendo la consecuencia por una conducta

ante una situación —por ejemplo: «no gire a la izquierda»—. Como puede notarse, el primer caso no especifica la consecuencia de cruzar hacia la izquierda, mientras que en las otras dos situaciones no se especifica la situación que demanda la acción.

En el espacio público, por ejemplo, se observan señales informativas que pueden verse también como ocasiones para facilitar una determinada conducta y se convierten en un elemento instigador para seguir una regla. Un caso que lo ilustra es la demarcación de lugares de paso para la regla: «Deje este espacio a los peatones», o la pintura de una estrella negra sobre el pavimento para señalar el lugar en el que hubo un accidente fatal, para la regla: «Reduzca la velocidad para evitar accidentes».

Expresadas de forma completa, las reglas deberían establecer la situación (tiempo o lugar), y el tipo de consecuencia asociada a su seguimiento o no cumplimiento. Así, una completa especificidad para la regla de «No fumar» debería decir: «Fumar en este lugar le acarreará la expulsión», o «Estacionar en este lugar exclusivo para personas discapacitadas le acarreará una multa» de cierto monto económico. Pero como hemos visto, es raro encontrarlas de esta manera, y lo que sucede es que se deja que la persona la complete a partir de la suposición de tener conocimiento previo de toda la regla.

A diferencia de las reglas explícitas o formales que tienen un elemento físico instigador, como las señaladas anteriormente, existen otras de forma tácita o informales que aprendemos en el hogar, la escuela u observando a los demás. También podríamos decir que hay reglas cerradas como el detenerse ante la luz roja del semáforo y abiertas como si se decide ir o no por la derecha al caminar por la acera. Todas ellas hacen parte de nuestro repertorio verbal y, por

consiguiente, no están en el ambiente de manera explícita ni en Códigos de Policía (Páramo, 2007). Ejemplos incluyen pedir permiso para pasar, pedir excusas al tocar a un extraño, dar las gracias o saludar. Lo que se busca al pretender valernos de ellas para guiar el comportamiento es no hacer depender la exhibición de dicho comportamiento de la presencia física de un ente regulador, llámese autoridad o ciudadano del común.

Para que las personas actúen de manera más responsable en relación con los CUR, deberán aprender reglas, las cuales se entienden como enunciados verbales que establecen una relación interdependiente entre la conducta y sus consecuencias; esto se conoce como relación de contingencia (Catania *et al.*, 1989). Como producto de la conducta verbal, las reglas describen el funcionamiento y organización de las contingencias que se establecen entre la conducta y el ambiente. La regla generalmente indica qué hacer, cuándo hacerlo y qué pasaría al hacerlo o no hacerlo, y sirven de puente entre la conducta y la consecuencia cuando esta es generalmente demorada.

Se adoptarán las reglas dependiendo de si son enseñadas, de qué tan exitoso ha sido en el pasado seguir reglas para conseguir beneficios y del tipo de consecuencias que ofrece el ambiente por seguirlas. Más adelante me refiero a las condiciones que facilitan el aprendizaje por regulación verbal y el porqué algunas personas son insensibles al seguimiento de reglas. Adicionalmente, el individuo establecerá posibles relaciones entre ellas para derivar sus propias reglas y actuar en consecuencia cuando el ambiente no establezca de forma explícita cómo enfrentar una situación que para la persona resulte novedosa.

Modelos de las reglas que encontramos en la ciudad o que guían nuestro comportamiento por los espacios urbanos son: «Estacionar sobre el andén le acarreará una multa de [x] salarios mínimos». En este ejemplo, la regla sirve además como un puente entre las ocasiones en que se espera que aparezca la conducta y sus consecuencias sociales o legales, cuando estas últimas son demoradas (Hayes y Hayes, 1989; Harte *et al.*, 2020). Si bien las reglas se enseñan para influenciar la manera como nos relacionamos con otras personas u objetos, su propósito principal es enseñar a regularnos. De aquí su importancia para enseñar y sostener las prácticas culturales deseables para una buena convivencia en la ciudad.

Lo que se busca al pretender valernos de las reglas para guiar el comportamiento de los ciudadanos es que no dependa de la presencia física de un ente regulador externo, aunque en un comienzo se requiera de la participación de la autoridad y del ciudadano del común para demandar el cumplimiento de la regla. Así, las reglas presentes en el repertorio verbal del individuo mediarán finalmente su relación con la sociedad, aun cuando esté solo en un lugar (Guerin, 2001). Por ello no se hace necesario hablar de la autorregulación en la medida en que el término resulta redundante.

En muchas ciudades las personas siguen reglas ciudadanas sin necesidad de controles externos. Se paga el transporte a pesar de no exigirse el tiquete de compra, se hace uso del cinturón de seguridad, se depositan los desechos en los contenedores que hay en las calles, se da paso al peatón en la avenida, se reciclan los desechos, se usan los puentes peatonales, se cruza la calle por las esquinas, se recogen los excrementos de los perros, se pagan las compras del supermercado, todo ello sin controles externos. Ya no se fuma en lugares privados con vocación colectiva —restaurantes, bares, cafeterías, teatros—

como ocurría en el pasado. Los individuos se regulan siguiendo reglas que contribuyen a prácticas sociales de convivencia.

Vivo en un barrio de clase media y he observado que, en las panaderías del sector, los clientes declaran ante la persona que está en la caja registradora lo que otros empleados, distantes del lugar de la caja registradora, les han servido. Sin cámaras, ni revisión de la bolsa que contiene el pan, el empleado cobra lo que el cliente declara. De esta manera, el comportamiento social que supone el seguimiento de una regla no necesariamente requiere de la presencia de otro individuo en el lugar. Las personas no tienen que ser controladas sino guiadas a través de las reglas, las cuales actúan como mecanismo de regulación de su propia conducta. Si las personas fueran educadas en reglas bajo la regulación social no sería necesario adoptar un determinismo arquitectónico. No serían necesarios los bolardos para proteger las aceras ni los torniquetes para ingresar a los sistemas de transporte masivo, pues la regla establece que deben pagar su pasaje para el beneficio de todos.

Hace algunos años, se realizó un experimento masivo en Bogotá durante la administración del alcalde Mockus (1995-1998), mediante el cual se buscaba formar a los ciudadanos difundiendo reglas de manera simbólica que contribuyeran a la calidad de vida urbana, a lo que el alcalde llamó «Cultura Ciudadana». Al igual que se hizo en Chicago en los años treinta del siglo pasado, se presentaban mimos cruzando la zona demarcada para los peatones para mostrar por dónde deberían cruzar la avenida los peatones. El pulgar levantado para indicarle a un conductor o entre peatones como aprobación social de algún comportamiento. Se pintaron estrellas negras sobre el pavimento en

lugares donde había fallecido un peatón producto del no acatamiento de una regla, ya fuera del peatón o de un conductor de vehículo. El mismo alcalde Mockus se disfrazó de Pepe Grillo, el personaje de Disney, para crear conciencia en los ciudadanos, y recurrió al personaje «Supercívico» para promover los comportamientos de urbanidad. Pero al igual que con los programas de modificación del comportamiento que se pusieron a prueba en los años ochenta y las campañas publicitarias, sus logros fueron decayendo con el paso del tiempo al suprimirse el trabajo publicitario sobre la difusión de las reglas simbólicas, las cuales no fueron entendidas por todos. Esto ocurrió principalmente por la inconsistencia en la aplicación de las contingencias: la ausencia de relaciones interdependientes entre el comportamiento de las personas y los beneficios, y sanciones para los comportamientos de la ciudadanía.

[In]sensibilidad al seguimiento de reglas y cómo abordarla

El haber tratado las reglas verbales, su influencia en el comportamiento humano y la manera como, a través de la regulación verbal, se busca educar y cambiar el comportamiento de las personas mediante la regulación verbal, nos acerca al interrogante de por qué, a pesar de los beneficios que se obtienen por seguir reglas —ya sea para conseguir resultados que favorezcan a las personas o les eviten situaciones indeseables—, algunas personas no las siguen, o en otras palabras, son insensibles a su aprendizaje, lo que es denominado insensibilidad al seguimiento de reglas (Kissi *et al.*, 2017). «Esta insensibilidad se refiere a la ausencia relativa de regulación por consecuencias, porque se asume que el comportamiento es sensible a las contingencias que moldearon la conducta de seguir la regla»

(Cerutti, 1989, p. 260). O, según Gómez *et al.* (2006), «a la falta de ajuste a las consecuencias directas sobre el comportamiento, ya que la conducta quedaría bajo control de las palabras y sería sensible a estas» (p. 59).

Skinner (1981, 1986) consideró este aspecto desde dos perspectivas. Por un lado, contemplando la conducta verbal como variable dependiente, en la que algunos estímulos verbales, que para su teoría serían vistos como estímulos discriminativos, podrían ser inadecuados, poco claros o mal expuestos; por otro lado, podrían presentar ausencia del refuerzo o ser demorados.

Si bien el comportamiento puede mantenerse a pesar de la ausencia del refuerzo directo o social, con el transcurrir del tiempo este tiende a debilitarse e incluso a desaparecer, como afirma el autor. Veamos a continuación algunas de las razones por las que algunas personas no siguen algunas reglas y cómo podría contrarrestarse esta insensibilidad a aprenderlas o seguirlas, a partir de lo que hemos identificado en la literatura científica (Díaz y Páramo, 2024).

Un aspecto crucial para mejorar la sensibilidad al seguimiento de reglas es asegurar que las consecuencias de seguir o no seguir una regla sean claras, inmediatas y percibidas como relevantes por quienes deben cumplirlas. En el caso de reglas relacionadas con consecuencias de largo plazo, como el cambio climático, es fundamental hacer visibles las consecuencias a corto plazo, utilizando señales que acerquen temporalmente los efectos futuros. Por ejemplo, mostrar las consecuencias inmediatas de las decisiones ambientales, como las inundaciones o sequías extremas, lo que puede ayudar a que las personas comprendan la importancia de actuar de acuerdo con las reglas propuestas.

Asimismo, es esencial que las reglas estén alineadas con las normas sociales y culturales de una comunidad. Cuando una regla es descontextualizada o va en contra de las creencias morales y culturales de una sociedad, es más probable que sea ignorada. Por lo tanto, para mejorar el cumplimiento, las reglas deben diseñarse teniendo en cuenta las tradiciones y valores de la comunidad, lo que facilitará su aceptación y cumplimiento.

Otro factor importante es la credibilidad de la fuente que emite la regla. Si las personas perciben que la autoridad o la institución que promueve la norma es legítima y confiable, estarán más inclinadas a seguirla. Esto subraya la importancia de fortalecer la imagen y la confianza en las instituciones que regulan el comportamiento, asegurando que actúen de manera justa y coherente.

El fenómeno de la competencia entre las consecuencias directas e inmediatas de una acción y las consecuencias sociales y a largo plazo de seguir una regla también merece atención. Las personas tienden a priorizar beneficios inmediatos sobre los colectivos a largo plazo, lo que puede llevar al incumplimiento de reglas que están diseñadas para el bien común. Por lo tanto, es fundamental fomentar una cultura de cooperación y enfatizar la importancia de las acciones colectivas para el bienestar de la comunidad en general.

Además, la comparación social juega un rol importante en la decisión de seguir o no una regla. Si las personas perciben que otros no están cumpliendo con las normas, es menos probable que ellas mismas las sigan. Para contrarrestar esto, es esencial promover una cultura donde el cumplimiento de las reglas por parte de todos —incluyendo las autoridades— sea visible y socialmente valorado.

Las campañas que muestran ejemplos positivos y recompensan el cumplimiento de las normas pueden ser eficaces para influir en el comportamiento colectivo.

En cuanto al esfuerzo que implica seguir una norma, es importante que las reglas sean diseñadas de manera que su cumplimiento no sea excesivamente oneroso o complicado. Las reglas que son difíciles de seguir o que implican procedimientos engorrosos tienden a ser ignoradas o violadas. Por lo tanto, simplificar el proceso de cumplimiento y asegurar que las reglas sean accesibles y comprensibles para todos puede mejorar significativamente su adhesión.

El reproche social es otro factor que puede influir en el comportamiento. Aunque la desaprobación social puede ser una herramienta poderosa para fomentar el cumplimiento de las normas, en algunas situaciones, las personas pueden ser más juzgadas por seguir una regla que por violarla, especialmente si la norma va en contra de la corriente social dominante. En estos casos, es necesario trabajar en cambiar la cultura social para que cumplir las normas sea visto como algo valioso.

La compensación moral, mediante lo cual las personas justifican comportamientos inadecuados con pequeñas acciones positivas, también puede ser un obstáculo para el cumplimiento de las normas. Educar a la sociedad para que comprenda la importancia de adoptar comportamientos más consistentes y ajustados al compromiso con la sociedad, en lugar de depender de compensaciones morales, es clave para lograr una verdadera regulación social.

Los conflictos entre reglas que requieren comportamientos simultáneos deben ser manejados con cuidado. Cuando las personas se enfrentan a normas contradictorias, tienden a seguir la que ofrece la consecuencia más inmediata o significativa. Es importante que las reglas estén diseñadas de manera que no entren en conflicto entre sí y que se establezcan prioridades claras que permitan a las personas tomar decisiones informadas sobre cuál norma seguir.

Por lo anterior, abordar la insensibilidad al seguimiento de reglas requiere una combinación de estrategias que incluyen la claridad en la formulación de las reglas, la alineación con las normas sociales y culturales, la credibilidad de la fuente que emite las normas, y la promoción de un entorno social que valore y refuerce el cumplimiento de las reglas. Además, es esencial simplificar el cumplimiento de las normas, abordar la competencia entre beneficios individuales y colectivos, y manejar cuidadosamente los conflictos entre reglas. Al implementar estas estrategias, es posible mejorar la adherencia a las normas y, en última instancia, promover un comportamiento más cohesivo y cooperativo en la sociedad.



Figura 7. Reglas para Comportamientos Urbanos Responsables

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: "Genera una imagen que represente las reglas de convivencia ciudadana en el espacio público urbano"

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

CAPÍTULO 5

Estrategias para la implementación de los CUR

El éxito de una estrategia de gestión urbana que busca promover un pacto social mediante CUR, dependerá de un diseño cultural que integre componentes pedagógicos para acordar las reglas a seguir; psicológicos y sociológicos para diseñar arreglos sociales sobre la acción colectiva e interdependiente; comunicativos para difundir las reglas y, por supuesto, una legislación o normatividad que sirva de soporte para este diseño cultural.

Para lograr que los distintos lugares por los que transitan las personas se conviertan en escenarios efectivos de educación ciudadana, es necesario que los diseñadores urbanos adopten un enfoque interdisciplinario que integre conocimientos de sociología, comunicación, psicología, economía, pedagogía y urbanismo. Esta orientación holística debe considerar cómo las personas interactúan con el entorno construido y cómo el diseño de estos entornos puede influir en sus comportamientos hacia la ciudad y hacia otros ciudadanos.

Este capítulo recurre a algunas estrategias para la promoción de los CUR, entre ellas: el fomento de estos comportamientos mediante la exposición de modelos sociales para incentivar la imitación, el

diseño espacial urbano, medidas económicas, la gobernanza y el control social, instrumentos legales, y el sistema de crédito social, a la vez que se presentan los mecanismos de macro y metacontingencias para garantizar su sostenimiento en el tiempo.

Aprendizaje por imitación

La socialización es un proceso dinámico que emerge de la interacción entre predisposiciones biológicas y la influencia cultural y que implica la interacción entre genes y entorno en la formación del comportamiento social. Desde una perspectiva biológica, la tendencia a imitar es un comportamiento que ha sido favorecido por la evolución, pues la imitación facilitó la transmisión de comportamientos adaptativos de una generación a otra, contribuyendo a la supervivencia y al éxito reproductivo.

No obstante, la imitación es parte de un repertorio más amplio que incluye la cooperación, la selección sexual y el altruismo, a través de lo que se denomina «reglas epigenéticas». Estas reglas de tipo biológico, distintas a las psicológicas y sociales, predisponen a los individuos a ciertos aprendizajes y comportamientos, como evitar peligros o buscar la compañía de otros. Aunque estas respuestas parecen innatas, en realidad son el resultado de un proceso de coevolución entre genes y cultura, los genes que favorecieron la conducta de imitar a otros por el beneficio que obtenían del ambiente fueron seleccionados aumentando la eficacia reproductiva de quienes imitaron.

Hay varios ejemplos de imitación en animales que ilustran cómo este comportamiento no es exclusivo de los humanos y que dejan ver la manera como se adquiere la conducta de imitación.

Uno de los casos más conocidos del aprendizaje por imitación en los monos se observó en un grupo de macacos japoneses en la isla de Koshima en la década de 1950. Los investigadores notaron que una joven mona, llamada Imo, comenzó a lavar batatas en agua para quitarles la arena. Con el tiempo, otros monos, especialmente los más jóvenes, imitaron este comportamiento. Esta transmisión cultural se extendió gradualmente por todo el grupo, mostrando cómo los monos pueden aprender nuevos comportamientos a través del aprendizaje social y la imitación, en lugar de la herencia genética. Fue un hallazgo clave para comprender la inteligencia animal no humana y el comportamiento cultural.

Otro ejemplo es el de los pájaros carboneros en Inglaterra, que aprendieron a abrir las tapas de las botellas de leche. Este comportamiento se extendió por diversas regiones, sugiriendo un aprendizaje social basado en la observación e de otros miembros de la especie. No obstante, algunos científicos argumentan que este tipo de aprendizaje podría no ser una imitación verdadera sino más bien un fenómeno de realce de estímulo, en el que los animales aprenden a enfocar su atención en un objeto específico, como la tapa de la botella, al ver a otros interactuar con esta.

En los humanos, la imitación tiene un papel central en la socialización, un proceso mediante el cual los individuos aprenden las normas, valores y comportamientos de su cultura, favorecido por una preparación para el aprendizaje por imitación. La imitación ha jugado un papel crucial, permitiendo la transmisión y evolución de comportamientos y conocimientos. Susan Blackmore (2000), amplía la noción de meme propuesta por Richard Dawkins en *El gen egoísta* (1976) al sugerir que los humanos son «imitadores

generalistas consumados», capaces de replicar una vasta gama de comportamientos y conocimientos, lo que ha permitido una rica y diversa evolución cultural. Según esta perspectiva, la capacidad humana para la imitación no solo facilita la transmisión de memes, unidades de selección por parte de la cultura, sino que también permite la creación de nuevos comportamientos y formas de pensar, que luego pueden ser adoptados por otros a lo largo del tiempo. Blackmore sugiere que las ideas y comportamientos se propagan culturalmente de manera similar a los genes, y que la imitación es el vehículo principal de esta transmisión. El aprendizaje social, a través de la imitación, permite que los individuos observen y repliquen conductas que son aceptadas y valoradas en su entorno, por lo que el aprendizaje social es fundamental para definimos como cultura, al actuar de manera similar frente a las normas que rigen una sociedad, ya sea que las acatemos e incluso que seamos proclives a rechazarlas. Pero hay sociedades en las que la mayoría sigue las leyes lo que se ha logrado por acuerdos comunes o de mayorías y en el peor de los casos por represión.

En el contexto urbano, esto significa que, al exponer a las personas a modelos de comportamiento responsable, como la solidaridad, la adecuada disposición de residuos o el uso eficiente de recursos, es más probable que quien observa sea capaz de inferir la regla y que estas conductas sean aprendidas y replicadas por otros.

Fomentar Comportamientos Urbanos Responsables a través del aprendizaje social y la imitación es una estrategia viable y efectiva que aprovecha la predisposición humana a replicar conductas observadas. Al aplicar este concepto a la promoción de los CUR, se podrían utilizar figuras influyentes en la comunidad, como líderes sociales, actores o deportistas, para modelar comportamientos responsables que luego

serían imitados por la población general. Al crear un entorno en el que los CUR son visibles, valorados y recompensados, es posible generar un cambio cultural significativo que contribuya a la construcción de ciudades más sostenibles, seguras y armoniosas. Este proceso requiere de un esfuerzo conjunto y continuo, en el que la educación, los medios de comunicación y el diseño urbano se articulen en la modelación de las conductas deseadas.

En algunas ciudades, por ejemplo, se han llevado a cabo jornadas de limpieza en las que participan celebridades locales, alcaldes o figuras deportivas. Al ver a personas influyentes recogiendo basura o limpiando espacios públicos, los ciudadanos se sienten motivados a imitar estos comportamientos. En el ámbito educativo, las escuelas pueden implementar programas para que los estudiantes se involucren en actividades de reciclaje bajo la guía de maestros o compañeros ejemplares. Si se observa a otros reciclar —y reflexionar en su importancia— es más probable que los niños adopten esta práctica en sus comunidades. En otras ciudades, líderes comunitarios o figuras respetadas promueven el uso del transporte público al hacer uso regular de este y compartir sus experiencias en redes sociales o eventos. Estas acciones han motivado a otros ciudadanos a dejar el automóvil y optar por el transporte público, lo que reduce el tráfico y las emisiones de carbono.

Las empresas locales también juegan un papel importante cuando adoptan parques o áreas verdes y organizan eventos en los que sus empleados participan en la plantación de árboles o en el mantenimiento del espacio. La visibilización de estas acciones a través de los medios de comunicación y redes sociales hace que otras empresas —o ciudadanos— sigan su ejemplo, lo que mejora el entorno urbano.

En las estaciones de tren en Nueva York, se transmiten mensajes de personajes reconocidos de la farándula invitando a las personas a que paguen el transporte público, a que en el metro no se salten las talanqueras porque de esa manera el costo del pasaje sube para el resto de ciudadanos.

Además, la creación de campañas educativas que utilicen medios visuales, como videos o redes sociales, en los que se muestren estos comportamientos deseables, puede acelerar su adopción. Los individuos tienden a imitar comportamientos que observan con frecuencia, especialmente si provienen de figuras respetadas o populares, lo que podría generar una evolución cultural hacia ciudades sostenibles y responsables.

Promover los CUR a través del aprendizaje social y la imitación implica crear un entorno en el que los comportamientos responsables sean visibles, deseables y, sobre todo, imitables. Esto se puede lograr mediante la difusión constante de estos comportamientos a través de diversos medios y el uso de modelos a seguir que sirvan de ejemplo para la comunidad.

Otro ejemplo son las campañas de seguridad vial dirigidas por influenciadores, en los que se muestran comportamientos responsables como cruzar por las zonas designadas, respetar las señales de tránsito, o usar cascos al andar en bicicleta. Estas acciones, visibles y accesibles para el público joven, pueden ser fácilmente imitadas, promoviendo una cultura de seguridad vial. En los barrios o comunidades, la creación de redes de vecinos que promuevan la movilidad sostenible ya sea a pie o en bicicleta, puede generar un efecto de imitación positivo. Cuando un grupo visible de vecinos

adopta estas prácticas y las muestran de manera positiva, es probable que otros residentes imiten estos comportamientos, en particular si se organizan actividades comunitarias como caminatas grupales o «bicicletadas».



Figura 8. Usuarios de las zonas demarcadas para ciclistas y patinetas

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de personas desplazándose por la zona demarcada para usuarios de patinetas y bicicletas haciendo uso de sus vehículos”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

Algunos municipios ofrecen incentivos para la creación de jardines urbanos en balcones, azoteas o espacios comunitarios. La exposición de estos jardines exitosos en redes sociales o en visitas guiadas inspira a otros ciudadanos a seguir estas iniciativas, lo que promueve la agricultura urbana y mejora la estética y sostenibilidad del entorno.

La organización de «Días sin auto» con la participación de figuras influyentes, que optan por usar bicicletas, caminar o usar el transporte público, también puede servir como un ejemplo poderoso. La visibilidad de estas acciones en los medios incentiva a la población a imitar y participar en futuras ediciones, fomentando una cultura de movilidad sostenible.

En mercados locales, la gestión responsable de desechos por parte de vendedores que han sido entrenados en prácticas sostenibles, como la reducción del uso de plásticos o la correcta separación de residuos, puede ser un modelo para seguir. Si estos comerciantes exhiben públicamente sus prácticas exitosas, es probable que otros imiten estas acciones, extendiendo las prácticas responsables a más áreas del mercado. Estos ejemplos demuestran cómo el principio de la imitación puede ser utilizado eficazmente para fomentar Comportamientos Urbanos Responsables.

La dimensión comunicacional

En cuanto al componente comunicacional, los expertos ven la ciudad como un sistema de comunicaciones, por lo que utilizan señales en espacios públicos para transmitir a los transeúntes un conjunto de símbolos que facilitan la acción educativa (Margulis, 2002; Cuesta, 2010; Ibáñez, 2014). No obstante, su uso para la formación ciudadana

se ha limitado a difundir reglas sobre la movilidad, los servicios cercanos, obras en construcción e información turística, pero son pocos los intentos para difundir reglas sobre otros comportamientos orientados a la convivencia en espacios públicos.



Figura 8. Madre con sus hijos haciéndoles ver una señal urbana que promueve CUR

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de una madre con dos hijos pequeños mostrándoles señales urbanas que promueven Comportamientos Urbanos Responsables”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

En un trabajo reciente (Páramo *et al.*, 2025), identificamos un conjunto de señales instaladas por particulares —vecinos de barrio, establecimientos comerciales y empresas— en distintos espacios urbanos, como avenidas y edificios. Estas señales utilizan imágenes de diversos tamaños y colores, así como textos orientados a disuadir comportamientos que la comunidad considera perjudiciales para la convivencia, especialmente en aspectos relacionados con la seguridad, el respeto, la higiene, el cuidado del ambiente y la protección del patrimonio.

Sin embargo, estas iniciativas no siguen un patrón común en su estrategia comunicativa. Presentan diferencias en la forma de expresar las normas, en las consecuencias asociadas a su cumplimiento, en su ubicación dentro del espacio urbano, así como en su diseño —forma, tamaño y color—, aspecto que se analizará más adelante.

La señalización urbana, cuando se utiliza más allá de sus funciones tradicionales, puede convertirse en una herramienta educativa poderosa. Imaginemos una ciudad en la que las señales no solo dirigen el tráfico o indican direcciones, sino que también comunican mensajes sobre la importancia del respeto al entorno, la convivencia pacífica o la conservación del patrimonio urbano. Esta señalización no tiene que ser intrusiva, al contrario, puede ser creativa y estratégicamente colocada para captar la atención del ciudadano en momentos clave de su interacción con el espacio público.

Además, la señalización podría incluir recordatorios sobre comportamientos deseables, como mantener el silencio en ciertas áreas, respetar las filas o utilizar los espacios de manera que no perjudiquen a otros usuarios. Este tipo de mensajes, cuando se comunican de manera respetuosa y accesible, pueden influir

positivamente en los hábitos de los ciudadanos y contribuir a una mejor convivencia urbana. A continuación, se desarrollan estas ideas con algunos ejercicios de aplicación en dos ciudades de Colombia.

Señalización urbana

Gran parte del trabajo teórico sobre la señalética y su aplicación en la señalización urbana se ha orientado a investigar las mejores formas de brindar información: cómo llegar a un lugar, cuál es su valor cultural o histórico, o cuáles son las normas de movilidad. Para ello, se desarrollan estudios sobre el color, el diseño del material, su contenido y su ubicación dentro de la ciudad, entre otros aspectos.

Sin embargo, como se mencionó anteriormente, es escasa la exploración de su importancia y de su diseño como herramienta para educar a los ciudadanos en temas relacionados con la convivencia. En la práctica, la señalización en los espacios públicos se centra en indicar normas de tráfico, ofrecer información turística o advertir sobre obras en curso, más que en cumplir una función educativa. No obstante, los espacios públicos poseen un gran potencial como plataformas para la educación ciudadana.

Las ciudades contemporáneas demandan la educación de las personas en comportamientos cooperativos que contribuyan a su sostenibilidad, lo cual pasa por acuerdos que garanticen la convivencia mediante prácticas culturales que se traduzcan en Comportamientos Urbanos Responsables. En esta medida, los espacios públicos urbanos se constituyen en escenarios propicios para educar al ciudadano en estos comportamientos, al tener en cuenta que son escenarios por los que circulan a diario miles de personas. Por ello hemos propuesto el uso de la señalética urbana

orientada a educar a los ciudadanos en convivencia, para lo cual es indispensable conocer cómo está diseñada y qué condiciones debería cumplir para que sea efectiva (Páramo *et al.*, 2024).

La señalización urbana incorpora reglas que pueden promover la convivencia urbana responsable (CUR) mediante el diseño planificado del espacio público. Estas funcionan como oferentes que indican las normas a seguir en distintos contextos, tanto en espacios públicos como en lugares de encuentro social —sociolugares, como bares, restaurantes, cafeterías y escenarios deportivos (Páramo, 2011)—, así como en no-lugares —como terminales de transporte, autopistas, centros comerciales y baños públicos (Augé, 1989)—, con el fin de regular el comportamiento de las personas (Gibson, 1979; Páramo, 2007). Estas reglas pueden presentarse de forma explícita o simbólica, estableciendo una relación funcional con el entorno y, en algunos casos, enunciando las consecuencias —positivas o negativas— derivadas de su cumplimiento o incumplimiento.

Para educar a la ciudadanía en el seguimiento de comportamientos sociales y de convivencia, es fundamental que exista una relación de dependencia entre las conductas socialmente deseables y sus consecuencias. El espacio público constituye, sin duda, el principal escenario donde se manifiestan muchas de estas conductas; en la medida en que dichas relaciones entre comportamiento y consecuencias se mantengan, también lo harán las prácticas sociales. De ahí la importancia de formar a los ciudadanos en el seguimiento de reglas verbales dentro de un entorno abierto y compartido, como lo son los espacios públicos.

No obstante, para garantizar que las señales cumplan con su objetivo de educar a las personas en un macroambiente como la ciudad, es recomendable que indiquen de forma explícita los beneficios, tanto individuales como colectivos, por seguir las reglas, lo que se consigue de manera más eficaz mediante el arreglo de macro y metacontingencias, como se verá en otro capítulo de este libro.

Ejemplos de señalización urbana orientada a promover los CUR

¿Qué papel juega el espacio público en el aprendizaje y mantenimiento de una práctica social como la de los Comportamientos Urbanos Responsables? Al reconocerse la importancia que tienen los CUR para la sostenibilidad de la vida en la ciudad y la calidad de vida, se justifica valernos del espacio público, en cuanto sirve como una gran escuela o aula de formación para la cual se diseñen acciones pedagógicas orientadas a la convivencia ciudadana y la sostenibilidad de la vida en la ciudad.

En Bogotá, diseñamos un sistema de señalización orientado a difundir reglas para la seguridad del peatón. Estas se identificaron en tres puntos de la ciudad donde, pese a contar con zonas demarcadas, señales luminosas o puentes peatonales cercanos, los peatones no las seguían (Páramo y Páramo, 2012).

Se establecieron once reglas, entre ellas: no cruzar por debajo del puente peatonal, no atravesar la avenida entre los vehículos, no cruzar corriendo y no descender del autobús en el centro de la vía. Cada señal especificaba la regla en términos de la situación, la

conducta esperada y sus consecuencias —tanto individuales como sociales—; además, la representaba simbólicamente e invitaba a los ciudadanos a llamar la atención de quienes no la cumplieran, así como a aceptar las observaciones de otros. La señalización fue reforzada mediante “confederados”, quienes ofrecían reconocimiento social a quienes seguían las reglas o llamaban la atención a quienes las incumplían, asegurando así la presencia de consecuencias sociales.



Figura 10. Señal urbana sobre movilidad de peatones y ciclistas

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de una señal urbana que promueva CUR en peatones y ciclistas a partir de la fotografía adjunta”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

En Cúcuta, también diseñamos un sistema de señalización basado en grandes tótems publicitarios que, además de integrar reglas sobre la seguridad del peatón, incluían orientaciones relacionadas con el manejo de residuos en las calles. Los logros alcanzados —en términos de la reducción de peatones infractores y del aumento en el cumplimiento de las normas— se difundieron mediante pasacalles y una pantalla gigante ubicada en una de las intersecciones más importantes de la ciudad. Los resultados evidencian la efectividad de esta intervención a lo largo del tiempo (Páramo y Contreras, 2018).



Figura 11. Fotografía sobre la promoción de CUR sobre la Avenida Cero en Cúcuta, Colombia

Fuente: archivo personal.

De esta manera, los espacios públicos pueden verse como escenarios de formación cívica en los que se pueden aprender reglas de convivencia entre extraños mediante arreglos de metacontingencias que garanticen su sostenibilidad en el tiempo.

Sumados a estos experimentos urbanos, se encuentran los trabajos de Bachman y Kattzev (1982), Clayton, Helms y Simpson (2006), Everett (1982) y Van Houten *et al.* (2010). Al analizar en conjunto las señales empleadas en estos estudios, se sugiere que, más que promover reglas aisladas, es necesario diseñar un sistema de señalización coherente y articulado.

Este sistema debería ser perceptualmente llamativo, estructurado bajo un conjunto común de símbolos y orientado a educar a la ciudadanía en las distintas funciones asociadas a la convivencia urbana responsable (CUR). Asimismo, debería resaltar los beneficios tanto individuales como colectivos, promover la acción interdependiente —mediante metacontingencias— y ofrecer retroalimentación a los ciudadanos por su contribución a la convivencia. De este modo, no solo se favorecería la transformación de las prácticas sociales, sino que también se aportaría al desarrollo teórico de la señalética.

A continuación, se presentan casos ilustrativos de lo que podría ser un conjunto de señales que promueven reglas de los CUR en distintos escenarios de la ciudad.

En áreas peatonales

- Zona exclusiva para peatones: Mantenga este espacio libre de vehículos y disfrute de un paseo seguro y tranquilo.
- Ceda el paso al peatón: Respete los cruces peatonales y contribuya a una convivencia más segura y armoniosa.

- Utilice los puentes peatonales: Cruce de manera segura y proteja su vida y la de los demás, evitando accidentes.

En estaciones y terminales de transporte

- No arroje basura: mantenga limpia la estación y disfrute de un entorno limpio y agradable.
- Respete las filas: permita un embarque ordenado y ahorre tiempo, evitando molestias al abordar.
- Use el cinturón de seguridad: su vida es lo más importante, viaje seguro y tranquilo.
- Permita salir antes de entrar: facilite el flujo de pasajeros y evite aglomeraciones, garantizando un embarque rápido y seguro.

En áreas de reciclaje y disposición de residuos

- Recicle aquí: clasifique sus residuos en los contenedores correspondientes y contribuya a un medio ambiente más limpio y saludable.
- No arroje escombros: utilice los puntos autorizados y mantenga la ciudad ordenada, disfrutando de espacios limpios.
- Pilas y baterías: deposite aquí para su correcta disposición y proteja el medio ambiente, contribuyendo al reciclaje responsable.

En parques y zonas recreativas

- No dañe las áreas verdes: mantenga los jardines y el césped en buen estado y disfrute de áreas verdes bien cuidadas para su recreación.
- Lleve a su mascota con correa: garantice la seguridad de todos y disfrute de paseos seguros y agradables con su mascota.
- Recoge los desechos de tu mascota: ayuda a mantener limpio el parque y disfruta de un espacio acogedor para todos.

En espacios de tránsito vehicular

- Reduzca la velocidad: zona escolar, proteja la vida de los niños y evite accidentes graves.
- Estacionamiento exclusivo para personas con discapacidad: respete este espacio y contribuya a una ciudad más accesible y justa para todos.
- Prohibido girar a la izquierda: evite accidentes y mantenga un flujo vehicular seguro.

En áreas de fumadores y no fumadores

- Zona libre de humo: fumar está prohibido en esta área, respire aire limpio y saludable.
- Área de fumadores: mantenga las colillas en los ceniceros y contribuya a mantener los espacios limpios y respetuosos.

En baños públicos

- Lávese las manos: prevenga enfermedades y proteja su salud y la de los demás.
- Deposite el papel en los basureros: mantenga los baños limpios y disfrute de un baño bien cuidado.

En lugares con escaleras o ascensores

- Utilice el pasamanos: prevenga caídas y mantenga su seguridad.
- Deje salir antes de entrar: mantenga el orden en el uso del ascensor y ahorre tiempo, mejorando la experiencia de todos los usuarios.

Como se puede observar, estas reglas, con las consecuencias integradas, refuerzan el mensaje positivo y motivan a los ciudadanos a adoptar comportamientos responsables en los espacios públicos. Otro aspecto para destacar es que las consecuencias asociadas a las reglas son las naturales y sociales a los comportamientos que se

promueven, no tienen que estar asociadas a consecuencias artificiales o externas como multas.

El papel del cine y la televisión

Los medios de comunicación desempeñan un papel crucial en el fomento de Comportamientos Urbanos Responsables, dado su poder para influir en las conductas sociales. Un ejemplo claro es la evolución en la representación de personajes en el cine y la televisión. En décadas pasadas, era frecuente ver a actores fumando en pantalla, lo que contribuía a normalizar esta práctica entre el público. En la actualidad, estas representaciones han cambiado de manera significativa, con un mayor énfasis en la promoción de hábitos saludables y socialmente deseables.

En este contexto, guionistas, directores y publicistas deben ser conscientes de su influencia y procurar que actores, actrices y deportistas sean presentados como modelos a seguir en términos de conducta prosocial.

Los murales y las exposiciones itinerantes sobre la historia de la ciudad

Las representaciones artísticas, en murales o exposiciones de arte urbano que muestran de manera creativa y positiva la importancia de comportamientos responsables, pueden inspirar a los espectadores a replicar estos comportamientos en su vida diaria. Un ejemplo innovador podría ser la pintura de murales en parques, plazas y culatas de edificios que recuerden la historia y la importancia cultural del lugar, junto con mensajes que fomenten su cuidado y mantenimiento (Páramo y Cuervo, 2009, 2014).



Figura 12. Mural de antigua vida campesina en Boyacá, Colombia

Fuente: Fotografía del autor en Tibasosa, Cundinamarca, Colombia

Los murales que representan narrativas históricas y sociales en espacios públicos desempeñan un papel transformador en la construcción de la identidad urbana y el fomento de Comportamientos Urbanos Responsables (CUR). Al situar la historia social de la ciudad en murales, el arte público se convierte en una estrategia educativa

que conecta a los residentes con su pasado y transforma su percepción de los espacios compartidos. Este enfoque va más allá de la nostalgia o el interés puramente académico, tratando la historia como un proceso en evolución que informa las prácticas culturales actuales y el diseño urbano.

Los murales pueden visibilizar narrativas a menudo ignoradas de grupos marginados, como las contribuciones de mujeres, pueblos indígenas, trabajadores y otros actores subrepresentados. Al destacar estas historias en los espacios públicos, los murales actúan como testimonios físicos que enriquecen la memoria colectiva y fomentan un mayor sentido de pertenencia y responsabilidad entre los ciudadanos. Funcionan como herramientas que ilustran las dinámicas sociales que han moldeado la ciudad, promoviendo una reflexión crítica sobre la relación entre el pasado y el presente.

El impacto educativo de esta estrategia radica en crear experiencias atractivas e interactivas que conecten a las personas con su entorno urbano. Al integrar relatos históricos y representaciones en el tejido de la ciudad, los murales invitan a los ciudadanos a reimaginar su relación con los espacios públicos, no como áreas estáticas, sino como lugares vivos de memoria colectiva. Esta conexión con el pasado también inspira un cambio de comportamiento, motivando a los individuos a adoptar los CUR, como cuidar los espacios públicos, respetar los entornos compartidos y participar activamente en la vida comunitaria.

Además, incorporar murales sobre la historia social urbana en los espacios urbanos se alinea con una planificación urbana inclusiva al reconocer diversas historias y contribuciones culturales. La representación de eventos históricos, ya sean alegres, sombríos o cotidianos, genera oportunidades de aprendizaje y diálogo entre los ciudadanos. Esto refuerza la identidad urbana y subraya el papel de los espacios públicos como escenarios de convivencia e intercambio cultural.



Figura 13. Mural en calle de La Habana, Cuba remembrando el estilo de vida de las clases altas de la ciudad en el siglo XIX

Fuente: Fotografía tomada por el autor

De este modo, los murales se convierten en herramientas comunicativas poderosas que integran la historia en la vida cotidiana urbana. No solo embellecen las ciudades, sino que también educan a los residentes, fomentan un sentido compartido de identidad y promueven comportamientos que sustentan una convivencia armónica y responsable en el ámbito urbano. Al alinear la expresión artística con la historia urbana y la participación comunitaria, los murales se convierten en elementos clave para crear ciudades que no solo sean visualmente vibrantes, sino también socialmente cohesionadas y culturalmente conscientes.

Al mismo tiempo, los murales tienen el potencial de actuar como puentes entre generaciones y comunidades, al representar una diversidad de perspectivas históricas y culturales. Pueden diseñarse no solo para narrar historias del pasado, sino también para reflejar valores compartidos y aspiraciones futuras, promoviendo así un sentido de unidad y propósito colectivo. De este modo, se convierten en una herramienta clave para transformar los espacios públicos en lugares que no solo se transitan, sino que también se viven y se valoran.

Desde el punto de vista de la planificación urbana, pintar murales alusivos a la historia social revitaliza áreas deterioradas o infrautilizadas, dotándolas de un nuevo significado y atractivo. Esto no solo contribuirá a la regeneración física de un barrio, sino también a su renovación social, al fomentar el orgullo comunitario y el sentido de pertenencia. Involucrar a los residentes locales en el diseño y la creación de murales puede profundizar aún más estos efectos, pues permite que la comunidad se convierta en parte activa del proceso, fortaleciendo la participación ciudadana.

En términos educativos, los murales pueden complementarse con programas pedagógicos que expliquen los eventos o las historias representadas, ya sea mediante visitas guiadas, actividades escolares o herramientas digitales, como códigos QR que enlacen a recursos en línea. Estas iniciativas permiten maximizar su impacto al ofrecer a los ciudadanos —especialmente a los jóvenes y a los recién llegados— un contexto más amplio y una comprensión más profunda de su patrimonio cultural y social.

Asimismo, pueden servir como un medio para abordar problemáticas contemporáneas en las ciudades, como lo evidencian las intervenciones de Banksy en Londres. Al incorporar mensajes sobre la diversidad social, la migración, así como promover prácticas como la solidaridad y el respeto por la diferencia, los murales no solo educan sobre el pasado, sino que también inspiran acciones positivas en el presente. De este modo, se convierten en un recordatorio constante de los valores y comportamientos necesarios para construir ciudades más inclusivas, sostenibles y armoniosas.

En síntesis, los murales no son simplemente expresiones artísticas: son potentes catalizadores de cambio social y cultural. Al enlazar historia, identidad y educación, estos pueden transformar los espacios públicos en epicentros de aprendizaje, cohesión y acción comunitaria. Invertir en proyectos de arte urbano como los murales es apostar por una ciudadanía más consciente y comprometida, capaz de valorar su pasado, afrontar los retos del presente y construir futuro.

El diseño espacial, mantenimiento y mejora de la infraestructura urbana

Los espacios públicos que facilitan el encuentro y la convivencia entre personas de diferentes edades, orígenes y clases sociales pueden desempeñar un papel crucial en la construcción de comunidades más inclusivas y cohesionadas. Diseñar entornos que inviten a la socialización y a la participación permite que estos funcionen como oferentes que favorecen la cooperación, la empatía y el respeto mutuo.

Así, las plazas que cuentan con áreas de juego para niños, junto con bancos donde los adultos pueden conversar, o con espacios destinados a actividades culturales y deportivas, no solo fomentan el uso del espacio, sino que también crean oportunidades para que los ciudadanos aprendan a convivir y a valorar la diversidad. Estos entornos promueven, además, un sentido de pertenencia y de responsabilidad hacia el espacio compartido, reforzando valores cívicos fundamentales.

El diseño inclusivo es otro componente esencial para la educación ciudadana en los espacios públicos. Un diseño urbano que tenga en cuenta las necesidades de todos los ciudadanos, incluyendo a personas con necesidades especiales, adultos mayores, niños, y otros grupos vulnerables, no solo garantiza la accesibilidad física, sino que también educa a la sociedad en valores de inclusión y equidad. La incorporación de rampas, señalización en braille, caminos accesibles, y áreas de descanso adecuadas, facilita el uso del espacio público para todos y comunica un mensaje claro sobre la importancia de la igualdad de oportunidades. Este enfoque inclusivo fomenta el respeto hacia la diversidad y educa a los ciudadanos sobre la importancia de diseñar y mantener ciudades que sean verdaderamente para todos.

Los espacios verdes, aunque comúnmente asociados con la recreación y el bienestar, también tienen un enorme potencial educativo. Además de su función estética y ecológica, los parques y jardines públicos pueden ser escenarios donde se promueva la educación ambiental. Mediante la plantación de especies nativas, la instalación de huertos urbanos y la creación de senderos educativos, los espacios verdes pueden convertirse en aulas al aire libre donde los ciudadanos aprenden sobre biodiversidad, sostenibilidad y el valor de los ecosistemas urbanos.

Este tipo de iniciativas embellecen la ciudad al tiempo que contribuyen a la formación de una ciudadanía más consciente y comprometida con la protección del medio ambiente. Talleres, visitas guiadas y programas educativos en estos espacios pueden reforzar este aprendizaje, convirtiendo el entorno natural en un recurso pedagógico accesible para todos.

A su vez, la creación de espacios específicos para perros dentro de los parques urbanos es fundamental, ya que no solo promueve la socialización entre las mascotas, sino que fortalece los vínculos entre sus tenedores. Además, contar con zonas delimitadas facilita el control sanitario, al reducir la dispersión de bacterias contenidas en las heces caninas, y contribuye a la seguridad de los demás visitantes del parque, al minimizar el riesgo de encuentros no supervisados que podrían derivar en ataques o situaciones de incomodidad.



Figura 14. Parque para perros dentro de un parque de la ciudad de Nueva York

Fuente: archivo personal.

Jane Jacobs, en su influyente obra de 1961, resaltó el papel esencial que juegan las aceras y las esquinas en la vida urbana. Según Jacobs (1961), estos espacios no son meramente elementos físicos dentro del entramado de una ciudad, sino que actúan como escenarios vitales para la interacción social. Es en las aceras donde los adultos participan en intercambios informales, los niños encuentran un lugar para jugar y los adolescentes un espacio para reunirse. Esta visión de las aceras como lugares de encuentro subraya su rol en la creación de una comunidad cohesionada y activa, en la que las personas no solo comparten un espacio físico, sino también vivencias y comportamientos que refuerzan el tejido social.

Más allá de ser simples espacios de movilidad, las aceras permiten que los individuos observen a los demás, aprendan e imiten comportamientos, lo que contribuye a la regulación social de los habitantes de la ciudad. Este fenómeno es crucial en la vida urbana porque contribuye a la identidad, la apropiación y el apego a la ciudad. Mediante la observación e imitación se transmiten reglas que contribuyen a la convivencia reforzando la confianza entre los ciudadanos, elemento fundamental para el buen funcionamiento de cualquier comunidad.

Sin embargo, las aceras y los espacios públicos no están exentos de desafíos. En muchas ciudades existen barreras físicas y sociales que limitan el acceso y uso de estos espacios. Hollenstein y Bleish (2016) enfatizan que la calidad de las aceras, los cruces peatonales y la regulación de la velocidad de los vehículos son factores determinantes en la decisión de caminar hacia un destino. Una acera mal diseñada o insegura puede disuadir a las personas de utilizarla, afectando no solo su movilidad, sino también las oportunidades de interacción social que Jacobs consideraba tan vitales. Por esta misma razón, en varias ciudades se ha tenido que colocar bolardos que impiden que los vehículos estacionen sobre las aceras o circulen por zonas exclusivas para peatones o ciclistas en una perspectiva de determinismo arquitectónico, la cual no es la más deseable.

La seguridad es otro aspecto crítico que influye en la utilización de las aceras, especialmente para las mujeres. D'Alessandro, Appolloni y Capasso (2016) destacan que la percepción de seguridad es un factor subjetivo pero poderoso que puede determinar si una persona decide caminar por una acera o no. Esta percepción está influida no solo por la presencia de otros peatones, sino también por la iluminación,

la visibilidad y la presencia de espacios bien mantenidos, limpios y activos. Cuando las personas sienten que un espacio es seguro y acogedor, es más probable que lo utilicen, lo que a su vez incrementa la vida social en la ciudad y refuerza las dinámicas de observación e imitación que son clave para la regulación social.

De esta manera podemos afirmar que las aceras son mucho más que vías peatonales: son espacios fundamentales para la vida social y la regulación urbana. Facilitan encuentros y observaciones que permiten a los ciudadanos aprender unos de otros, contribuir a la cohesión social y mantener una comunidad activa y segura. Sin embargo, para que las aceras cumplan su función social, es esencial que estén bien diseñadas y sean percibidas como seguras por todos los habitantes de la ciudad.

La teoría de las ventanas rotas

La teoría de las ventanas rotas, propuesta por James Q. Wilson y George L. Kelling en 1982, sugiere que los signos visibles de desorden y deterioro en un entorno, como ventanas rotas, basura acumulada o grafitis, pueden generar un ambiente de abandono que promueve comportamientos antisociales y criminales. Esta teoría se fundamenta en la idea de que cuando un entorno parece descuidado, los individuos perciben que no hay control social o vigilancia, son menos proclives a seguir las reglas socialmente aceptadas o demandadas por la sociedad o la autoridad, lo que reduce la presión social para comportarse de manera ordenada, por lo que aquellas personas con pobre historia personal al respecto estarían más propensas a involucrarse en conductas inadecuadas.

Para probar esta teoría, el psicólogo Philip Zimbardo realizó un experimento en 1969 en el que dejó dos automóviles idénticos en dos barrios diferentes: uno en el barrio del Bronx, Nueva York, de baja condición social, y otro en Palo Alto, una zona de alta condición social en California. El automóvil en el Bronx fue rápidamente vandalizado y desmantelado, mientras que el de Palo Alto permaneció intacto durante varios días. Sin embargo, una vez que Zimbardo rompió una ventana del automóvil en Palo Alto, este también fue rápidamente vandalizado (Zimbardo, 1969). Este experimento demostró que el desorden visible, como una ventana rota, desencadena una cadena de vandalismo y comportamiento antisocial, independientemente del contexto socioeconómico.

Las implicaciones de la teoría de las ventanas rotas son significativas en cuanto al mantenimiento de entornos urbanos ordenados y limpios. Mantener la estructura física de los entornos urbanos en buen estado, sin signos de deterioro, puede prevenir comportamientos negativos y promover los socialmente aceptados, lo que subraya la importancia del mantenimiento regular de los espacios públicos, no solo para la estética, sino también para fomentar Comportamientos Urbanos Responsables y reducir en algunos casos el riesgo de criminalidad y desorden en las ciudades.

La teoría también subraya la importancia de fortalecer los vínculos entre las personas y los elementos patrimoniales que se encuentran en los espacios públicos. Cuando los elementos urbanos, como monumentos, edificios históricos, parques y plazas, se mantienen en buen estado, se refuerza la identidad con el lugar y en consecuencia el cuidado de estos espacios y la responsabilidad colectiva.

Mantener los elementos patrimoniales bien conservados es fundamental para preservar la memoria histórica y cultural de una comunidad. Estos elementos actúan como símbolos de identidad compartida, y su deterioro puede debilitar los lazos comunitarios y la conexión emocional —el apego— de las personas con su ciudad.

La transformación de espacios públicos ha demostrado ser efectiva en la revitalización urbana. En Nueva York, la intervención en Times Square es un ejemplo de cómo modificar el entorno físico puede cambiar significativamente el comportamiento colectivo. Al restringir el acceso vehicular y crear zonas peatonales, se logró un ambiente más seguro y atractivo para los peatones, lo que a su vez ha revitalizado el área como un espacio de encuentro y convivencia. Esta intervención no solo mejoró la calidad de vida de los habitantes, sino que también impulsó la actividad económica en la zona. Y esto sin mencionar las transformaciones en espacios públicos en ciudades como Barranquilla, Colombia, en donde la revitalización urbana con la creación de espacios públicos como el malecón del río y Puerto Mocho han transformado la vida social de la ciudad.

A pesar de que la teoría ha ejercido una fuerte influencia en las políticas públicas de seguridad urbana y en el diseño de estrategias policiales orientadas a reducir la criminalidad a través del control de incivildades menores, los estudios revisados, como el de Kamalu y Onyeozili (2018) —especialmente el metaanálisis de O'Brien, Farrell y Welsh (2019)— cuestionan la validez empírica y el fundamento metodológico de esta teoría, sobre todo cuando se evalúan los efectos del deterioro del ambiente sobre percepciones subjetivas de las personas que viven en este tipo de lugares. Uno de los principales hallazgos de estos trabajos es que la relación entre desorden físico/social y agresividad o miedo al crimen no es consistente cuando se

controla rigurosamente por variables como el nivel socioeconómico o los procesos sociales comunitarios —por ejemplo, la eficacia colectiva—. De hecho, la mayoría de los estudios que encuentran efectos positivos del desorden sobre la criminalidad se basan en diseños metodológicamente débiles, con ausencia de controles claves o con medidas que confunden percepciones individuales con condiciones objetivas del entorno.

En términos metodológicos, la evidencia más robusta muestra que cuando el desorden es evaluado mediante auditorías objetivas o percepciones agregadas de múltiples residentes —en lugar de percepciones individuales subjetivas—, los efectos sobre la percepción de inseguridad y el comportamiento agresivo tienden a desaparecer o volverse insignificantes. Además, la omisión de variables como el estatus socioeconómico o la cohesión social suele inflar artificialmente los efectos atribuidos al desorden, lo que plantea serias dudas sobre la capacidad explicativa de la teoría original. No obstante, uno de los aportes que puede reconocerse en la teoría de las ventanas rotas es su valor como hipótesis inicial que estimuló nuevas formas de análisis urbano centradas en los micro-comportamientos y en el rol del espacio urbano como productor de significados sociales. En ese sentido, aunque el supuesto de causalidad directa entre desorden y crimen no se sostiene empíricamente en la mayoría de los estudios revisados, sí se reconoce que ciertos tipos de desorden pueden funcionar como indicadores simbólicos de abandono, lo cual puede influir en percepciones subjetivas de deterioro y desconfianza vecinal, especialmente en contextos con baja cohesión comunitaria.

El problema principal de la teoría está en que propone una relación directa, casi automática, entre deterioro físico y aumento de criminalidad. Pero los estudios recientes (como los de O'Brien *et al.*) demuestran que esa relación no es causal por sí sola, sino que está mediada por factores más profundos como la pobreza estructural, la cohesión social, la eficacia colectiva y las trayectorias históricas de los barrios. Desde esa crítica, se concluye que la presencia de basura o vandalismo no «cause» necesariamente crimen o negligencia ciudadana, sino que el entorno físico deteriorado forma parte de un sistema de significados compartidos, que puede activar o inhibir comportamientos responsables dependiendo del contexto social y comunitario. En otras palabras, el desorden no es causa suficiente, pero sí un factor contextual que puede reforzar dinámicas preexistentes. Cuando no hay inversión pública, ni servicios adecuados, ni canales de escucha ciudadana, difícilmente puede esperarse una actitud activa y corresponsable por parte de los habitantes.

Una idea rescatable de la teoría de las ventanas rotas es que el entorno comunica, envía señales normativas que pueden influir en la conducta. Sin embargo, esta influencia no es uniforme ni automática, como plantean sus críticos. Depende del nivel de identidad con el lugar, de la cohesión social existente, de las expectativas normativas compartidas y de la percepción de justicia y equidad.

Mientras que la teoría de las ventanas rotas promovió respuestas arquitectónicas y administrativas sin participación ciudadana, los Comportamientos Urbanos Responsables apuntan hacia procesos culturales, pedagógicos y participativos que buscan transformar la relación de los ciudadanos con la ciudad. No basta

con limpiar y sancionar, es necesario construir identidad urbana, apego y apropiación sobre lo que significa habitar responsablemente la ciudad.

Entender la relación entre entorno deteriorado y comportamiento ciudadano no exige desechar completamente las intuiciones iniciales de la teoría de las ventanas rotas, sino revisarlas y ajustarlas. Los entornos hablan, sí, pero el significado de lo que dicen depende del tejido social que los habita. En lugar de enfocarnos solo en corregir los síntomas visibles del desorden, debemos comprender y transformar las causas sociales, económicas y simbólicas que permiten o inhiben la cultura del cuidado urbano.

En síntesis, la teoría de las ventanas rotas, más que una explicación causal válida del desaseo, la desintegración del espacio e incluso el crimen, debe ser comprendida como una narrativa simplificada que ignora factores estructurales y comunitarios determinantes en el comportamiento urbano. Los hallazgos actuales demandan un enfoque más complejo, que incorpore elementos como la eficacia colectiva, la justicia social, la equidad territorial, la participación ciudadana y, por supuesto, la formación en CUR, como factores centrales en la construcción de entornos urbanos seguros y habitables.

El espacio defendible

Otra de las estrategias para prevenir el crimen proviene de la teoría del Espacio Defendible, del diseño espacial. El concepto fue introducido por el arquitecto y urbanista Newman en los años setenta y sostiene que el entorno construido puede influir directamente en la conducta humana, especialmente en la prevención del crimen. Según

Newman (1973), si un espacio está bien diseñado, sus residentes pueden controlar y vigilar el entorno, reduciendo la posibilidad de actividades delictivas. El trabajo de este urbanista se basa en varios principios fundamentales que describen cómo el diseño de los espacios públicos y privados puede reducir las oportunidades para el crimen. Este principio sugiere que los residentes o ciudadanos deben apropiarse del espacio, lo que los lleva a cuidarlo y protegerlo. Cuando las áreas son claramente delimitadas como «territorio propio», que nos pertenece, donde nos reconocemos unos a otros, los intrusos son más fáciles de identificar, lo que disuade la criminalidad.

El diseño de los espacios públicos debe fomentar que las personas puedan ver lo que ocurre a su alrededor. Un mayor nivel de visibilidad disuade el crimen, pues los delincuentes prefieren actuar en zonas donde no pueden ser observados fácilmente. Las ventanas orientadas hacia áreas comunes y los espacios abiertos bien iluminados son ejemplos de cómo fomentar la vigilancia natural. El solo hecho de introducir ventanas hacia corredores no muy transitados, así sean falsas, hace que el delincuente se sienta vigilado y por consiguiente no comenta ningún crimen. En algunas ciudades se han colocado pancartas que tienen ojos grandes y en otros casos dummies con figuras de vigilantes que buscan hacer sentir observado al ciudadano.

La apariencia de un área afecta las percepciones que las personas tienen de la seguridad. Ya lo mencioné al referirme a la teoría de las ventanas rotas: un área bien cuidada y mantenida proyecta orden y control, lo que desincentiva a los delincuentes. Por el contrario, el deterioro y la negligencia pueden hacer que una zona parezca vulnerable al crimen. El diseño de los espacios públicos no solo afecta el bienestar y la calidad de vida de los residentes,

sino que también influye directamente en la seguridad. Las áreas mal iluminadas, los callejones sin salida y los espacios abiertos sin vigilancia son más propensos al crimen. En cambio, los parques, plazas y calles bien iluminadas y con acceso visual desde varios ángulos suelen ser mucho más seguros. La imagen y el mantenimiento del entorno también juegan un papel crucial en esta teoría. Áreas limpias y bien mantenidas proyectan una sensación de orden y control, lo que reduce la percepción de vulnerabilidad ante el crimen. Por el contrario, el deterioro y la falta de mantenimiento envían señales de abandono, atrayendo actividades delictivas.

La aplicación de los principios del espacio defendible puede observarse en varios proyectos de renovación urbana y diseño de viviendas alrededor del mundo. En distintas ciudades de los Países Bajos (Holanda), se ha implementado el concepto de espacio defendible en la renovación de barrios. La creación de espacios bien definidos, con áreas comunes visibles desde las viviendas, ha reducido significativamente el crimen. Las zonas de juego para niños, bien delimitadas y vigiladas por las ventanas de los edificios cercanos, son un ejemplo clave.

Los parques y plazas son esenciales para la vida urbana, pero también pueden convertirse en puntos vulnerables si no están bien diseñados. La integración de áreas verdes con buena visibilidad desde las viviendas cercanas y la inclusión de caminos iluminados y claramente definidos pueden ayudar a prevenir actividades delictivas. El diseño e incorporación de «ojos vigilantes» que se mueven en lugares públicos, lo mismo que dummies que representan la autoridad, contribuyen a disuadir el delito.

Con todo, algunos expertos argumentan que el espacio defendible no es suficiente por sí solo para eliminar el crimen y que debe complementarse con otras estrategias sociales y económicas. El diseño del espacio no puede resolver por completo los problemas estructurales como la pobreza, la falta de empleo o la educación deficiente. El crimen está relacionado con una serie de factores complejos y, aunque el diseño puede reducir las oportunidades para el delito, las causas subyacentes del crimen también deben abordarse.

Finalmente, la teoría subraya la importancia de la participación comunitaria en la planificación y el diseño. Cuando los residentes se involucran en la creación y mantenimiento de su entorno, el espacio defendible es más eficaz, pues las soluciones están alineadas con las necesidades reales y los hábitos de quienes viven en el área. La interacción social también se fomenta mediante el diseño de espacios que promuevan el encuentro y la convivencia, creando una red de apoyo mutuo que fortalece la cohesión y la vigilancia compartida.

De este modo, el diseño espacial cumple un papel crucial en la promoción de comportamientos deseables para el ambiente, como el uso del transporte público, la bicicleta y caminar. Para que esto sea efectivo, son esenciales sistemas de transporte público eficientes, ciclorrutas y aceras peatonales seguras.



Figura 15. Paradero de bus con información de rutas

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de un paradero de bus urbano con personas esperándolo”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

Sin embargo, quizás aún más importante, es la creación de «sociolugares» (Páramo, 2011), espacios específicamente diseñados para la interacción social y los encuentros, en la medida en que esta es una condición esencial para el fortalecimiento de la democracia, la transmisión de valores y formas de actuación, y garantizar que sean incorporados a la sociedad.

Es fundamental desarrollar estos sociolugares para fomentar conexiones sociales genuinas. Al brindar mayores posibilidades de encuentros entre personas, no solo se crea tejido social, sino que también se facilita la transmisión y el intercambio de comportamientos deseables socialmente. La tendencia actual de privatizar los espacios públicos con fines puramente comerciales, como se observa con los centros comerciales y las tiendas de decoración, socava este objetivo. Estos centros comerciales a menudo inhiben la socialización y limitan la capacidad de las personas para involucrarse verdaderamente con su entorno. A diferencia de sociolugares como cafés, restaurantes, bares —que ofrecen ambientes más propicios para la interacción social—, los centros comerciales y las tiendas de decoración tipo Homecenter están cada vez más abarrotados, pero no facilitan encuentros sociales significativos. El enfoque en el consumo en estos espacios a menudo resta valor a su potencial como centros comunitarios, destacando la necesidad de un diseño cuidadoso en las áreas públicas que priorice el compromiso social sobre los intereses comerciales.

El diseño urbano es, por consiguiente, mucho más que una cuestión de infraestructura; es una oportunidad para educar, influir y mejorar la vida de los ciudadanos. Al integrar la educación ciudadana en el diseño de los espacios públicos, podemos crear ciudades más cohesivas, respetuosas y conscientes. Los planeadores y diseñadores urbanos deben ampliar su visión y considerar cómo cada decisión de diseño puede contribuir a la formación de Comportamientos Urbanos Responsables. De esta manera, los espacios públicos no solo cumplirán con su función práctica, sino que también se convertirán en auténticos laboratorios de convivencia y aprendizaje.

Aplicación de tecnologías

Otra herramienta que puede potenciar la educación ciudadana en el espacio público es la tecnología. Con el avance de las ciudades inteligentes (*Smart Cities*), se abren nuevas oportunidades para integrar la tecnología en el diseño urbano de manera que apoye el aprendizaje continuo. Aplicaciones móviles, códigos QR y otros dispositivos interactivos pueden ser utilizados para proporcionar información en tiempo real sobre el uso adecuado de los espacios, para educar sobre la historia del lugar, la sostenibilidad o incluso para promover la participación ciudadana en la toma de decisiones urbanas.

Las tecnologías modernas ofrecen herramientas poderosas para promover y monitorear los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR), como aplicaciones móviles que incentivan el uso del transporte público y la bicicleta, ofreciendo información en tiempo real sobre rutas y horarios; sistemas de vigilancia ambiental que monitorean la calidad del aire y el uso de recursos, proporcionando datos que pueden utilizarse para campañas de concienciación; redes sociales como medio para difundir buenas prácticas y organizar actividades comunitarias, y cámaras de vigilancia que actúan como disuasoras del delito y contravenciones, contribuyendo así a la seguridad en los espacios urbanos. Estas tecnologías no solo facilitan la adopción de comportamientos responsables, sino que también permiten un seguimiento más eficaz y una respuesta rápida ante problemas urbanos, fortaleciendo el vínculo entre la ciudadanía y su entorno, y promoviendo ciudades más sostenibles y seguras.

Una aplicación móvil podría alertar a los ciudadanos sobre eventos comunitarios cercanos, brindar información sobre cómo reciclar adecuadamente en diferentes áreas de la ciudad, o incluso

permitir la denuncia anónima de comportamientos antisociales en tiempo real. Este tipo de integración tecnológica no solo hace que los espacios sean más interactivos y atractivos, sino que también convierte a los ciudadanos en participantes activos en el mantenimiento y mejora de su entorno.

Medidas económicas para incentivar los CUR

El uso de instrumentos económicos para lograr una conducta socialmente aceptable es un tema poco desarrollado, pero como se verá más adelante, es posible cambiar la conducta de las personas aplicando instrumentos económicos, es decir, recompensas para quienes contribuyen a la convivencia y sanciones pecuniarias a quienes cometan actos que perjudican la convivencia social. Este concepto se enmarca en la teoría del sistema de reglas sociales que afirma que la mayor parte de la actividad social humana está organizada y regulada por sistemas de reglas producidas y reproducidas socialmente.

La creación, interpretación y aplicación de las reglas sociales hacen parte de lo que se entiende por sociedad humana, así como su reformulación y transformación. De acuerdo con Martínez García (2008), los actores económicos generan, cumplen y modifican este conjunto de reglas sociales, en la medida en que las reglas sociales se construyen a partir de las vivencias propias y de las informaciones y modelos de pensamiento recibidos de la sociedad. Además, los sistemas de reglas sociales se modifican y mutan permanentemente, con cambios que pueden ser endógenos y exógenos para la sociedad. La implementación de reglas y el mantenimiento de algún orden siempre exigen experiencia acumulativa, ajuste y adaptación.

La existencia de reglas sociales implica la presencia simultánea de un «aspecto externo» y un «aspecto interno». El primero, que las reglas comparten con los comportamientos habituales, consiste en la realización reiterada, generalizada o mayoritaria de una acción. El segundo corresponde a su aceptación o dimensión interna, que supone una actitud crítica y reflexiva frente a determinados modelos de comportamiento, pautas o criterios de conducta compartidos (Narváez Mora, 2011).

Este aspecto interno puede entenderse como una metarregla, en la medida en que implica enseñar reglas que lleven al individuo a evaluar su propio sistema de normas y acciones (Páramo, 2017). Todo ello sin perder de vista que, en las sociedades democráticas, los sistemas de reglas sociales se construyen y se transforman mediante procesos participativos en los que intervienen los distintos actores involucrados.

La sociedad se manifiesta en este proceso dialéctico, desempeñado por los actores participantes con sus competencias y dotaciones específicas, sus análisis situacionales, sus interpretaciones y sus respuestas estratégicas a los esfuerzos inmediatos a los que están sujetos. A este respecto, Hodgson (2006) caracteriza las instituciones como sistemas de normas sociales establecidas y prevalentes que estructuran las interacciones sociales.

Podemos afirmar que la creación, interpretación y aplicación de las reglas sociales son universales en la sociedad humana, al igual que su reformulación y transformación. Los actores económicos generan, cumplen y modifican este conjunto de reglas sociales basándose en las experiencias propias y en la información y modelos de pensamiento que reciben a través de la sociedad (Martínez García, 2008).

Gobernanza para el Derecho a la Ciudad

El control social y la gobernanza están estrechamente relacionados, ya que ambos implican la regulación y gestión de la conducta humana en la sociedad. Las instituciones permiten el pensamiento, la expectativa y la acción ordenada al imponer forma y consistencia en las actividades humanas. Dependen de los pensamientos y actividades de los individuos, pero no son reducibles a ellos. Las instituciones restringen comportamientos para mantener un orden adecuado. La existencia de reglas sociales simplifica estas restricciones por parte de las instituciones, aunque no pueden abarcar todas las posibilidades. Por ejemplo, las reglas del lenguaje nos permiten comunicarnos, las reglas de tráfico ayudan a que el tránsito fluya con mayor facilidad y seguridad, y las del estado de derecho pueden aumentar la seguridad personal.

Cuando se habla de instituciones en un modelo de gobernanza, nos referimos a esquemas organizacionales más horizontales, incluyentes y transparentes, que muestran la administración como un sistema de mecanismos inspirados en el servicio al público, buscando nuevas composiciones de recursos y en el funcionamiento de las entidades públicas. Los instrumentos normativos hacen referencia a la posibilidad de crear, suprimir y modificar normas de carácter jurídico que, por su contenido, demuestren la intención de mejorar el desempeño gubernamental, además de todos aquellos instrumentos que establecen principios y derechos básicos en temas como el trabajo conjunto de los diversos niveles de gobierno.

Instrumentos administrativos y sanciones

A este tipo de instrumentos pertenecen la expedición de reglamentos, decretos y sanciones administrativas encaminadas a generar condiciones de gobernabilidad y mejora de la convivencia social. Los instrumentos administrativos, como las multas pecuniarias, juegan un papel importante. Los gobiernos, en sus diferentes niveles, hacen uso de sus potestades para imponer sanciones a los actores económicos que no cumplen con las normas de convivencia social.

Dentro del campo jurídico, una multa se define como una sanción administrativa, siendo una de las más cualificadas. Según García (2019) la multa sanción supone una decisión administrativa que, a consecuencia de la realización de un ilícito, obliga al sujeto sancionado al pago de una cantidad de dinero.

Smith (1997) describe la emergencia espontánea de un sistema básico de sanciones para controlar el comportamiento egoísta de los individuos. Smith enfatiza en el aprendizaje a través del ensayo y error, en el cual la gente establece sanciones internas y externas para restringir las acciones interesadas. Estas sanciones introducen un grado de imparcialidad en el comportamiento, moderando el egoísmo con una preocupación por lo que un observador imparcial en una comunidad consideraría apropiado. Aunque las sanciones externas apelan al deseo de aprobación social, las sanciones internas son el resultado de un proceso de internalización necesario, según el autor, para satisfacer el deseo de autoaprobación. Así, un mecanismo de sanciones de dos niveles evoluciona para constreñir el comportamiento egoísta, beneficiando a la comunidad en su conjunto.

Sin embargo, como lo señala Bermúdez-Merizalde (2023), algunas de las razones por las cuales la sociedad no acata las leyes muchas veces es porque dichas normativas no logran anclarse en la experiencia cotidiana de los ciudadanos, carecen de legitimidad simbólica o resultan contradictorias con las prácticas sociales previamente reforzadas. En muchos casos, la norma no se percibe como un instrumento de beneficio colectivo, sino como una imposición externa desvinculada de los contextos locales, lo que genera resistencia o indiferencia hacia su cumplimiento. Este aspecto refleja cómo la falta de reforzamiento natural de las conductas legales y la ausencia de consecuencias claras y consistentes ante su incumplimiento contribuyen al debilitamiento de la cultura legal.

A pesar de ello, es indispensable promover estos mecanismos institucionales adicionales —como la educación cívica, la transparencia normativa y la participación ciudadana— para que la sociedad pueda progresar y fortalecer la convivencia democrática basada en la corresponsabilidad y el respeto mutuo.

Políticas Públicas y Regulaciones

En relación con lo anteriormente planteado, las políticas públicas deben apoyar y reforzar los CUR mediante la creación de un marco regulatorio adecuado que incluya normativas claras, incentivos fiscales para empresas y ciudadanos que adopten prácticas sostenibles, como también incentivar la denuncia de violaciones a la normatividad social mediante incentivos económicos y sociales. Un ejemplo de su aplicación es la regulación para el uso de animales de tracción animal en algunas ciudades. Al definir la convivencia ciudadana, en el primer capítulo de este libro se incluyó la capacidad

de vivir en armonía con los demás seres humanos y la de convivir con las demás especies animales como un principio fundamental para el desarrollo de una sociedad ética y respetuosa. El concepto de convivencia implica no solo relaciones pacíficas entre las personas, sino también la incorporación de un trato digno y compasivo hacia los animales como parte esencial de nuestro entorno. En este contexto, el uso de la tracción animal en actividades laborales y turísticas representa una práctica que contradice estos valores, exponiendo a caballos, mulas y burros a condiciones de explotación que resultan inaceptables desde cualquier perspectiva ética.

El uso de animales como fuerza de tracción a menudo los somete a cargas desproporcionadas, que exceden ampliamente su capacidad física y natural. Este abuso provoca daños severos en su salud, como lesiones musculares, desgaste de articulaciones y problemas óseos crónicos. Además, los animales enfrentan la exigencia constante de cumplir con estas tareas incluso en condiciones climáticas extremas, como temperaturas sofocantes, lluvias torrenciales o fríos intensos, sin acceso a refugios adecuados. Estas circunstancias no solo los exponen al agotamiento y enfermedades, sino que también reflejan una falta de empatía y cuidado hacia seres que dependen completamente de los humanos para su bienestar. A ello se suma el maltrato físico directo, pues en muchas ocasiones los cocheros o encargados recurren a herramientas de castigo como látigos y jalones para forzar a los animales a realizar sus tareas. Esta violencia, además de generar estrés crónico y sufrimiento, es un claro ejemplo de crueldad. Por otro lado, estos animales suelen ser víctimas de mala alimentación y cuidados deficientes. Su dieta no cubre las necesidades básicas, lo que conduce a estados de desnutrición y debilidad extrema, agravando aún más las condiciones de vida precarias que enfrentan.

El peligro de accidentes es otro factor alarmante en el uso de la tracción animal, especialmente en entornos urbanos o carreteras con alto flujo de vehículos motorizados. Los animales, forzados a interactuar en espacios diseñados para máquinas y humanos, están expuestos a colisiones y atropellos, poniendo en riesgo tanto su vida como la de los cocheros y terceros. Este tipo de incidentes no solo causa daños físicos, sino que también genera impactos emocionales y económicos negativos para todas las partes involucradas.

Permitir este tipo de prácticas afecta la convivencia ciudadana al perpetuar la idea de que es aceptable explotar a los animales sin considerar su bienestar. Sociedades modernas y éticamente avanzadas han reconocido que el trato digno hacia los animales no es un lujo, sino una responsabilidad ineludible. Continuar normalizando la tracción animal en actividades de labor o turismo contradice los principios básicos de empatía y justicia, y genera divisiones entre aquellos que abogan por el bienestar animal y quienes justifican estas prácticas.

Desde una perspectiva ética y legal, existe un amplio respaldo para prohibir el uso de la tracción animal. El principio de bienestar animal, reconocido en tratados internacionales, establece que los animales tienen derecho a vivir libres de hambre, sed, dolor, miedo y estrés, además de poder expresar comportamientos naturales (Gómez y Páramo, 2023). Las condiciones actuales en que se utiliza la tracción animal vulneran todos estos derechos. Implementar una normativa que prohíba estas prácticas no solo representa un paso hacia la protección de los animales, sino que también reafirma el compromiso de las comunidades con una convivencia más armónica y respetuosa.

En lugar de recurrir a animales, existen alternativas tecnológicas viables como incentivos fiscales que no solo son más eficientes, sino también más sostenibles y seguras. Vehículos eléctricos o motorizados pequeños pueden reemplazar a los animales en tareas de transporte o turismo, eliminando el sufrimiento animal y reduciendo riesgos de accidentes. Adoptar estas soluciones no implica un retroceso cultural ni económico, sino un avance hacia un modelo de desarrollo que prioriza el respeto y la innovación.

Prohibir el uso de la tracción animal constituye una oportunidad para avanzar hacia una sociedad que valore la vida en todas sus formas y que promueva la empatía como un principio fundamental. Este tipo de medidas no solo beneficia a los animales, sino que también contribuye a mejorar las condiciones de las comunidades, fortaleciendo una cultura de respeto que puede trascender generaciones. Asumir la responsabilidad de proteger a quienes no pueden defenderse implica, en este sentido, dar un paso hacia un entorno más justo y compasivo.

En distintas ciudades del mundo, la adopción de políticas públicas orientadas a eliminar la tracción animal ha marcado un precedente en la protección del bienestar animal y en la promoción de alternativas sostenibles. En Colombia, un caso destacado es el de Cartagena, donde se implementaron medidas para regular el uso de caballos en actividades turísticas. En 2017, la Alcaldía puso en marcha un plan de sustitución de vehículos de tracción animal por coches eléctricos. Este proceso incluyó un censo para identificar a los cocheros tradicionales y a sus caballos, seguido de programas de indemnización y capacitación para facilitar la transición hacia los nuevos vehículos. Asimismo, se establecieron alianzas con organizaciones especializadas en bienestar animal para garantizar la

reubicación de los caballos en condiciones adecuadas. Este enfoque integral permitió no solo atender el problema del maltrato animal, sino también ofrecer alternativas económicas a las familias que dependían de esta actividad.

Una experiencia similar se desarrolló en Medellín, donde se prohibió progresivamente el uso de vehículos de tracción animal para el transporte de carga. Esta transición estuvo acompañada de programas de sensibilización y apoyo dirigidos a los recicladores, a quienes se les proporcionaron triciclos motorizados como una alternativa más eficiente y respetuosa con los animales. La experiencia de Medellín se convirtió en un referente para otras ciudades del país, al demostrar que las políticas públicas bien diseñadas pueden generar impactos positivos tanto sociales como ambientales.

Más recientemente, en Barranquilla se expidió el Decreto 0785, que prohíbe el uso de caballos para tracción animal a partir del 16 de enero de 2025, consolidando así una tendencia nacional hacia la protección animal y la transformación de prácticas tradicionales.

Fuera de Colombia, otras ciudades han adoptado medidas similares. En Buenos Aires, Argentina, se prohibió el uso de caballos para el transporte de carga en zonas urbanas, implementando un programa de sustitución por vehículos motorizados. De manera similar, Nueva York, en Estados Unidos, ha debatido ampliamente la eliminación de los carruajes tirados por caballos en Central Park, implementando regulaciones estrictas para limitar su uso y garantizar condiciones de vida dignas para los animales.

Estas experiencias demuestran que, aunque los retos son grandes, es posible, gracias a la participación de la ciudadanía, introducir políticas públicas que promuevan el bienestar animal,

mitiguen el impacto social de las transiciones económicas y fortalezcan los valores de convivencia y respeto en las comunidades. La implementación de estas políticas no solo responde a una necesidad ética, sino que también refuerza el compromiso de las ciudades con un desarrollo sostenible y compasivo.

Un ejemplo notable de la adopción de políticas orientadas a lo que puede entenderse como gobernanza del comportamiento social es el sistema de crédito social en China, implementado entre 2014 y 2020 y aprobado por su Consejo de Estado. Este sistema rastrea y evalúa el comportamiento de individuos y empresas con el propósito de promover la confianza, la honestidad y el cumplimiento de normas socialmente aceptadas.

Su funcionamiento se basa en la recopilación de datos provenientes de diversas fuentes, como agencias gubernamentales, instituciones financieras y redes sociales, a partir de los cuales se asigna una puntuación que refleja el nivel de confiabilidad y responsabilidad de cada individuo. Dichos puntajes consideran factores como el historial financiero, los antecedentes legales y distintos aspectos del comportamiento social.

El Sistema de Crédito Social (SCS) en China tiene como propósito fortalecer la confianza y la fiabilidad en la sociedad. Impulsado por el Gobierno, este sistema busca rastrear y evaluar el comportamiento de individuos, empresas e instituciones públicas, asignándoles puntuaciones basadas en sus acciones con el fin de promover una cultura de responsabilidad y cumplimiento normativo.

Para ello, el SCS recopila datos de diversas fuentes —como transacciones financieras, registros legales y comportamientos sociales— y los integra en una calificación que refleja el nivel de

confiabilidad de cada entidad. Las puntuaciones altas pueden traducirse en beneficios como un acceso más ágil a préstamos, mayores oportunidades de viaje y ventajas comerciales; en contraste, las puntuaciones bajas pueden conllevar sanciones, entre ellas restricciones de movilidad, limitaciones en el acceso a servicios y estigmatización social. De este modo, el sistema busca incentivar el buen comportamiento y desalentar prácticas como el fraude, la corrupción y otras actividades ilegales, al tiempo que promueve el cumplimiento de las leyes y regulaciones.

Asimismo, quienes obtienen calificaciones elevadas pueden acceder a servicios públicos más eficientes, como la tramitación acelerada de solicitudes y la reducción de cargas burocráticas. No obstante, el sistema ha suscitado importantes críticas. La amplitud en la recolección de datos plantea serias preocupaciones en materia de privacidad, y algunos analistas consideran que puede derivar en formas de vigilancia estatal que afectan las libertades individuales. Además, el control centralizado de las puntuaciones podría ser susceptible de usos políticos o sociales indebidos, especialmente frente a disidentes o grupos marginados.

A ello se suma la falta de transparencia en los criterios y algoritmos utilizados para calcular las puntuaciones, lo que puede generar confusión y dar lugar a sanciones injustas. Igualmente, las personas con bajas calificaciones pueden enfrentar desventajas significativas y procesos de exclusión social, ampliando potencialmente las brechas entre distintos grupos socioeconómicos. Finalmente, la supervisión constante y el temor a las sanciones pueden generar un entorno de presión que afecte la salud mental y el bienestar general de la población.

El Sistema de Crédito Social en China es una iniciativa compleja y controvertida tanto por los beneficios potenciales como por importantes inconvenientes. Si bien tiene como objetivo fomentar una sociedad más confiable y cumplidora, también plantea importantes preguntas éticas y prácticas sobre privacidad, equidad y el potencial de abuso. A medida que el sistema continúa evolucionando, su impacto a largo plazo en la sociedad china aún está por verse. Este sistema, tal como se implementa en China, es único en su alcance y metodología. Sin embargo, otros países han explorado y adoptado sistemas similares de calificación y monitoreo de comportamientos en diversas formas. En los Estados Unidos y en varios países europeos y latinoamericanos hay sistemas de calificación crediticia y monitoreo de comportamientos, principalmente financieros. En estos países, las agencias de crédito recopilan y evalúan datos financieros para asignar puntuaciones crediticias. Además, se han implementado sistemas de monitoreo de comportamiento, como el uso de cámaras de vigilancia ubicadas en espacios públicos y registros digitales y del iris para mejorar la seguridad y la gestión pública al disuadir el delito, lo cual ha mostrado resultados importantes en seguridad en varias ciudades del mundo. Aunque en estos países se han adoptado sistemas de monitoreo y calificación de comportamientos, ninguno ha implementado un sistema de crédito social tan amplio y detallado como el de China. Los resultados varían según el contexto y la implementación específica, con ventajas en términos de seguridad y eficiencia, pero también con importantes preocupaciones sobre privacidad, equidad y posible abuso de poder por parte del Gobierno.

La teoría del «empujón»



Figura 16. Información sobre logros de la ciudadanía gracias a la acción colectiva

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen de un espacio público con tablero que muestre indicadores producto de la acción colectiva de la ciudadanía”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

La Teoría del Empujón, popularizada por los economistas conductuales Thaler y Sunstein (2008), sugiere que las motivaciones indirectas y los refuerzos positivos o incentivos, a lo que denominan «empujón» o «empujoncito» pueden influir en las decisiones de las personas. El concepto del «empujón» es la manera de empujar o motivar a la población a tomar decisiones que las benefician a largo plazo, algo que tiene influencia tanto en la economía como en la política. En lugar de imponer mandatos, los empujones guían suavemente a los individuos hacia comportamientos socialmente aceptables.

La teoría se basa en comprender la conducta humana y diseñar arquitecturas de elección que hagan que la opción deseada socialmente sea la más fácil o atractiva. Esto incluye simplificar procesos, proporcionar información clara y aprovechar las normas sociales.

Los autores muestran cómo los empujoncitos pueden ayudar a las personas a ejercer un mejor autocontrol para ahorrar de cara a una pensión, por ejemplo, o en otros contextos. La teoría se basa en una premisa tan simple como que, entre dos opciones, las personas escogen a menudo la que es más fácil sobre la que es más adecuada o deseable socialmente. Fue tanta la influencia de esta teoría que incluso el primer ministro de Reino Unido en 2010, David Cameron, creó una «unidad del empujón» con oficinas alrededor del mundo para encontrar formas innovadoras de cambiar el comportamiento público.

La teoría se extiende a distintas facetas de la sociedad. Puede aplicarse a la salud, la educación y la conservación ambiental, entre otras áreas, para promover el bienestar general. Para los propósitos de este libro, la teoría de Thaler y Sunstein ofrece iniciativas que pueden contribuir a la educación en los CUR y por consiguiente a la convivencia ciudadana. Al guiar sutilmente las decisiones de las personas sin restringir su libertad, se derivan estrategias para fomentar Comportamientos Urbanos Responsables. Esta sección explora cómo los principios del «empujón» se aplican a diversos aspectos de la vida urbana para fomentar la convivencia, crear comunidades más sostenibles y armoniosas.

Aplicación de la Teoría del Empujón a los Comportamientos Urbanos Responsables

Las ciudades enfrentan numerosos desafíos, desde bajas tasas de reciclaje hasta pobre cumplimiento de impuestos y violaciones de normas de movilidad, con el agravante de que los métodos tradicionales que exigen el acatamiento a la norma pueden ser costosos e impopulares. La Teoría del Empujón ofrece una alternativa al fomentar el cumplimiento voluntario a través de señales sutiles e incentivos.

Los empujones pueden adaptarse a comportamientos y contextos específicos, convirtiéndolos en herramientas versátiles para los planificadores urbanos y los gestores responsables del diseño de políticas públicas. Al aprovechar las tendencias naturales humanas, los empujones pueden lograr cambios significativos en el comportamiento sin regulaciones estrictas. A continuación, algunos ejemplos de aplicación de la teoría.

Fomento del pago puntual de Impuestos

La procrastinación, la complejidad y la percepción de injusticia pueden disuadir el pago puntual de impuestos. Simplificar el proceso y abordar estas barreras psicológicas puede mejorar el cumplimiento. Enviar recordatorios oportunos, ofrecer opciones de pago fáciles de entender y enmarcar las contribuciones fiscales como un deber cívico o beneficio comunitario, a la manera de una macro o metacontingencia, como veremos más adelante, pueden «empujar» a las personas a pagar a tiempo. Las señales visuales, como las barras de progreso que muestran los objetivos fiscales comunitarios, también pueden ser efectivas.

Reciclaje

Las personas a menudo descuidan el reciclaje debido a la inconveniencia, la falta de conciencia o al olvido. La Teoría del Empujón puede abordar estas barreras haciendo del reciclaje la opción predeterminada o más sencilla. Ejemplos incluyen colocar contenedores de reciclaje en ubicaciones convenientes, usar señalización clara y atractiva, y proporcionar retroalimentación sobre los esfuerzos de reciclaje individuales o comunitarios. Los empujones sociales, como publicitar las estadísticas de reciclaje del vecindario, también pueden motivar a las personas a participar.

Importancia de los espacios verdes urbanos

Los espacios verdes mejoran la vida urbana al proporcionar áreas recreativas, mejorar la calidad del aire y apoyar la biodiversidad. Sin embargo, mantener estos espacios requiere esfuerzo comunitario. Los empujones, como colocar dispensadores de bolsas para recoger las heces de las mascotas, colocar señales sobre el uso adecuado del mobiliario del parque (bancas, aparatos de gimnasia, etc.), organizar eventos de jardinería comunitaria, reconocer a los voluntarios y crear información fácilmente accesible sobre los beneficios de estos espacios pueden alentar a los residentes a tomar un rol activo en su mantenimiento a la vez que propicia la creación de redes sociales.

La adherencia a las normas de movilidad y seguridad vial

El exceso de velocidad, cruzar fuera del paso peatonal e ignorar las señales de tráfico son problemas prevalentes. Los métodos tradicionales de acatamiento a la norma pueden ser limitados en efectividad y consumir muchos recursos. Diseñar carreteras con señales psicológicas, como estrechar los carriles para reducir la

velocidad, iluminar las señales de movilidad con energía solar en la noche, usar cruces peatonales coloridos para llamar la atención, puede mejorar el cumplimiento de la norma. Publicitar comportamientos positivos de movilidad y las consecuencias de las violaciones también puede servir como empujones efectivos. Promover el carro compartido, permitiendo el uso de carril de mayor velocidad e informar con regularidad el número de vehículos que se detuvieron antes del cruce de cebras, hace igualmente una contribución.

Cultivando la solidaridad

Construir una comunidad solidaria requiere fomentar la empatía y la solidaridad entre los residentes. Los empujones pueden desempeñar un papel crucial en la promoción de estos valores. Crear puntos de donación visibles, organizar grupos de apoyo comunitario y publicitar historias de héroes locales que ayudan a otros, puede inspirar actos de bondad y solidaridad. Gestos simples, como agradecer públicamente a los voluntarios, también pueden reforzar estos comportamientos.

Fomentando la conservación de energía

La conservación de energía a menudo compite con la conveniencia y los hábitos. Los empujones efectivos pueden hacer que las opciones de ahorro de energía sean más atractivas y sencillas. Instalar medidores inteligentes y visibles en las viviendas y empresas que proporcionen retroalimentación en tiempo real, ofrecer incentivos por uso reducido y hacer que los electrodomésticos eficientes en energía sean la opción predeterminada pueden impulsar la conservación. Las campañas educativas que destacan los beneficios ambientales y financieros de ahorrar energía también resultan impactantes.

Creación de una cultura de responsabilidad como lo establecen los CUR

Educar a los ciudadanos sobre la importancia de sus acciones y cómo contribuyen al bien común fomenta una cultura de responsabilidad. La Teoría del Empujón puede integrarse en los planes de estudios escolares y campañas públicas.

Impacto a largo plazo de las estrategias de empujón en la vida urbana

El uso sostenido de estrategias de empujón puede llevar a un cambio gradual pero significativo en el comportamiento urbano. Con el tiempo, estos comportamientos se arraigan, se convierten en hábitos, lo que promueve comunidades más responsables y comprometidas.

Ciudades como Copenhague y Ámsterdam han utilizado con éxito empujones para promover el uso de la bicicleta, el reciclaje y la conservación de energía. Estos estudios de caso proporcionan valiosos *insights* sobre estrategias efectivas y sus resultados.

Las lecciones clave aprendidas incluyen la importancia de adaptar los empujones a los contextos locales, monitorear y adaptar continuamente las estrategias, e involucrar a la comunidad en el diseño e implementación de los empujones.

Posibles inconvenientes y consideraciones éticas

Si bien los empujones son poderosos, no están exentos de limitaciones. Los críticos argumentan que no es propiamente una teoría, en la medida en que no hay una relación clara entre sus propuestas dentro de un mismo argumento coherente del cual se deriven las acciones, sino que parece más un agregado de propuestas

no articuladas conceptualmente. Por otra parte, se aduce que los empujones pueden ser manipulativos y paternalistas por lo que consideraciones éticas deben tenerse en cuenta para asegurar que los empujones respeten la autonomía individual.

Respuesta a las críticas de la Teoría del Empujón

La teoría del empujoncito no pretende ser general y unificada del comportamiento, sino una aplicación pragmática de hallazgos ampliamente validados proviene de la economía del comportamiento, un campo que estudia sistemáticamente las desviaciones psicológicas del modelo racional clásico de la economía. Thaler ha insistido en que las personas a menudo toman decisiones contrarias a su propio interés a largo plazo debido a sesgos, heurísticas y atajos mentales (Thaler, 2015). La base teórica de los *nudges* o empujoncitos proviene principalmente de tres conceptos clave de la economía del comportamiento: primero, una racionalidad limitada, según la cual las personas operan con capacidades cognitivas limitadas y con información imperfecta, lo que las lleva a emplear estrategias de decisión simplificadas. Segundo, la teoría de la perspectiva: las personas evalúan ganancias y pérdidas de forma asimétrica y con frecuencia se comportan de forma contraria a lo que predice la teoría de la utilidad esperada. Y, tercero, el sesgo de presente e inercia: las personas tienden a favorecer de forma desproporcionada las recompensas inmediatas sobre los beneficios futuros, lo que conduce a la postergación y al sesgo por el *statu quo*.

Si bien es cierto que la teoría del empujoncito no es un marco teórico unificado en sentido tradicional, sí está profundamente arraigada en la ciencia del comportamiento. La base empírica de sus mecanismos, desarrollada a lo largo de décadas de investigación en

psicología y economía, respalda su legitimidad como un enfoque de política pública científico, pragmático y éticamente sensible. Más que construir un modelo causal único, la teoría del empujoncito es una caja de herramientas informada por la ciencia del comportamiento, en la que cada herramienta se selecciona con base en la evidencia empírica y su efectividad en contextos específicos. Esta perspectiva pluralista y adaptativa es una fortaleza, no una debilidad, especialmente en entornos de política pública en los que las soluciones universales rara vez funcionan. Desde el aspecto epistemológico, el planteamiento de los CUR en el marco de la convivencia ciudadana trata de evitar esta misma crítica al establecer una fundamentación teórica psicológica, sustentada a lo largo de este libro, que articula un conjunto de conceptos lógicamente interconectados y con referencia a una serie de estudios empíricos debidamente validados en la práctica.

La segunda crítica más persistente y que podría elevarse en cierto grado a los CUR es que adopta una postura paternalista y potencialmente manipuladora hacia los ciudadanos, al influir sutilmente en sus decisiones sin un consentimiento explícito o sin que sean plenamente conscientes. Se argumenta que el *nudging* socava la autonomía individual y asume que las personas no son capaces de tomar decisiones racionales por sí mismas. Sin embargo, esta crítica ignora tanto la dimensión participativa de la gobernanza democrática como el potencial del empujón y los CUR para ser cocreado por los propios ciudadanos, especialmente en el ámbito de las políticas públicas urbanas.

En primer lugar, es fundamental destacar que los ciudadanos ejercen activamente su agencia al elegir los marcos y valores que guiarán la política pública. En contextos democráticos, cuando

los votantes eligen a un gobernador o alcalde, no solo eligen a una persona, sino que también respaldan una propuesta de gobierno, que con frecuencia incluye estrategias para abordar problemáticas urbanas como la movilidad, la gestión de residuos, el cuidado ambiental, la normativa sobre uso de los espacios públicos o la seguridad. Estas propuestas pueden incluir intervenciones basadas en la Teoría del Empujón o en el diseño de los CUR. Por lo tanto, pueden ser una expresión de la voluntad colectiva y no una imposición tecnocrática. Si un candidato presenta soluciones basadas en la economía del comportamiento y es elegido democráticamente, esa elección otorga legitimidad y transparencia, alejándose de cualquier acusación de manipulación encubierta.

En segundo lugar, en muchos proyectos de innovación urbana —como aquellos orientados por el enfoque de los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR)— las estrategias tipo *nudge* no se diseñan de manera unilateral por los gobiernos, sino que se desarrollan con la participación directa de las comunidades. Un ejemplo es el uso de la Ciencia Ciudadana, en la que los propios habitantes contribuyen al diagnóstico de los problemas, al diseño de soluciones y a la evaluación de intervenciones en el espacio público. Ya sea mediante el mapeo colaborativo, la recolección de datos o la validación de programas piloto, los ciudadanos no son receptores pasivos, sino actores activos en la configuración del entorno donde toman decisiones. Este modelo colaborativo contrasta fuertemente con la visión de paternalismo vertical que muchos críticos atribuyen a la Teoría del Empujón.

En tercer lugar, cualquier intervención adoptada en el contexto de una democracia está sujeta a evaluación y control ciudadano. Los ciudadanos tienen la oportunidad de juzgar la efectividad y

legitimidad de estas estrategias mediante foros públicos, observatorios ciudadanos e incluso mediante la rendición de cuentas electoral, es decir, mediante el voto para premiar o castigar la gestión. Iniciativas como la evaluación de la gestión de los alcaldes, en estrategias como Bogotá-Cómo-Vamos, o Lima-Cómo-Vamos, los presupuestos participativos o los jurados ciudadanos para proyectos urbanos aseguran que las políticas respondan a los valores y preferencias de la sociedad. En este sentido, los nudges pueden formar parte de un proceso de retroalimentación democrática y no de un ejercicio de control autoritario.

Por tanto, si bien es válido cuestionar los límites éticos del *nudging* —especialmente cuando no es transparente—, la crítica de que es inherentemente paternalista no tiene fundamento en contextos donde los empujones se legitiman democráticamente, se implementan con transparencia y se diseñan de forma participativa. Cuando los ciudadanos eligen, cocrean y evalúan estas intervenciones —ya sea mediante el voto, la participación cívica o la Ciencia Ciudadana—, el *nudging* se convierte en una forma de gobernanza democrática y no en manipulación. Lejos de debilitar la autonomía, puede fortalecer la agencia colectiva al alinear los entornos de decisión con los objetivos sociales compartidos. La comunicación transparente sobre la intención y el diseño de los empujones puede mitigar las preocupaciones éticas. Involucrar a la comunidad en los procesos de toma de decisiones mejora la confianza y la aceptación.

Direcciones futuras e innovaciones en la Teoría del Empujón

Los avances en tecnología, como la IA y los macrodatos, ofrecen nuevas oportunidades para diseñar e implementar empujones. Los empujones personalizados basados en patrones de comportamiento

individuales pueden aumentar la efectividad. En síntesis, la Teoría del Empujón proporciona un marco versátil y efectivo para promover Comportamientos Urbanos Responsables.

Evaluación y retroalimentación

Es fundamental evaluar de manera continua el impacto de las iniciativas destinadas a fomentar los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR). Esto puede lograrse mediante encuestas y estudios que midan la percepción y el comportamiento de los ciudadanos antes y después de su implementación; el análisis de datos provenientes de tecnologías de monitoreo, orientado a identificar mejoras en la calidad de vida urbana; la realización de espacios de retroalimentación en los que los ciudadanos puedan expresar sus opiniones sobre las políticas y programas en curso. Este conjunto de estrategias permite ajustar y mejorar las acciones de acuerdo con las necesidades y expectativas de la comunidad.

La evaluación permanente no solo garantiza la efectividad de las iniciativas, sino que también fortalece la participación ciudadana, al hacer que las personas perciban que sus experiencias y opiniones son valoradas y tenidas en cuenta. Esto, a su vez, favorece un mayor compromiso con los objetivos compartidos de mejorar el entorno urbano.

A través de la educación, las políticas públicas, la participación ciudadana, la aplicación de tecnologías y la evaluación constante, se puede fomentar una cultura de responsabilidad y cooperación que beneficie a todos los habitantes urbanos. Al adoptar estos comportamientos, no solo se mejora la calidad de vida en las ciudades, sino que también se contribuye a la conservación del medio ambiente y al bienestar de las futuras generaciones.

Las macro y metacontingencias

¿Cómo garantizar que los CUR enseñados bajo las estrategias antes mencionadas tengan perdurabilidad y no les pase lo de las campañas publicitarias que tienen un efecto efímero en la ciudadanía? La respuesta está en la regulación social, más que de un agente externo o autoridad que tenga que estar presente controlando el comportamiento de las personas. Para ellos, se proponen dos estrategias: el diseño de macrocontingencias y de metacontingencias (Todorov, 2019; Lemos y Glenn, 2019; Glenn y Malott, 2020). Las nociones de macrocontingencia y metacontingencia han emergido como conceptos clave en la gestión y transformación de ambientes urbanos, ofreciendo un enfoque novedoso para entender y modificar el comportamiento colectivo en las ciudades. Estas ideas, desarrolladas a partir de los trabajos de Glenn, Todorov y Lemos se centran en la relación entre el comportamiento de grandes grupos de personas y el entorno en el que estas conductas tienen lugar.



Figura 17. Señal urbana mostrando logros en la promoción de CUR

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen de una señal urbana que indique logros de acciones conseguidas mediante la promoción de CUR representados en porcentajes”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

Una macrocontingencia se establece cuando existe una relación funcional entre una práctica social —en este caso, los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR)— compartida por un grupo de personas, y el resultado que emerge como suma de las conductas individuales que lo conforman. Por su parte, la metacontingencia implica una acción interdependiente entre los individuos, que también conduce a un resultado acumulativo, pero derivado de una acción colaborativa.

En ambos tipos de arreglo se generan beneficios tanto para el individuo como para el colectivo. Sin embargo, en la metacontingencia se espera que los individuos cooperen entre sí cuando su comportamiento entrelazado produce mayores beneficios que la acción independiente. De este modo, cuando múltiples conductas interdependientes actúan de manera cohesionada, la relación entre estas y sus consecuencias favorece resultados positivos para el grupo, lo que contribuye a sostener en el tiempo la práctica social, en este caso los CUR.

En consecuencia, el diseño de metacontingencias resulta más adecuado en contextos donde los individuos mantienen relaciones cercanas o se conocen entre sí, como ocurre en instituciones educativas, empresas, conjuntos residenciales o pequeñas comunidades, en las que la acción interdependiente es clave para alcanzar los objetivos propuestos.

En síntesis, la noción de Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) plantea que, para que un comportamiento se sostenga en el tiempo, es necesario establecer una macrocontingencia o una metacontingencia entre la acción colectiva —realizada de manera independiente o interdependiente por los miembros de una comunidad— y los resultados que esta produce. Dichos resultados deben generar mayores beneficios para el individuo que los derivados de una acción aislada, garantizando así la permanencia de la práctica social.

Algunos ejemplos de acciones que podrían dar lugar a macrocontingencias orientadas a promover los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) son los siguientes: avisos ubicados en la parte posterior de vehículos, como «¿Cómo conduzco? Llame gratis

al 757», «No textee mientras conduce: en memoria de Pedro Pérez» o «Envíe la fotografía del vehículo mal estacionado a la Secretaría de Movilidad». También pueden incluirse iniciativas como el registro y la difusión, a través de pantallas ubicadas en calles o terminales de transporte, del monto total de impuestos recaudados por la ciudad, las obras financiadas con estos recursos y el porcentaje de avance en su ejecución; así como la publicación de tasas de accidentalidad vehicular acompañadas de las normas de tránsito que deben cumplirse.

De igual manera, contribuyen a este tipo de arreglos la difusión en televisión de reportes enviados por la ciudadanía —tanto de acciones positivas como negativas—, lo que funciona como indicador de participación e interés por la convivencia. En la actualidad, existen aplicaciones móviles que permiten a los ciudadanos, de forma similar a plataformas colaborativas, reportar lugares donde han ocurrido delitos o situaciones de riesgo.

Asimismo, acciones como denunciar hechos delictivos, reportar el mal estacionamiento de vehículos mediante el envío de fotografías a las autoridades de movilidad o alertar sobre actos de vandalismo en el espacio público constituyen ejemplos de prácticas que, al ser adoptadas de manera generalizada, pueden contribuir a la consolidación de macrocontingencias orientadas a mejorar la convivencia urbana.

Una problemática que, sin duda, requiere la participación de toda la ciudadanía es la escasez de agua en muchas ciudades del mundo. Factores como la creciente concentración de población en los centros urbanos, el cambio climático y fenómenos como El Niño han incrementado la demanda de este recurso, lo que hace necesario establecer macrocontingencias que incentiven tanto acciones individuales como colectivas orientadas a su uso racional.

A nivel individual, algunos gobiernos han optado por penalizar el consumo que supera el promedio de cada hogar, incluso en periodos sin sequía. A nivel colectivo, se implementan estrategias como la difusión de información sobre el porcentaje de agua disponible en los embalses, acompañada de campañas que promueven prácticas de ahorro. Estas acciones refuerzan las conductas individuales y contribuyen, en conjunto, al aumento de los niveles de agua en los reservorios que abastecen a la ciudad.

En términos de metacontingencias, también se promueve que los vecinos, en conjuntos residenciales o barrios, ejerzan formas de regulación social —como llamados de atención— frente a usos innecesarios del agua en contextos de escasez, por ejemplo, al lavar vehículos o regar jardines y fachadas. Este tipo de interacción refuerza la acción interdependiente y favorece la sostenibilidad de prácticas responsables en el tiempo.

Otro ejemplo claro de la aplicación de estos conceptos se encuentra en la gestión del tráfico vehicular en ciudades congestionadas. En Estocolmo, por ejemplo, se implementó un sistema de peajes urbanos basado en principios de macrocontingencia. La estrategia consiste en aumentar el costo de conducir en ciertas zonas durante las horas pico, con la expectativa de que esto reduciría el número de vehículos en circulación, mejorando así la fluidez del tráfico y la calidad del aire. Este enfoque no solo tuvo éxito en reducir la congestión, sino que también promovió el uso de medios de transporte alternativos, como el transporte público y la bicicleta, lo que a su vez impactó positivamente en el comportamiento colectivo de los habitantes.

Otra aplicación del concepto sería en la reducción del Seguro Obligatorio de Vehículos, más conocido como el SOAT, al bajar su valor anual en un porcentaje dependiendo de si el conductor no ha cometido ninguna falta respecto de la normatividad vehicular. De igual manera, incorporar el sistema de puntos sobre la licencia de conducción, de tal manera que cuando se acumulen en una frecuencia determinada, haya una sanción estricta que impida al conductor conducir vehículos por un tiempo prolongado.

Una metacontingencia podría consistir en la participación de «confederados» que llamen la atención a los peatones que no muestran conductas de desplazamiento seguro por la ciudad, o la invitación a que los vecinos de un conjunto residencias se regulen entre sí para ahorrar agua o reciclar, y de esta manera evitar sanciones de la alcaldía, o reducir los costos de la recolección de desechos.

Las personas son por lo general muy sensibles al llamado de atención que le pueda hacer otro individuo, por lo que se debe incentivar el que estén dispuestas a llamar la atención a quien incumple una regla, con apoyo institucional y de la comunidad, por recoger las heces de la mascota, por ejemplo, e incentivar igualmente a que se acepte el llamado de atención del conciudadano cuando no se sigue una regla de convivencia.



Figura 18. Acción colectiva de cuidado ambiental

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: "Genera una imagen que muestre la acción mancomunada de la comunidad en la protección del ambiente"

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

Una metacontingencia, un tanto perversa, es la que se establece actualmente en varios países cuando ocurren siniestros simples en el que participan dos conductores: la norma actual establece que los dos involucrados deben llegar a un acuerdo en el lugar del siniestro, de lo contrario los dos vehículos serían retenidos y llevados a un estacionamientos de la fiscalía, esperando que un juez decida la

responsabilidad de las partes, lo cual acarrea pérdida de tiempo y mayores gastos económicos para los afectados.

Otro ámbito en el que las metacontingencias han sido cruciales es en la promoción del reciclaje a nivel comunitario. En Curitiba, Brasil, se desarrolló un programa de reciclaje que ofrecía recompensas a los residentes que participaban activamente en la separación de residuos. Este proyecto, influenciado por las ideas de metacontingencia, logró instaurar normas culturales que favorecen prácticas sostenibles, cambiando la forma en que la comunidad percibe y maneja los desechos. A través de incentivos y la creación de un sentido de responsabilidad colectiva, Curitiba ha logrado establecer un modelo de reciclaje que ha sido replicado en otras ciudades.

En sus trabajos, Lemos ha profundizado en la aplicación de estos conceptos en contextos urbanos, desarrollando enfoques innovadores para intervenir en el comportamiento colectivo a gran escala. Un ejemplo de ello es su estudio sobre la gestión del tráfico en grandes ciudades. A partir del análisis de casos como São Paulo, propone que las macrocontingencias pueden emplearse para diseñar políticas de movilidad orientadas a reducir la congestión vehicular y promover el uso del transporte público.

Asimismo, Lemos ha investigado el papel de las metacontingencias en la promoción de prácticas sostenibles, especialmente en el ámbito del reciclaje. En su análisis de experiencias en Curitiba, destaca cómo la implementación de incentivos comunitarios ha contribuido a transformar la cultura local, fomentando la participación de los residentes en la separación de residuos. Este enfoque ha permitido posicionar a Curitiba como un referente de sostenibilidad urbana, donde el comportamiento colectivo se articula con objetivos ambientales de largo plazo.

La implementación de estas estrategias sigue un proceso riguroso que comienza con un análisis detallado del comportamiento colectivo y las contingencias existentes. Este análisis inicial es crucial para diseñar intervenciones que sean efectivas y estén alineadas con las necesidades específicas del entorno urbano. Una vez diseñada la intervención, se procede a su implementación, acompañada de una evaluación continua que permite realizar ajustes y asegurar la sostenibilidad a largo plazo. En este caso, se diseñó un sistema en el cual los residentes recibían recompensas por participar en el reciclaje de residuos. Sin embargo, la clave del éxito del programa no residía solo en los incentivos individuales, sino en cómo estos estaban diseñados para fomentar la cooperación entre vecinos. Los residentes no solo se beneficiaban personalmente al reciclar, sino que también contribuían a un bien común: la reducción de residuos y la mejora del entorno urbano para toda la comunidad. Aquí, la metacontingencia se manifiesta en la medida en que el comportamiento proambiental de un individuo es reforzado por la participación y los esfuerzos colectivos de sus vecinos.

Lemos también ha destacado la aplicación de la metacontingencia en la revitalización de espacios públicos. En sus estudios sobre la transformación urbana en São Paulo, ha demostrado que este proceso no depende únicamente de intervenciones estructurales, sino también de la forma en que los ciudadanos interactúan con estos espacios y se apropian de ellos.

Así, iniciativas como la creación de áreas peatonales o parques urbanos favorecen la participación comunitaria, al propiciar que los vecinos organicen actividades conjuntas, desde mercados al aire libre

hasta eventos culturales. Estos espacios revitalizados se convierten en escenarios de interacción social donde la cooperación y la acción colectiva resultan fundamentales para su sostenimiento y mejora.

En este contexto, la metacontingencia no solo promueve un uso más seguro y agradable del espacio público, sino que también fortalece los vínculos comunitarios, generando un círculo virtuoso en el que se articulan los beneficios individuales y colectivos.

Las estrategias basadas en macrocontingencias y metacontingencias han sido aplicadas también en otras partes del mundo. En América Latina, ciudades como Bogotá y Ciudad de México han adoptado políticas de restricción vehicular para mejorar la movilidad urbana y reducir la contaminación. En Europa, Londres y Copenhague han utilizado estos conceptos para fomentar el uso de la bicicleta como medio de transporte principal, construyendo infraestructuras adecuadas y promoviendo campañas de educación pública que han cambiado la percepción ciudadana hacia el ciclismo. En Asia, Tokio ha implementado sistemas de incentivos para reducir el consumo de energía en horarios pico, modificando así el comportamiento colectivo hacia un uso más racional y eficiente de los recursos.

A pesar de ello, no todas las implementaciones son sencillas, pues enfrentar la resistencia al cambio es uno de los principales desafíos. Los comportamientos establecidos en las ciudades son difíciles de modificar y es necesario que las intervenciones sean suficientemente robustas para superar esta resistencia. Además, la adaptación cultural es otro factor crucial; lo que funciona en una región puede no ser efectivo en otra, por lo que las estrategias deben ser cuidadosamente ajustadas al contexto local.

Vemos como las nociones de macrocontingencia y metacontingencia proporcionan un marco teórico valioso para diseñar intervenciones que promuevan cambios positivos en las ciudades. A través de ejemplos de todo el mundo, se ha demostrado que estas estrategias pueden mejorar la calidad de vida urbana, aunque requieren un enfoque cuidadoso para superar los desafíos inherentes a su implementación. Con un análisis detallado y una adaptación cultural adecuada, estas intervenciones tienen el potencial de transformar significativamente la vida en las ciudades, promoviendo un entorno más habitable y sostenible para todos sus habitantes.

La implementación de estas estrategias requiere un enfoque meticuloso que comienza con un análisis profundo del comportamiento colectivo y las contingencias existentes. Este análisis es crucial para diseñar intervenciones que sean efectivas y que estén alineadas con las necesidades del entorno urbano. Una vez diseñada la intervención, se demanda una evaluación continua para ajustar las estrategias y garantizar su sostenibilidad a largo plazo.

En conclusión, estos ejemplos han ampliado y profundizado nuestra comprensión de cómo las macrocontingencias y metacontingencias pueden ser utilizadas para mejorar la calidad de vida en las ciudades al promover los CUR. A través de los estudios de este tipo, se ha demostrado que estas nociones ofrecen un marco teórico sólido para diseñar intervenciones que promuevan cambios positivos y sostenibles en ambientes urbanos. Con un enfoque basado en el análisis detallado, la evaluación continua y la adaptación cultural, se proporcionan valiosas herramientas para transformar las ciudades en entornos más habitables y sostenibles para todos sus habitantes.

Estas experiencias subrayan que las macros y metacontingencia son conceptos esenciales para entender cómo se pueden lograr cambios sostenibles en entornos urbanos. Este enfoque destaca la importancia de la acción colectiva e interdependiente entre ciudadanos, en el que el éxito de las metas colectivas y los beneficios individuales están intrínsecamente conectados. A través de la cooperación y la coordinación de esfuerzos, las comunidades urbanas pueden enfrentar de manera más efectiva los desafíos del siglo XXI, transformando sus ciudades en lugares más habitables y sostenibles para todos.

Ejemplos de señalización urbana: incorporando macrocontingencias

A partir de estos conceptos centrales muestro a continuación ejemplos de lo que sería una señalización urbana como la que presenté en un capítulo anterior, incorporando ahora macrocontingencias.

En áreas peatonales

- Zona exclusiva para peatones: mantenga este espacio libre de vehículos y disfrute de un paseo seguro y tranquilo. «Gracias a la correcta delimitación y uso de las zonas peatonales, se ha reducido en un 25 % el número de accidentes peatonales en los últimos tres años».
- Ceda el paso al peatón: respete los cruces peatonales y contribuya a una convivencia más segura y armoniosa. «La implementación de pasos peatonales señalizados ha resultado en una disminución significativa en el número de atropellos en la ciudad».

- Utilice los puentes peatonales: cruce de manera segura y proteja su vida y la de los demás, evitando accidentes. «El uso de puentes peatonales ha reducido en un 40 % los accidentes en avenidas de alto tráfico en lo que va corrido del año».

En estaciones y terminales de transporte

- Pague siempre el transporte público; de lo contrario, afecta negativamente el sistema y a los usuarios responsables.
- No boquee las puertas de acceso a los vagones del transporte público, lo que genera demoras; mantenga sus objetos personales fuera del cierre de las puertas de los vagones.
- No arroje basura: mantenga limpia la estación y disfrute de un entorno limpio y agradable. «Gracias a la colaboración ciudadana, se ha logrado reducir los costos de limpieza en estaciones de transporte en \$500 millones de pesos».
- Respete las filas: permita un embarque ordenado y ahorre tiempo, evitando molestias al abordar. «El respeto por las filas ha mejorado la eficiencia del embarque, evitando conflictos».
- Use el cinturón de seguridad: su vida es lo más importante, viaje seguro y tranquilo. «El uso del cinturón de seguridad ha contribuido a una disminución del 50 % en las lesiones graves durante accidentes de tránsito en transporte público en el último año».
- Permita salir antes de entrar: facilite el flujo de pasajeros y evite aglomeraciones, garantizando un embarque rápido y seguro. «La práctica de permitir la salida antes de entrar ha reducido las aglomeraciones y mejorado el flujo en estaciones de transporte».

En áreas de reciclaje y disposición de residuos

- Recicle aquí: clasifique sus residuos en los contenedores correspondientes y contribuya a un medio ambiente más limpio y saludable. «La colaboración ciudadana ha permitido un aumento de cinco toneladas reciclaje en los meses que van corridos del año, ayudando a reducir significativamente los residuos sólidos en vertederos».
- No arroje escombros: utilice los puntos autorizados y mantenga la ciudad ordenada, disfrutando de espacios limpios. «Gracias a la correcta disposición de escombros, se ha reducido en un 20 % los costos asociados a la recolección y limpieza de residuos en zonas no autorizadas».
- Pilas y baterías: deposite aquí para su correcta disposición y proteja el medio ambiente, contribuyendo al reciclaje responsable. «La correcta disposición de pilas y baterías ha permitido la recuperación de más de dos toneladas de materiales peligrosos, evitando la contaminación de suelos y aguas».

En parques y zonas recreativas

- No dañe las áreas verdes: mantenga los jardines y el césped en buen estado y disfrute de áreas verdes bien cuidadas para su recreación. «El cuidado de las zonas verdes ha generado un ahorro del 15 % en los costos de mantenimiento de parques, destinando esos recursos a la creación de nuevas áreas verdes».
- Lleve a su mascota con correa: garantice la seguridad de todos y disfrute de paseos seguros y agradables con su mascota. «El cumplimiento de esta norma ha disminuido en un 40 % los incidentes relacionados con mascotas en espacios públicos».
- Recoge los desechos de tu mascota: ayuda a mantener un entorno saludable y a disfrutar de un espacio acogedor para todos. «La recolección responsable de desechos de mascotas ha reducido en un 30 % el número de comparendos emitidos, mejorando la convivencia en parques».

En espacios de tránsito vehicular

- Reduzca la velocidad: zona escolar, proteja la vida de los niños y evite accidentes graves. «La reducción de velocidad en zonas escolares ha disminuido en un 50 % el número de accidentes graves en las proximidades de escuelas».
- Estacionamiento exclusivo para personas con discapacidad: respete este espacio y contribuya a una ciudad más accesible y justa para todos. «El respeto por los espacios de estacionamiento para personas con discapacidad ha mejorado la accesibilidad en un 25 %, facilitando la movilidad de este grupo en la ciudad».
- Prohibido girar a la izquierda: evite accidentes y mantenga un flujo vehicular seguro. «La prohibición de giros a la izquierda ha contribuido a una reducción del 20 % en los accidentes en intersecciones críticas».

En áreas de fumadores y no fumadores

- Zona libre de humo: fumar está prohibido en esta área, respire aire limpio y saludable. «La reducción del tabaquismo en áreas públicas ha contribuido a una disminución del 15 % en los casos de enfermedades respiratorias».

En baños públicos

- Lávese las manos: prevenga enfermedades y proteja su salud y la de los demás. «El hábito de lavarse las manos en baños públicos ha disminuido la propagación de enfermedades contagiosas».
- Deposite el papel en los basureros: mantenga los baños limpios y disfrute de un baño bien cuidado. «La correcta disposición de residuos en baños públicos ha reducido los costos de mantenimiento en un 20 %».

En lugares con escaleras o ascensores

- Utilice el pasamanos: prevenga caídas y mantenga su seguridad. «El uso de pasamanos ha reducido en un 25 % los accidentes en escaleras públicas».
- En espacios públicos
- Gracias al pago oportuno de sus impuestos, se ha aumentado el recurso económico con el que se están financiando las obras de [...] que nos favorecen a todos.
- Faltar al respeto en el uso de los espacios públicos demuestra una falta de consideración hacia los demás.
- No uses las líneas de emergencia innecesariamente, ya que esto puede poner en peligro la vida de otras personas.
- Refuerza con el pulgar levantado las acciones positivas de los demás, ya que las personas tienden a repetir los comportamientos que son socialmente aprobados; así contribuirás a la convivencia y serás apreciado por brindar aprobación social.

En cualquier espacio urbano y a través de los medios de comunicación

En cuanto a la salud:

- El consumo de cigarrillos produce cáncer, el tratamiento de los casos le cuesta a la sociedad [x] millones al año y dejar de fumar prolonga la vida de las personas.
- Desecha tu basura correctamente, ya que los desechos o escombros en lugares no autorizados ensucian la ciudad, afectando la salud de las personas y el medio ambiente.
- Consumo de agua: reducir el consumo de agua en los hábitos de higiene, lavado de vehículos y fachadas contribuye a aumentar el nivel de los embalses para que todos tengamos acceso a este recurso. El mes pasado logramos subir en un 10 % el nivel de los embalses gracias al ahorro de la ciudadanía.

Prevención del delito:

Denunciar el delito en todas sus formas contribuye al bienestar de la comunidad. El mes pasado se redujo en un 20 % el porcentaje de robos gracias a las denuncias de la ciudadanía. Se logró prevenir el robo de [x] millones gracias a las denuncias ciudadanas y a las recompensas económicas recibidas por las denuncias.

Estas macro contingencias y metacontingencias resaltan los beneficios colectivos y refuerzan la importancia del cumplimiento de las reglas para mejorar la calidad de vida en las ciudades. El mantener a la población informada sobre los logros alcanzados de forma periódica mejora significativamente los cambios esperados en el comportamiento ciudadano.

La implementación efectiva de los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) requiere de un enfoque integral que combine educación, participación ciudadana y políticas públicas. La regulación no es siempre la antítesis de la libertad, puede ser su aliado. El aprendizaje por la imitación, integración de componentes comunicacionales, arquitectónicos, tecnológicos y legales en el diseño cultural de las ciudades puede facilitar la aceptación y seguimiento de las reglas por parte de los ciudadanos. La experiencia de ciudades como Estocolmo, Curitiba, Barcelona, Bogotá y Cúcuta y el Sistema de Crédito Social en China, aunque con sus serios cuestionamientos, demuestran que es posible fomentar comportamientos responsables y mejorar la calidad de vida mediante la planificación y ejecución de estrategias adecuadas.



Figura 19. Integrantes de distintos sectores de la comunidad en un grupo de planificación urbana

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de integrantes de diferentes sectores de la comunidad participando de un proyecto de investigación colectivo para la ciudad”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

CAPÍTULO 6

Ciencia Ciudadana

Desde comienzos de siglo, el concepto de Ciencia Ciudadana ha ganado relevancia en todo el mundo (Wiggins y Crowston, 2011; Dickinson *et al.* 2012; Kullenberg & Kasperowski, 2016; Bonney *et al.*, 2016). Esta práctica, que implica la participación de ciudadanos en proyectos de investigación científica, se ha convertido en una herramienta poderosa para abordar diversos desafíos sociales y ambientales. En el contexto urbano, la Ciencia Ciudadana tiene un potencial significativo para promover Comportamientos Urbanos Responsables. Este capítulo explora la importancia de la participación ciudadana en investigaciones sociales, desde la toma de datos hasta la planificación de proyectos de educación ciudadana, la revisión de informes de la alcaldía y el diseño de políticas públicas.

Participación ciudadana

La participación ciudadana es fundamental para el éxito de cualquier iniciativa orientada a fomentar los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR). Esta puede promoverse mediante diversas estrategias, como el desarrollo de proyectos comunitarios en los que los ciudadanos colaboren en la mejora de su entorno —por ejemplo, jornadas de limpieza y mantenimiento de parques—; la realización de consultas públicas que les permitan opinar e incidir en la toma de decisiones sobre proyectos urbanos; la creación de plataformas digitales para reportar problemas y proponer mejoras en sus comunidades.

Asimismo, el ejercicio de un voto informado y responsable resulta clave, en la medida en que permite a los ciudadanos elegir de manera consciente a sus representantes en concejos y alcaldías, procurando que estos reflejen sus intereses y su compromiso con la sostenibilidad y el bienestar urbano.

A este respecto, es crucial fomentar una cultura de participación, en la que cada individuo sienta que su contribución es valiosa y que, a través de esfuerzos conjuntos, es posible lograr un entorno urbano inclusivo, seguro y sostenible. También es importante que las autoridades locales respalden estas iniciativas al proporcionar recursos, infraestructuras adecuadas y un marco normativo que facilite y motive la participación. En última instancia, cuando la ciudadanía se involucra de manera activa y consciente en la construcción y mantenimiento de su entorno, se fortalece la cohesión social y se promueve un desarrollo urbano que responde a las verdaderas necesidades y aspiraciones de la comunidad, para generar ciudades más habitables y resilientes.

Definición y alcance de la Ciencia Ciudadana

La Ciencia Ciudadana se define como la participación de personas no necesariamente profesionales en actividades científicas promovidas por universidades y gobiernos locales. En este marco, los ciudadanos aportan sus conocimientos, tiempo y recursos a procesos como la recolección y el análisis de datos, así como a la formulación de propuestas de investigación y de políticas públicas orientadas a la ciudad.

Esta forma de participación no solo enriquece la producción de conocimiento, sino que también empodera a los ciudadanos, al

fomentar una mayor comprensión de los problemas abordados y un compromiso más activo con su solución.

Importancia de la participación ciudadana en la investigación social

La participación de los ciudadanos es fundamental para obtener una perspectiva amplia y diversa de los fenómenos urbanos. Al estar inmersos en sus comunidades, los ciudadanos pueden recopilar información valiosa sobre comportamientos, necesidades y problemas locales. Este enfoque participativo permite la obtención de datos más representativos y contextuales. La técnica de cartografía social, en la que la comunidad se reúne para realizar un diagnóstico de los problemas y potencialidades que tiene una localidad, resulta muy efectiva por cuanto identifica las necesidades colectivas más preocupantes para la comunidad y porque las representa en un mapa a partir del cual se proyectan las intervenciones por parte del gobierno local.

Los ciudadanos no solo pueden recolectar datos, sino también involucrarse en la planificación de proyectos de investigación. La colaboración entre investigadores, ciudadanos y la administración de la ciudad en la creación conjunta de proyectos asegura que las iniciativas sean relevantes y respondan a las necesidades reales de la comunidad. La planificación conjunta también facilitará la implementación de programas de educación ciudadana que promuevan los CUR.

Por su parte, la revisión de los informes de la alcaldía y otros documentos oficiales es una actividad en la que los ciudadanos pueden aportar su perspectiva y experiencia. Analizar estos informes

permite a los ciudadanos evaluar las políticas y acciones municipales, identificar áreas de mejora y sugerir cambios. Este tipo de participación crítica y constructiva es esencial para asegurar la transparencia y la responsabilidad en la gestión urbana, por lo que se vienen explorando nuevas metodologías de planificación y gobernanza con participación de la ciudadanía (Kontokosta, Johnson y Schloss, 2016; Park y Fujii, 2023; United Nations, 2018). Si bien el concepto de ciudades inteligentes (*Smart Cities*) surgió como una respuesta a estos desafíos, los enfoques iniciales centrados en la tecnología a menudo resultaron en una falta de participación ciudadana y una escasez de elementos de sostenibilidad social como la inclusión y el empoderamiento (Park y Fujii, 2023). En respuesta a esta deficiencia, ha surgido una nueva ola de experimentos urbanos que integran la Ciencia Ciudadana y la participación activa, como los Laboratorios Vivientes (*Living Labs*) y los juegos serios, buscando ir más allá de la participación simbólica, o *tokenism*, del pasado (Arnstein, 2019; Park y Fujii, 2023).

Uno de estos enfoques es la iniciativa *Quantified Community* (QC), una investigación de informática barrial a largo plazo implementada en Nueva York con el objetivo de crear un entorno de investigación habilitado por datos para estudiar rigurosamente las complejas interacciones en los vecindarios urbanos (Kontokosta, Johnson y Schloss, 2016). El proyecto QC se lanzó en áreas diversas como Hudson Yards, Lower Manhattan y, de manera crucial, en Red Hook, Brooklyn, una comunidad con dificultades económicas que enfrenta importantes cambios demográficos (Kontokosta, Johnson y Schloss, 2016). Su objetivo primordial fue aumentar la resolución espacial y temporal de la recopilación de datos para identificar y responder mejor a los desencadenantes del estrés ambiental y la disminución de la calidad de vida, explorando cómo el entorno

construido impacta el bienestar social e individual (Kontokosta, Johnson y Schloss, 2016).

La metodología empleada combina una infraestructura de sensores urbanos de bajo costo (QC Urban QoL Sensor) que miden concentraciones de partículas (PM_{2.5}), ruido, luz, conteos de peatones, temperatura, presión y humedad, con iniciativas de Ciencia Ciudadana (Kontokosta, Johnson y Schloss, 2016). Los residentes locales, como los *Digital Stewards* de la Red Hook Initiative (RHI), se involucran directamente en la recopilación de datos y en el proceso de resolución de problemas para impulsar una toma de decisiones basada en evidencia, considerándose la participación comunitaria crítica para generar confianza y asegurar el éxito del despliegue tecnológico. Los resultados iniciales en Red Hook revelaron observaciones significativas, incluyendo una variación espacial importante en las lecturas de polvo (partículas) a alta resolución (Kontokosta, Johnson y Schloss, 2016). Además, las mediciones de temperatura mostraron que las lecturas en el techo podían ser hasta 18 grados Celsius más altas que las mediciones a nivel de la calle durante el día, destacando la influencia de la infraestructura construida en el efecto de isla de calor urbano. La capacidad de recolección de datos granulares incluso permitió detectar eventos anómalos, como un pico inusual de partículas atribuido a una barbacoa local.

Complementando el *Urban Sensing*, el uso de «juegos serios» ofrece una plataforma para la participación lúdica y la recopilación de datos sobre decisiones y percepciones urbanas (Poplin, 2011; Gazis y Katsiri, 2023). El proyecto NextCampus, desarrollado en Hamburgo, Alemania, se centró en estudiar la aplicación de juegos serios en línea para fomentar la participación pública en la planificación urbana, basándose en la posible reubicación del campus de la Universidad de

Hamburgo (Poplin, 2011). El juego se concibió como un experimento de investigación con un modelo computacional (hojas de cálculo Excel) que simulaba el impacto de las decisiones del jugador (renovar, vender o demoler edificios) en el presupuesto y en los niveles de satisfacción de los interesados (Poplin, 2011). A pesar de las críticas sobre la complejidad percibida, el concepto fue reconocido por su potencial para la alegría y la diversión (*joy and playfulness*) para atraer a los ciudadanos a participar y aprender sobre las consecuencias de la planificación urbana (Poplin, 2011).

En un contexto sociológico, el juego serio E-polis buscó gamificar una encuesta sociológica para estudiar las opiniones de los jóvenes sobre su sociedad ideal, utilizando una ciudad digital inspirada en Plateia Agias Eirinis en el área de Monastiraki, Atenas, Grecia (Gazis y Katsiri, 2023). La metodología de E-polis se distingue por su *middleware*, que no solo almacena las respuestas a los dilemas sociales en formatos como CSV o SQLite, sino que también registra los movimientos de los jugadores (coordenadas, ángulos de visión y tiempo de respuesta) para detectar sus puntos de interés y la dificultad de las preguntas (Gazis y Katsiri, 2023). El juego fomenta la reflexión al presentar a los jugadores un plano final que muestra cómo sus elecciones influyeron en el desarrollo urbano (Gazis y Katsiri, 2023).

Finalmente, la metodología Living Lab (LL), reconocida como un enfoque prometedor para el desarrollo de ciudades inteligentes, se ha centrado en la cocreación y la innovación abierta (Park y Fujii, 2023; Steen y van Bueren, 2017). El estudio sobre *Civic Engagement in a Citizen-Led Living Lab* examinó el Seongdaegol Living Lab (SLL), o laboratorio viviente, en Seúl, Corea del Sur, que se convirtió en el primer *Living Lab* liderado por ciudadanos en 2015, originándose como una comunidad de madres y centrándose en el movimiento de

ahorro de energía (Park y Fujii, 2023; Gunderson y Yun, 2021). Este estudio, basado en una encuesta a 30 participantes, buscó determinar los factores que influyen en el nivel de participación activa de los ciudadanos (Park y Fujii, 2023). Los hallazgos demostraron que una participación activa está asociada con una mayor autoestima cívica —orgullo de ser residente— y actitudes más positivas hacia la aplicación de la metodología Living Lab en el desarrollo de ciudades inteligentes (Park y Fujii, 2023).

Específicamente, se encontró que el método de visita —caminar al sitio fue superior al transporte público—, el periodo de participación —tres años o más— y las inclinaciones políticas y de política ambiental —tendencias de izquierda progresista— tienen un efecto estadísticamente significativo en la participación activa (Park y Fujii, 2023). El éxito del laboratorio viviente radica en que proporciona una experiencia de empoderamiento en el proceso de cocreación con múltiples partes interesadas, aumenta la competencia cívica mediante actividades de aprendizaje y mejora el sentido de propiedad comunitaria (Park y Fujii, 2023).

En última instancia, estos experimentos urbanos, que combinan tecnología, planificación lúdica y participación comunitaria, reafirman que los cambios significativos, tanto en la planificación urbana como en la gestión de recursos esenciales, como se observa en la necesidad de abordar el desperdicio de agua para evitar la extinción (Diego Guerrero MINISTRO N.M.C, 2023), se logran de manera más efectiva en colectivo (Origen Red de Liderazgo, 2023).

De este modo, la participación ciudadana en el diseño de políticas públicas es crucial para desarrollar estrategias efectivas

y sostenibles. Los ciudadanos, al estar involucrados en el proceso de toma de decisiones, pueden garantizar que las políticas reflejen las necesidades y prioridades de la comunidad. Esta colaboración también aumenta la aceptación y el cumplimiento de las políticas, promoviendo una cultura de responsabilidad y cooperación.

Beneficios de la Ciencia Ciudadana

La ciencia ciudadana ofrece múltiples beneficios para las ciudades y sus habitantes. Entre ellos, destaca la mejora de la calidad de vida, en la medida en que la participación de la ciudadanía en investigaciones y en la formulación de políticas públicas puede derivar en soluciones prácticas y efectivas a problemas urbanos.

Asimismo, promueve el empoderamiento ciudadano, al otorgar a las personas una voz en la toma de decisiones y fortalecer su sentido de pertenencia y responsabilidad hacia la comunidad. También contribuye al fomento de la educación y la conciencia sobre temas clave, lo que favorece la adopción de comportamientos más responsables y sostenibles.

Finalmente, la ciencia ciudadana fortalece la democracia participativa, al involucrar activamente a los ciudadanos en procesos de decisión que inciden directamente en sus vidas y en el desarrollo de sus comunidades.

Además, la Ciencia Ciudadana facilita la recopilación de datos a gran escala que serían difíciles o costosos de obtener de otra manera, lo que resulta crucial para enfrentar desafíos urbanos complejos como el cambio climático, la contaminación ambiental y la gestión de recursos naturales. La colaboración entre científicos y ciudadanos no

solo enriquece la investigación, sino que también fomenta una mayor transparencia y confianza en los resultados, teniendo en cuenta que los ciudadanos pueden observar y participar directamente en el proceso científico. Asimismo, la Ciencia Ciudadana promueve la innovación social al inspirar nuevas ideas y enfoques para abordar problemas urbanos, aprovechando el conocimiento local y las experiencias de los participantes. De esta manera, se crea un ciclo virtuoso en el que el conocimiento compartido y la acción colectiva generan un impacto positivo y duradero en la vida urbana, no solo se contribuye al avance del conocimiento, sino que también se fortalece el tejido social y la capacidad de las ciudades para adaptarse y prosperar en un mundo en constante cambio.

De este modo, la Ciencia Ciudadana es una herramienta poderosa para promover Comportamientos Urbanos Responsables y mejorar la gestión urbana. La participación de los ciudadanos en la toma de datos, la planificación y desarrollo de proyectos de investigación, la revisión de informes y el diseño de políticas públicas enriquece la investigación y asegura que las políticas y acciones reflejen las necesidades y prioridades de la comunidad.

Fomentar la Ciencia Ciudadana en las ciudades es un paso crucial hacia un futuro más sostenible y participativo. Su integración con la gestión urbana y la promoción de los CUR es una estrategia que no solo beneficia a las ciudades, sino que también fortalece la relación entre ciudadanos, universidades e instituciones, creando comunidades más resilientes y sostenibles.

Evaluación de los proyectos participativos

Es fundamental evaluar de manera continua el impacto de las iniciativas destinadas a fomentar los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR). Esto puede lograrse mediante encuestas y estudios que midan la percepción y el comportamiento de los ciudadanos antes y después de su implementación; el análisis de datos provenientes de tecnologías de monitoreo, orientado a identificar mejoras en la calidad de vida urbana; y la realización de espacios de retroalimentación en los que los ciudadanos puedan expresar sus opiniones sobre las políticas y programas en curso. Estas estrategias permiten ajustar y mejorar las acciones de acuerdo con las necesidades y expectativas de la comunidad.

La evaluación permanente no solo garantiza la efectividad de las iniciativas, sino que también fortalece la participación ciudadana, al hacer que las personas perciban que sus experiencias y opiniones son valoradas y tenidas en cuenta. Esto, a su vez, fomenta un mayor compromiso con los objetivos compartidos de mejorar el entorno urbano.

Desafíos y consideraciones en la implementación de la Ciencia Ciudadana

A pesar de los numerosos beneficios, la implementación de proyectos de Ciencia Ciudadana también presenta desafíos que deben ser abordados para maximizar su eficacia. Uno de los principales retos es asegurar la calidad y precisión de los datos recopilados por ciudadanos, lo que requiere una formación adecuada y herramientas que faciliten la recolección de indicadores precisos. El papel de las universidades es crucial en este proceso. Además, es esencial que

los proyectos de Ciencia Ciudadana sean inclusivos y accesibles para personas de todas las edades, géneros, niveles de educación y antecedentes socioeconómicos, garantizando así una participación representativa y equitativa.

Otro reto importante es la sostenibilidad, en la medida en que mantener el interés y la participación a largo plazo puede ser difícil; por lo tanto, los proyectos deben ser diseñados de manera que mantengan a los ciudadanos motivados e involucrados continuamente. Finalmente, la coordinación de grandes grupos de voluntarios y la gestión de los datos recopilados pueden ser complejas, lo que requiere una infraestructura adecuada para asegurar que la información recolectada sea útil y manejada de manera eficiente. Estos desafíos, aunque significativos, pueden ser superados con una planificación cuidadosa, recursos adecuados y un enfoque inclusivo y colaborativo.

Para superar estos desafíos, es fundamental establecer una colaboración estrecha entre científicos, organizaciones comunitarias y ciudadanos. La cocreación de proyectos, en la que todas las partes interesadas participen desde el inicio en el diseño y la implementación, puede ayudar a garantizar que los objetivos del proyecto sean relevantes y alcanzables, y que las metodologías utilizadas sean adecuadas para los participantes. Asimismo, la inversión en tecnologías accesibles y la capacitación continua son esenciales para mejorar la calidad de los datos recopilados y para empoderar a los ciudadanos, dándoles las herramientas necesarias para contribuir de manera significativa.

Además, es importante desarrollar estrategias de comunicación efectivas que mantengan a los participantes informados y motivados. El reconocimiento público de las contribuciones de los ciudadanos

y la retroalimentación sobre cómo sus datos están siendo utilizados aumenta el sentido de pertenencia y compromiso. Los proyectos exitosos de Ciencia Ciudadana también deben considerar la adaptabilidad, permitiendo ajustes en función de las necesidades y circunstancias cambiantes, lo que ayudará a mantener la relevancia y el interés a largo plazo.

Por otro lado, la creación de redes de apoyo y la construcción de comunidades de práctica pueden facilitar la gestión de proyectos grandes y complejos, proporcionando un espacio para el intercambio de conocimientos y experiencias entre los participantes. Estas redes pueden fomentar la sostenibilidad al crear una base de ciudadanos comprometidos que continúen participando en futuras iniciativas. En última instancia, al abordar estos desafíos de manera proactiva, los proyectos de Ciencia Ciudadana tienen el potencial de convertirse en una herramienta poderosa para el cambio positivo en las ciudades, y fomentar una sociedad más participativa, informada y resiliente.

Para abordar estos desafíos y asegurar el éxito de los proyectos, es necesario tener en cuenta diversas consideraciones clave. En primer lugar, resulta fundamental la educación y capacitación de los ciudadanos, mediante la provisión de formación y recursos que les permitan comprender la importancia de su participación y aprender a recopilar datos de manera rigurosa.

A su vez, es importante promover el uso de tecnologías accesibles —como aplicaciones móviles y plataformas en línea— que faciliten la participación y la recolección de información, garantizando que estas herramientas sean intuitivas e inclusivas. De igual modo, se requiere mantener una comunicación constante con los participantes, informándoles sobre el progreso y el impacto de su contribución, con el fin de sostener su motivación.

Adicionalmente, la implementación de incentivos y mecanismos de reconocimiento —como certificados, menciones públicas o pequeñas recompensas— puede fortalecer el compromiso ciudadano. Por último, es clave fomentar la colaboración multisectorial entre universidades, gobiernos, organizaciones no gubernamentales y el sector privado, de modo que se disponga de los recursos y apoyos necesarios para garantizar un enfoque integral y sostenible en el desarrollo de los proyectos.

Ejemplos de Ciencia Ciudadana en acción

Existen varios ejemplos de Ciencia Ciudadana en acción que demuestran el poder y la efectividad de la participación ciudadana en la investigación científica. Uno de ellos es eBird, un proyecto global en el que los ciudadanos registran observaciones de aves, generando una gran cantidad de datos valiosos que son utilizados para la investigación científica y la conservación de aves a nivel mundial. Otro ejemplo es Zooniverse, una plataforma que alberga múltiples proyectos de Ciencia Ciudadana en diversas disciplinas, desde la astronomía hasta la biología, permitiendo que los ciudadanos participen en la clasificación de datos y el análisis de imágenes, lo que contribuye significativamente a avances científicos en estas áreas. También está CitSci.org, una plataforma que ofrece a los ciudadanos la oportunidad de diseñar y gestionar sus propios proyectos de Ciencia Ciudadana, proporcionando herramientas necesarias para la recolección y análisis de datos, lo que facilita la creación de proyectos personalizados que abordan problemas específicos en distintas comunidades y contextos.

Dos ejemplos adicionales para destacar sobre Ciencia Ciudadana incluyen el proyecto «Barcelona + Sostenible», en el

cual los ciudadanos de Barcelona colaboran con el gobierno local para mejorar la sostenibilidad de la ciudad. A través de talleres participativos los ciudadanos contribuyen a la recolección de datos sobre movilidad, gestión de residuos y calidad del aire, y participan en el diseño de iniciativas para promover hábitos sostenibles, o como los he venido denominando: los CUR.

En varias ciudades se ha involucrado a los ciudadanos en la recopilación de datos sobre salud pública y comportamientos urbanos. Los participantes utilizan aplicaciones móviles para reportar incidencias y recopilar información sobre el uso de espacios públicos, lo que ha permitido a las autoridades locales desarrollar políticas más efectivas y centradas en la comunidad.

Estos ejemplos ilustran cómo la Ciencia Ciudadana puede movilizar a miles de personas en todo el mundo para contribuir al conocimiento científico y la solución de problemas globales y locales.

El futuro de la Ciencia Ciudadana en la promoción de los CUR

El futuro de la Ciencia Ciudadana en la promoción de Comportamientos Urbanos Responsables es prometedor. Con el avance de la tecnología y una mayor conciencia sobre la importancia de la participación ciudadana, es probable que veamos un aumento en la cantidad y calidad de estos proyectos. Las innovaciones tecnológicas, como por ejemplo la inteligencia artificial y el Internet de las Cosas, pueden mejorar la recolección y análisis de datos, proporcionando información en tiempo real y facilitando la toma de decisiones informada. Las aplicaciones móviles y las plataformas en línea seguirán siendo herramientas clave para conectar a los ciudadanos con los proyectos de Ciencia Ciudadana. Los gobiernos

locales y nacionales pueden desempeñar un papel crucial en la promoción de la Ciencia Ciudadana mediante la incorporación de estos proyectos en sus políticas públicas.

Educación y conciencia social

La educación sobre Ciencia Ciudadana debe integrarse en los currículos escolares para que las futuras generaciones comprendan la importancia de su participación en la ciencia y el impacto que pueden tener en sus comunidades. Campañas de concienciación pública también pueden ayudar a reclutar más participantes y promover una cultura de responsabilidad y cooperación.

La Ciencia Ciudadana ofrece una oportunidad única para involucrar a los ciudadanos en la investigación y la toma de decisiones que afectan sus vidas y comunidades. A través de la participación en la recolección de datos, la planificación de proyectos de educación ciudadana, la revisión de informes de la alcaldía y el diseño de políticas públicas, los ciudadanos pueden desempeñar un papel crucial en la promoción de Comportamientos Urbanos Responsables. A pesar de los desafíos, con una planificación adecuada y el uso de tecnologías accesibles, la Ciencia Ciudadana puede transformar nuestras ciudades haciéndolas más habitables. Involucrarse en este tipo de proyectos no solo contribuye al avance del conocimiento científico, sino que también fortalece el tejido social y fomenta una mayor responsabilidad y conciencia sobre nuestro entorno urbano. Al promover la participación ciudadana en la investigación y la formulación de políticas, podemos construir ciudades más inclusivas, sostenibles y resilientes para el futuro.

CAPÍTULO 7

Ética de los CUR

Los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) contribuyen al bien común, en la medida en que se sustentan en acciones individuales guiadas por principios de solidaridad, altruismo y compromiso con el interés colectivo. Estas actuaciones son fundamentales para garantizar la sostenibilidad y la convivencia en las ciudades, así como para preservar los procesos culturales que han hecho posible la supervivencia humana.

Acciones como votar sin la información adecuada o vender el voto; no recoger los desechos de las mascotas o sacarlas sin bozal; generar molestias a los vecinos por exceso de ruido; evadir el pago del transporte público; ocupar indebidamente el espacio público; incumplir las normas de tránsito —ya sea como conductor, ciclista o peatón—; realizar llamadas innecesarias a las líneas de emergencia; arrojar basura o escombros en lugares no autorizados; o estacionar vehículos de manera que generen congestión, constituyen distintas formas de afectar el bienestar colectivo (Pinilla, 2019; Páramo, 2019). En contextos urbanos complejos, este tipo de conductas tiende a producir repercusiones negativas en la calidad de vida, al impactar dimensiones como la salud, la seguridad, la movilidad y el medio ambiente.

Quienes adoptan Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) están en capacidad de responder ante sus conciudadanos, ya que no se orientan únicamente por el beneficio propio, sino también

por el de los demás. De ahí el componente ético de los CUR, en cuyo núcleo se encuentra la noción de responsabilidad.

La formación ciudadana implica, en este sentido, educar para responder por lo que se hace o se deja de hacer, es decir, promover una ética de la responsabilidad centrada en las consecuencias previsibles de las acciones. Aunque los principios morales pueden formularse de manera abstracta, su validez se pone a prueba en las consecuencias derivadas de su aplicación en la vida cotidiana.

Así, valores como la paz, la libertad o la no discriminación son ampliamente reconocidos, pero la mera adhesión a ellos puede resultar insuficiente para mejorar la convivencia en las ciudades. Por ello, los ciudadanos recurren también a normas y leyes que orientan el comportamiento, sin desconocer que estas, por sí solas, no bastan, en la medida en que no todo se resuelve mediante la regulación formal.

Las costumbres y la responsabilidad de los individuos juegan un papel crucial en la cohesión de una comunidad, lo que implica acuerdos en torno a la adopción de determinados comportamientos. Según Camps y Giner (1998), el deber ciudadano de la participación política derivada de la pertenencia a una comunidad es un ejercicio de responsabilidad que trasciende el acto de votar.

Vivir responsablemente es estimar las consecuencias y decidir racionalmente si se afecta la convivencia con los propios actos. Como señalaba Montesquieu (1748/2015, p. 251), «cuando un pueblo tiene buenas costumbres, las leyes son sencillas», lo que significa que las buenas costumbres requieren pocas leyes. Un ejemplo de ello es el soborno a un funcionario público, que es una costumbre perjudicial y claramente punible. Sin embargo, existen otras conductas que, aunque también son perjudiciales, no están tipificadas como delitos o resultan

difíciles de judicializar, como tirar un papel, una colilla de cigarrillo o un chicle en un espacio público. Estas acciones no son delictivas, pero conviene evitarlas, y solo un sentido de responsabilidad individual percibe tal necesidad.

Es difícil que las leyes puedan detallar con precisión cada aspecto de lo que es correcto hacer. Algunas prácticas han cambiado poco con el tiempo, las cuales se han pretendido modificar únicamente con legislación, como ocurre con la agresión contra las mujeres, crímenes que no se han podido erradicar, a pesar de la cantidad de leyes que se han elaborado para su protección. Las leyes, por sí solas, no pueden transformar la cultura ni el comportamiento de las personas, por bien intencionadas que sean. Como afirman Camps y Giner (1998, p. 142), «sin buenas costumbres, no hay leyes que valgan».

Ser responsable implica ser capaz de responder ante alguien por algo y desear hacerlo. La «capacidad» de actuar libremente, sin coacción, permite que las personas solo respondan por aquello que eligen hacer o no hacer, ya que no se puede ser responsable por lo que se hace obligatoriamente. La libertad y la responsabilidad son características inseparables de la sociedad. Las acciones humanas no se explican solo por causas biológicas, sino también por la manera como hemos construido nuestra sociedad, como señala Wilson (2012).

Con los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR), no solo debemos responde por lo que hacemos, sino también por lo que dejamos de hacer. Las omisiones pueden tener un impacto significativo en la vida de los demás. Por ejemplo, se reprocha a una persona que, pudiendo socorrer a otra en un accidente, no lo hace, o al ciudadano que no cede su asiento a una persona mayor en el transporte público.

En las ciudades, resulta relativamente fácil evadir las responsabilidades, especialmente cuando estas se vuelven difusas. ¿Quién es responsable del tráfico, de la violencia, del deterioro de los espacios públicos o de la suciedad que se acumula en parques y calles? La complejidad de estos problemas obliga a pensar en términos de corresponsabilidad: las responsabilidades colectivas existen, pero suelen ser más fáciles de eludir que las individuales.

Cuando se renuncia a esta corresponsabilidad, se tiende a delegar en los jueces la tarea de determinar la presencia o ausencia de responsabilidad. Sin embargo, aunque la responsabilidad jurídica es importante, no es la única que debe considerarse. Reducir la noción de responsabilidad a aquello que está tipificado por la ley resulta problemático, ya que las normas presentan vacíos y no abarcan todas las conductas incívicas (Camps y Giner, 1998).

Por ejemplo, un administrador de edificio que actúa con negligencia puede afectar la convivencia entre los residentes sin incurrir necesariamente en un delito. De igual manera, un ciclista que lleva el casco mal ajustado o un conductor que utiliza el cinturón de seguridad sin colocarlo correctamente no infringen de forma explícita la ley, pero sí adoptan comportamientos que pueden tener consecuencias negativas para sí mismos y para los demás.

En estas situaciones, no se comete un delito, pero hay una falta de responsabilidad. Por ello, es necesario que los ciudadanos sean educados en reglas morales, para que tanto la ley como la norma moral sean respetadas como reguladores sociales, promotores de la convivencia y del bien común, y no solo como instrumentos de beneficio individual. Las reglas morales son las que nos llevan a reflexionar sobre nuestro propio código moral y nuestras acciones:

¿hicimos bien al no respetar una señal de tránsito? ¿Al no ayudar a alguien en dificultad? ¿Al votar por un candidato que busca el bien colectivo? (Pinilla, 2019). De aquí la importancia no solo de educar en las reglas que conducen a los CUR, sino también en aquellas que nos permiten evaluarnos a nosotros mismos, a lo que denomino meta-reglas.

Las meta-reglas

La importancia de las meta-reglas radica en que nos permiten desarrollar una conciencia crítica sobre nuestras acciones y su impacto en la comunidad. Estas normas de autorreflexión nos invitan a observar no solo el cumplimiento de las leyes, sino también la intención y las consecuencias de nuestras decisiones cotidianas. Educar a la ciudadanía en estas meta-reglas es crucial para promover un cambio cultural profundo, ya que, como se ha argumentado, las leyes por sí solas no pueden transformar las costumbres ni garantizar el comportamiento ético. Sin una base sólida de principios morales que guíen nuestras interacciones sociales, las leyes tienden a ser insuficientes, y muchas veces son vistas como una barrera que es posible eludir.

En este sentido, la educación moral cobra una relevancia vital. Formar ciudadanos que no solo cumplan con la ley, sino que lo hagan desde una conciencia de responsabilidad colectiva, es esencial para la construcción de una sociedad más justa, equitativa y sostenible. Contrario a lo que piensan algunos, la ética se debe enseñar a través de las reglas que nos enseñan nuestros padres, los maestros, la religión, entre otras instituciones sociales que nos invitan a evaluar nuestras acciones con instrucciones tales como: ¿hiciste tus deberes? ¿Actuaste de forma solidaria con quien requería de tu ayuda? ¿Tomaste

lo que no te pertenecía? En la medida que se enseñe a observar la propia conducta en función de lo deseable a nivel social, estaremos formando personas responsables éticamente.

Las buenas costumbres y los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) van más allá de una simple obediencia normativa: son parte de un compromiso activo con el bienestar común. Esto incluye pequeñas acciones, como actuar de forma solidaria con quien esté en dificultad, no arrojar basura en la calle, ceder el paso en el tránsito, respetar los espacios públicos o recoger las heces de las mascotas cuando se sacan a los parques. Estas acciones, aunque aparentemente insignificantes, contribuyen a la construcción de una cultura de respeto mutuo y cooperación que es fundamental para la convivencia en entornos urbanos.



Figura 20. Recogiendo las heces de las mascotas

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: "Genera una imagen realista de dos personas recogiendo las heces de sus mascotas en un espacio público"

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

El papel del liderazgo moral en las ciudades también es indispensable. Las figuras públicas, los líderes comunitarios y los administradores urbanos deben ser ejemplos de este comportamiento ético. Si ellos son capaces de actuar con integridad y responsabilidad, inspirarán a la ciudadanía a hacer lo mismo. El reto está en que, en muchos casos, la ciudadanía percibe que quienes ostentan el poder no siempre siguen las reglas que esperan que los demás acaten. Esto crea una brecha ética que socava la confianza en las instituciones y fomenta la desobediencia civil. Por lo tanto, es fundamental que aquellos en posiciones de poder promuevan activamente los CUR y asuman la responsabilidad de ser modelos de conducta moral.

Por un lado, la corresponsabilidad es un principio clave que debe ser seguido por cada ciudadano. Educar para aceptar que todos compartimos la responsabilidad por el estado de nuestras ciudades, ya sea en términos de movilidad, limpieza, seguridad o cohesión social, es un paso esencial para superar la fragmentación y el individualismo que a menudo caracterizan la vida urbana. La corresponsabilidad implica que cada individuo, además de cumplir con sus deberes personales, también debe ser consciente de cómo sus acciones o inacciones afectan a los demás. En este contexto, no basta con simplemente evitar el daño, es necesario contribuir activamente al bien común. Esto se puede lograr promoviendo la participación en iniciativas comunitarias y prácticas sostenibles en nuestro día a día.

En conclusión, la construcción de una sociedad basada en los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) y las meta-reglas implica un compromiso ético constante por parte de todos los ciudadanos. La educación moral y de una conciencia crítica sobre nuestras acciones son herramientas fundamentales para lograrlo. Solo a través de la observación de nuestras propias conductas y su

valoración a partir de lo que se ha enseñado como deseable socialmente, el respeto a las normas y el fomento de buenas costumbres, podremos crear entornos urbanos donde prevalezcan la justicia, la solidaridad y la convivencia pacífica. La ética, por tanto, no debe verse como una obligación abstracta o lejana, sino como una práctica diaria que fortalece el tejido social y contribuye al bienestar colectivo.

Ética y Comportamientos Urbanos Responsables: la importancia de la responsabilidad individual y colectiva

Vivir en una ciudad implica más que simplemente coexistir con otros; requiere una serie de comportamientos responsables y éticos que contribuyen al bien común. Aunque muchas acciones cotidianas parezcan insignificantes, tienen un impacto significativo en la calidad de vida de todos. Este apartado retoma diversos aspectos de la vida urbana, mencionados en capítulo anterior, desde el voto hasta el manejo de residuos, relacionándolos con la responsabilidad individual y colectiva.

El voto responsable es una piedra angular en cualquier democracia, pues votar sin estar bien informado es una forma de irresponsabilidad cívica que puede traer consecuencias perjudiciales para toda la comunidad. Tomar decisiones sin conocer las implicaciones puede generar una representación inadecuada, además de que vender el voto no solo es ilegal, sino que también erosiona la integridad del proceso democrático, afectando la justicia y la equidad en la representación política (Pinilla, 2019).

En el contexto de la participación ciudadana, el ejercicio del voto y la implicación en los procesos democráticos están profundamente

vinculados a este compromiso ético. Votar con información adecuada y consciente, sin ceder a la compra de votos o la apatía, es un acto de responsabilidad cívica que reconoce la importancia de participar activamente en la construcción de un gobierno justo y representativo. Al hacerlo, cada ciudadano contribuye a la legitimidad del sistema democrático y a la creación de un futuro más justo y equitativo para todos.

El cuidado del espacio público se extiende también a nuestras responsabilidades como dueños de mascotas. No recoger el excremento de las mascotas es una falta de respeto tanto hacia las personas como hacia el medio ambiente, y es una obligación básica de cualquier dueño responsable. Asimismo, el uso del bozal cuando es necesario no solo previene accidentes, sino que también contribuye a la seguridad de otros animales y personas en espacios públicos.

La convivencia entre vecinos constituye un aspecto fundamental para garantizar la armonía en las ciudades. En este sentido, el control del ruido es esencial, ya que su exceso puede generar estrés y propiciar conflictos. Respetar los horarios de descanso es, por tanto, una norma básica para preservar la tranquilidad y el respeto entre los miembros de la comunidad.

Por su parte, el uso del transporte público también implica el cumplimiento de reglas de comportamiento indispensables para una convivencia pacífica. Pagar el pasaje no solo es un deber cívico, sino que su evasión afecta el funcionamiento del sistema y perjudica a quienes sí cumplen con esta obligación. Asimismo, prácticas como ceder el asiento a quienes lo necesitan contribuyen a generar una experiencia más equitativa y respetuosa para todos.

El respeto al espacio público implica la consideración por el bienestar común. Invadir espacios destinados a otros, ya sea estacionando en lugares no permitidos o apropiándose de áreas comunes, es una falta de consideración que afecta a todos. Mantener el orden en estos espacios no solo mejora la calidad de vida, sino que también crea un entorno más seguro y agradable.

Las normas de tránsito son un ejemplo claro de cómo el comportamiento responsable puede salvar vidas. Respetar las normas es esencial para la seguridad de conductores, ciclistas y peatones, quienes tienen tanto derechos como deberes en la vía pública. En el caso del estacionamiento adecuado, la importancia de cumplir con las reglas no se limita a evitar sanciones; estacionar en lugares no permitidos puede causar trancones y afectar la movilidad urbana, generando dificultades para otros conductores y peatones. Ser responsable al estacionar contribuye a una ciudad más fluida y accesible para todos.



Figura 21. Peatones cruzando la zona demarcada para peatones sobre una avenida urbana

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de un grupo de personas cruzando una avenida por la zona demarcada para peatones”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

El uso responsable de las líneas de emergencia es crucial para garantizar que quienes realmente lo necesitan reciban atención oportuna. Realizar llamadas innecesarias o de broma no solo es una conducta irresponsable, sino que puede poner en riesgo la vida de otras personas.

Además, el manejo adecuado de los residuos constituye un aspecto fundamental de la vida urbana. Depositar la basura y los escombros en los lugares autorizados previene problemas de salud pública y contribuye a mantener un entorno limpio y saludable. El incumplimiento de estas normas tiene consecuencias negativas para la comunidad y el medio ambiente, lo que evidencia cómo las acciones individuales repercuten en el bienestar colectivo.

El impacto en la calidad de vida derivado de nuestras acciones individuales es significativo. El respeto por las normas y la consideración por los demás no solo mejora la convivencia, la movilidad y protege el medio ambiente, sino que también crea un entorno más saludable y seguro para toda la comunidad. La ética y la sostenibilidad urbana requieren un comportamiento moral por parte de todos los ciudadanos. Cada pequeña acción cuenta cuando se trata de construir el bien común y garantizar la sostenibilidad de la vida en las ciudades. La participación ciudadana, además, no se limita solo al acto de votar; implica un compromiso continuo con la comunidad y la responsabilidad de nuestras acciones diarias. Vivir de manera responsable significa considerar las consecuencias de nuestros actos, ya sea cuando botamos basura en la calle o cuando respetamos las normas de convivencia.

Las costumbres desempeñan un papel fundamental en la cohesión social. En una comunidad donde predominan hábitos positivos, la necesidad de recurrir a las leyes tiende a ser menor, ya que las normas sociales y morales orientan el comportamiento responsable de los ciudadanos.

Conductas como arrojar basura en la calle, aunque no siempre constituyan delitos graves, deben evitarse por sentido de responsabilidad social. En este contexto, la responsabilidad colectiva resulta esencial: no es posible delegar en otros las obligaciones que competen a todos, sino que cada individuo debe contribuir al bienestar común.

De ahí la importancia de la formación en normas y valores, que permite que las leyes sean efectivas y respetadas. En consecuencia, la dimensión ética de los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) es clave para garantizar el bienestar colectivo y la sostenibilidad de la vida urbana. En última instancia, cada acción cuenta en la construcción de una ciudad más justa, segura y habitable.

Las acciones descritas en los capítulos anteriores implican un compromiso ético con la sociedad porque, al llevarlas a cabo, cada individuo reconoce que su comportamiento tiene un impacto directo no solo en su entorno inmediato, sino también en el bienestar colectivo. Actuar de manera responsable en el ámbito público, ya sea respetando las normas de tránsito, cuidando el espacio compartido, o participando en decisiones democráticas, refleja un profundo sentido de interdependencia y solidaridad social. Este compromiso ético radica en comprender que nuestras decisiones individuales afectan la vida de otros, ya sea evitando accidentes al seguir reglas

de circulación o contribuyendo a la limpieza y sostenibilidad del medio ambiente.

El estudio realizado por Cohn *et al.* en 2019 nos ofrece una ventana fascinante hacia el comportamiento humano en situaciones que podrían parecer triviales, pero que en realidad revelan mucho sobre los valores profundos que guían nuestras acciones cotidianas. Aunque en un principio el experimento fue diseñado para analizar la honestidad, un análisis más detallado permite observar que los actos de devolución de una billetera perdida pueden ser mejor comprendidos como manifestaciones de solidaridad y empatía, más que como simples actos de honestidad o la búsqueda de una autoimagen moral positiva.

En el experimento, los investigadores colocaron más de 17 000 billeteras en lugares públicos de 355 ciudades en 40 países. Estas billeteras contenían objetos personales como una llave, tarjetas de crédito y, en algunos casos, dinero. Los resultados mostraron algo sorprendente: las billeteras que contenían dinero fueron devueltas con mayor frecuencia que aquellas que no contenían efectivo. Mientras que el 40 % de las billeteras sin dinero fueron devueltas, el 51 % de las que contenían una suma de 13.50 dólares regresaron a sus dueños. Esta tendencia se acentuó aún más cuando se aumentó la cantidad de dinero, ya que el 72 % de las billeteras con 94 dólares fueron devueltas.



Figura 22. Persona devolviendo una billetera a su dueño

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen realista de una mujer devolviendo una billetera se le ha caído a un hombre en la calle”Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

Una posible explicación para este comportamiento es que, más allá de la honestidad o del miedo a las consecuencias, las personas devolvieron las billeteras por una razón más humana: la empatía. La pérdida de una billetera es, para muchos, una experiencia angustiante. No solo por el valor económico, sino también por el valor emocional que pueden tener los objetos personales dentro de ella, como una llave o documentos importantes. Al devolver una billetera, las personas están realizando un acto de solidaridad con alguien que, probablemente, está sufriendo la preocupación y la ansiedad de haberla perdido. Este acto se basa en ponerse en el lugar del otro, en comprender el posible dolor o inconveniente que ha sufrido la otra persona y querer aliviar ese malestar.

El hallazgo de que las billeteras que contenían una llave eran devueltas con mayor frecuencia refuerza esta idea. Una llave

simboliza algo personal y significativo; es un objeto que conecta a la persona con su hogar, su seguridad y su vida cotidiana. Devolver una billetera con una llave sugiere que los individuos no solo estaban siendo honestos, sino que realmente se estaban preocupando por el bienestar del propietario.

La ampliación del experimento para incluir billeteras con más dinero reveló que, cuanto mayor era la cantidad de dinero, mayor era la tasa de devolución. Aunque los economistas inicialmente supusieron que el incentivo económico de quedarse con una billetera aumentaría con la cantidad de dinero, lo que realmente sucedió fue lo contrario. Esto puede explicarse en términos de solidaridad: cuanto mayor era la pérdida potencial para el propietario de la billetera, más fuerte era el deseo de ayudar a esa persona a recuperar lo que había perdido. En este sentido, el comportamiento observado en el experimento no puede explicarse únicamente por la moralidad individual o el deseo de actuar conforme a las normas sociales. Más bien, debe entenderse como un acto altruista y solidario, en el que el bienestar del otro se coloca por encima de cualquier beneficio personal.

Un ejemplo que muestra de forma contundente la moralidad expresada en solidaridad es la respuesta que dieron los españoles ante el desastre causado por una Depresión Aislada en Niveles Altos (DANA) en Valencia en noviembre 2024. Personas de distintas regiones del país se movilizaron para ayudar a los damnificados, no solo mediante aportes económicos, sino también a través de acciones directas como el suministro de agua y víveres, el rescate de personas fallecidas y heridas, la limpieza de la ciudad y el apoyo emocional a las víctimas.

En Colombia, como resultado de un terremoto de magnitud 7.4 en la zona occidental del país, que afectó 14 departamentos, a

principios de agosto de 2006 aparecieron cientos de víctimas fatales y resultaron heridas miles de personas, además de la destrucción de viviendas y edificaciones de diferentes servicios. La respuesta de la sociedad civil no se hizo esperar; los ciudadanos, empresarios, artistas, profesionales de la salud física y mental, sin pedir nada a cambio, se volcaron a buscar desaparecidos hacer donaciones, ayudar en el rescate de las víctimas, y a prestar servicios de salud física y mental. Lo mismo se vio de muchos gobiernos del mundo.

Este tipo de comportamiento pone de manifiesto que, en muchas ocasiones, la solidaridad prevalece sobre el interés personal o incluso sobre el simple cumplimiento de normas morales. Al devolver una billetera, los individuos no estaban actuando únicamente para sentirse mejor consigo mismos o para preservar su autoimagen como personas éticas. En lugar de eso, lo que parece guiar este tipo de acciones es la profunda capacidad humana para sentir empatía, para reconocer el sufrimiento del otro y querer contribuir, aunque sea de manera pequeña, a mitigar ese dolor, aspectos que tienen que ver con la ética en la medida en que se busca el bien de otra persona.

El contexto cultural también juega un papel importante en este sentido. El estudio mostró diferencias notables entre países, lo que sugiere que la solidaridad y la empatía son valores que pueden manifestarse de diferentes maneras dependiendo del entorno social. En lugares como Suiza, las tasas de devolución fueron significativamente más altas que en países como China, lo que indica que las normas culturales influyen en cómo las personas expresan su empatía y solidaridad hacia los demás.

Sin embargo, independientemente de las diferencias culturales, el estudio muestra una verdad universal: los seres humanos, en su

mayoría, tienen una inclinación natural hacia la solidaridad. La devolución de una billetera, especialmente cuando contiene dinero u objetos personales, es un acto que va más allá de la mera honestidad. Refleja un deseo genuino de ayudar al otro, de aliviar su sufrimiento, de actuar con empatía y compasión.

Esto es especialmente cierto cuando consideramos que la presencia de cámaras de seguridad o testigos no influenció significativamente el comportamiento de las personas. Devolver una billetera no era simplemente un acto motivado por la presión social o el temor a ser descubierto, sino que surgía de un lugar más profundo, de la capacidad de las personas para conectarse emocionalmente con el otro. Este experimento subraya que muchas veces, lo que realmente nos impulsa es el deseo de aliviar el dolor de los demás, de ser parte de una red social de apoyo y solidaridad. Meta-reglas en acción.

En 2024 experimenté una situación que me generó una preocupación moral. Regresaba a mi apartamento al anochecer de un día lluvioso después de comprar la leche y el pan para el día siguiente, cuando para mi sorpresa vi tirado sobre el andén un billete de \$100.000 (el de mayor denominación en Colombia) el cual estaba doblado por mitad y completamente empapado. Lo recogí pensando que era un billete falso y miré por todos lados para ver si había algún transeúnte cercano, pero dadas las condiciones de la hora y la lluvia no había nadie cerca. Llegué a mi vivienda, lo sequé, evidencí que no era falso y al otro día invité a mi esposa a almorzar con el producto de este «encuentro», pero con el sinsabor de que le estuviera haciendo falta a alguna persona. Para resolver el conflicto que me mortificaba decidí hacer una donación por esta cantidad a una fundación protectora de animales.

El respeto por las normas no es simplemente un deber legal, sino un acto moral que favorece la convivencia pacífica. Al pagar el pasaje del transporte público, al recoger los desechos de nuestras mascotas o al estacionar en lugares permitidos, estamos mostrando consideración por los derechos y necesidades de los demás, lo cual es un principio ético fundamental en cualquier sociedad. Este compromiso ético implica reconocer que el bienestar común está por encima de los intereses individuales y que contribuir a una ciudad más organizada y justa es una responsabilidad que recae sobre cada ciudadano.

Además, estas acciones reflejan un compromiso con la sostenibilidad a largo plazo. Por ejemplo, el reciclaje y el cuidado del medio ambiente no son simplemente una cuestión de obedecer leyes, sino una expresión de respeto por las generaciones futuras, garantizando que hereden un entorno habitable y sano. En el caso del voto informado, se trata de una obligación ética con la sociedad en su conjunto, pues una decisión responsable influye directamente en las políticas y gobernantes que afectarán la vida de todos.

En última instancia, estas acciones representan un ejercicio de corresponsabilidad, en el que cada ciudadano tiene un rol activo en la construcción de una comunidad más equitativa, segura y saludable. Este compromiso ético no solo es necesario para el bienestar individual, sino también para fortalecer el tejido social y fomentar una cultura de respeto y colaboración que permita a la sociedad prosperar de manera inclusiva y sostenible.

El compromiso ético con la sociedad que implican estas acciones se fundamenta en la noción de justicia social, según la cual cada persona debe asumir su responsabilidad en la protección y

promoción del bienestar colectivo. Al respetar normas de convivencia —como el control del ruido— o al hacer un uso responsable del espacio público, contribuimos a crear condiciones más equitativas para todos, especialmente para quienes se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad, como niños, personas mayores o personas con discapacidad.

En este sentido, actuar de manera ética no se limita a cumplir con lo que es justo para uno mismo, sino que implica procurar que nuestras acciones no perjudiquen a otros y, en la medida de lo posible, aporten al bien común.

La ética del cuidado también se refleja en estas acciones. Cuidar de nuestras mascotas, garantizar que no sean una amenaza para otros no es solo una cuestión de urbanidad, sino un acto de respeto y consideración por los demás. Del mismo modo, el manejo responsable de los recursos y la basura en la ciudad es una expresión de nuestro deber de cuidar los espacios compartidos, preservando su calidad para las generaciones presentes y futuras. Estos actos nos conectan con una ética de responsabilidad ambiental que nos obliga a ser guardianes de nuestro entorno, conscientes de que nuestras acciones, por pequeñas que sean, tienen consecuencias a largo plazo para el ecosistema y la vida urbana.

El respeto por las normas de tránsito y el uso adecuado de las líneas de emergencia constituyen ejemplos claros de cómo las acciones cotidianas reflejan un compromiso ético. Al cumplir estas normas, no solo protegemos nuestra propia vida, sino también la de los demás, evidenciando una actitud solidaria hacia la comunidad.

Las consecuencias de ignorar estas reglas trascienden los posibles castigos legales, ya que afectan directamente la seguridad y el

bienestar colectivo. En este sentido, utilizar las líneas de emergencia de manera responsable y únicamente en situaciones necesarias es un acto que puede salvar vidas y una expresión concreta de la ética de la solidaridad y la protección mutua que debe orientar la vida en la ciudad.

Desde una perspectiva ética, los bloqueos en las avenidas de la ciudad como forma de protesta deben ser rechazados, principalmente porque instrumentalizan a la sociedad en su conjunto, afectando los derechos fundamentales de personas que no están directamente involucradas en el conflicto o protesta. Este tipo de acciones coercitivas no solo vulneran el principio de justicia, al perjudicar a terceros inocentes, sino que también transgreden los derechos básicos a la movilidad, al trabajo y a la libertad de tránsito de los ciudadanos, quienes ven interrumpida su vida diaria por una forma de protesta que utiliza la incomodidad social como mecanismo de presión.

En primer lugar, el fin no justifica los medios. Si bien las personas tienen el derecho legítimo a manifestarse y expresar sus demandas, el bloqueo de vías esenciales como avenidas no solo pone en riesgo la seguridad y la economía de la comunidad, sino que también se convierte en una herramienta de manipulación que busca obtener respuestas inmediatas del gobierno a través de la creación de caos o descontento en la población. Esto no solo instrumentaliza a los ciudadanos como medios para lograr un fin político, sino que, desde una óptica ética, utilizar el sufrimiento o los perjuicios de otros como estrategia es moralmente reprochable. Impone sobre la sociedad cargas injustas que no le corresponden asumir, y daña a individuos que no son responsables de las decisiones gubernamentales o de los problemas que motivan la protesta.

Asimismo, desde el principio de no maleficencia, una de las máximas éticas fundamentales, las acciones deben evitar causar daño a otros. Los bloqueos violan este principio, ya que interfieren con el acceso de las personas a servicios esenciales como hospitales, interrumpen la actividad económica diaria y pueden generar enfrentamientos que escalan la violencia. Estos daños colaterales afectan a sectores vulnerables de la sociedad, como trabajadores informales, pacientes que necesitan atención médica urgente o estudiantes que no pueden asistir a sus clases, todo lo cual pone de manifiesto la inmoralidad de usar tácticas que afectan el bien común en pos de demandas particulares.

Desde la ética del diálogo y el consenso, se argumenta que la verdadera participación democrática y el cambio social deben buscarse a través de mecanismos que promuevan la discusión y el respeto por los derechos de todos los ciudadanos. Los bloqueos, al ser una forma de protesta que coarta libertades ajenas, no promueven la construcción de soluciones justas, sino que crean tensiones que polarizan a la sociedad. En lugar de abrir espacios de debate y negociación, los bloqueos fuerzan a los gobiernos a responder bajo presión, lo que a menudo no resuelve los problemas estructurales subyacentes. Este enfoque es contraproducente, ya que las decisiones tomadas bajo coacción suelen ser temporales y no abordan las causas profundas de los conflictos sociales.

Además, desde la ética de la responsabilidad, los manifestantes deben considerar las consecuencias de sus acciones sobre el conjunto de la sociedad. Una protesta que afecta a miles de personas inocentes y que, en muchos casos, paraliza ciudades enteras, genera un impacto

económico negativo, aumenta el descontento social, y pone en riesgo la legitimidad de la propia causa que se defiende. Si el objetivo de una protesta es buscar justicia o promover un cambio, el medio utilizado no puede ser injusto o perjudicial para terceros, ya que esto traiciona el principio de justicia que muchas de estas protestas buscan reivindicar.

Desde una postura ética, los bloqueos de avenidas como forma de protesta deben ser rechazados porque violan derechos fundamentales, instrumentalizan a la sociedad para presionar a los gobiernos y generan daños colaterales injustos sobre ciudadanos que no son parte del conflicto. Las protestas, cuando se alinean con principios éticos, deben buscar formas de expresión que respeten el bienestar común, promuevan el diálogo y eviten causar daños innecesarios a la comunidad. Solo a través de acciones éticas y responsables se puede construir un entorno de convivencia pacífica y lograr cambios sociales verdaderamente justos y duraderos.

En resumen, todas estas iniciativas implican un compromiso ético profundo porque reconocen que vivir en sociedad conlleva responsabilidades hacia los demás. Desde el respeto por el espacio público y la movilidad urbana, hasta la protección del medio ambiente y la participación en los procesos democráticos, cada una de estas acciones refuerza la idea de que, como ciudadanos, estamos interconectados. Solo a través de un comportamiento ético, fundamentado en la solidaridad, la responsabilidad y el respeto mutuo, podemos convivir en armonía. La ética del comportamiento en la vida urbana es fundamental para el bienestar común. La corresponsabilidad y la educación en valores son esenciales para

construir ciudades sostenibles y convivencias armoniosas. Cuando todos los ciudadanos se comprometen a actuar de manera responsable, se crea un entorno más seguro, saludable y cohesionado, en el que las leyes se complementan con las buenas costumbres en las que se han formado las personas.



Figura 23. Tablero en un espacio público promoviendo CUR

Nota: Imagen generada con ChatGPT mediante el PROMPT: “Genera una imagen de un tablero urbano con señales que promueven Comportamientos Urbanos Responsables”

Fuente: Open AI, Chat GPT (2024) [Large language model]

CAPÍTULO 8

Diseño de una señalización para promover Comportamientos Urbanos Responsables

Willian Sierra-Barón¹

En un entorno urbano cada vez más complejo y diverso, el diseño de un sistema de señales dirigido a promover Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) se constituye en una propuesta creativa para promover la convivencia y la sostenibilidad en las ciudades (Páramo *et al.*, 2024). En ciudades modernas, donde el ritmo de vida es acelerado y la interacción entre ciudadanos es constante, es crucial fomentar comportamientos que aseguren una convivencia armónica y sostenible. Para que la señalización sea efectiva, sin embargo, es fundamental que esté adaptada a las particularidades de cada contexto urbano e involucre a todos los actores sociales.

La señalización urbana, tradicionalmente utilizada para orientar el tráfico y proporcionar información turística, tiene un enorme potencial educativo que ha sido subestimado. La educación a la ciudadanía, tanto formal como informal, debe ser una prioridad para que los ciudadanos comprendan la importancia de los CUR y se sientan motivados a adoptarlos (Saracevic y Schlegelmilch, 2021).

¹ Autor invitado: Profesor Universidad Surcolombiana

Este capítulo propone la incorporación y uso de señales en espacios públicos que no se limite a orientar la movilidad vehicular o a suministrar información turística, sino como un medio efectivo para promover la convivencia. A través de orientaciones prácticas basadas en principios psicológicos, pedagógicos y comunicacionales, se busca guiar a gestores urbanos, tomadores de decisiones, diseñadores, comunicadores y artistas, en la creación de una estrategia que utilicen la señalización urbana para educar, guiar y concienciar a la ciudadanía en la adopción de Comportamientos Urbanos Responsables.

Diagnóstico del contexto urbano

El primer paso en el diseño de cualquier estrategia de educación y comunicación es la elaboración de un diagnóstico exhaustivo del contexto en el que se implementará. Este diagnóstico debe incluir un análisis detallado de los comportamientos urbanos predominantes, así como de las características sociodemográficas de la población objetivo (Páramo, 2013). Además, el diagnóstico permitirá evaluar la calidad de los CUR existentes, identificando tanto los comportamientos positivos que se deben reforzar como aquellos negativos que requieren intervención.

La segmentación de la población y la identificación de los actores involucrados en una estrategia como esta es esencial para diseñar estrategias adaptadas a las necesidades de cada grupo (Gifford, 2011). También es fundamental evaluar los recursos disponibles, tanto humanos como financieros, para asegurar que la estrategia sea viable y sostenible a largo plazo (Mattaini y Thyer, 1996).

Objetivos claros y medibles

Los objetivos de la estrategia educativa y comunicacional deben ser específicos, claros y medibles para asegurar su efectividad en la promoción de Comportamientos Urbanos Responsables (CUR). Según Contreras (2013), la claridad en los objetivos es fundamental para orientar cualquier estrategia, en este caso, la promoción de la cultura ciudadana hacia la adopción de los CUR. Estos objetivos deben responder a las necesidades detectadas en el diagnóstico inicial, que identifica tanto los comportamientos positivos que deben ser incentivados, como los negativos que requieren cambiarse.

Otro de los aspectos clave en la definición de objetivos es priorizar las conductas que se desean cambiar o incentivar. Después del diagnóstico, es fundamental establecer qué comportamientos tienen un impacto más significativo en la convivencia urbana y la sostenibilidad, y enfocarse en ellos. Este proceso permite diseñar señales y mensajes más efectivos, adaptados a la realidad local. Además, es fundamental que los objetivos estén alineados con los comportamientos específicos que se desean modificar. Por ejemplo, si se detecta una alta tasa de infracciones relacionadas con la gestión de residuos, la estrategia puede centrarse en promover mensajes claros sobre la correcta disposición de la basura.

Este enfoque permite a las autoridades urbanas y a los gestores medir los avances de manera cuantitativa, asegurando que la estrategia se ajuste a los resultados observados y pueda ser optimizada conforme avanza el tiempo.

Diseño de la señalización urbana

Contenido de las señales

La estrategia debe incluir un sistema equilibrado de incentivos para quienes adopten CUR y sanciones para quienes los infrinjan. Las investigaciones muestran que los sistemas de refuerzo positivo son efectivos, en alguna medida, para promover cambios de comportamiento, aunque no siempre sostenibles (Geller, 2002). Además, la participación de la comunidad en el diseño y ejecución de la estrategia es crucial, ya que fomenta la identidad con el lugar y responsabilidad hacia el entorno urbano (Gómez, 2013).

Así, algunos ejemplos de señalización urbana basada en las propuestas del CUR, que promoverían la convivencia ciudadana a través de mensajes claros que abordan problemáticas actuales como: solidaridad con los migrantes, epidemias, inseguridad, respeto a las mujeres y otros géneros, mascotas abandonadas, etcétera, podrían ser:

- *Solidaridad con los migrantes*: «Reconoce la diversidad cultural y contribuye a una convivencia armónica».
- *Epidemias*: «Mantén la distancia física y usa mascarilla para proteger a todos».
- *Inseguridad*: «Denuncia el delito, juntos podemos crear una ciudad más segura».
- *Respeto a las mujeres y otros géneros*: «La ciudad no tolera el acoso, denúncielo».
- *Mascotas abandonadas*: «Adopta, no compres. Los animales también necesitan un hogar».

Estas nuevas señales, aunque podría haber muchas más, ayudarían a abordar problemas sociales actuales y a fomentar una cultura de respeto y solidaridad.

Guía para la elaboración de los mensajes

El uso de la señalización para promover CUR debe estar alineado con la noción de reglas, como se discute en capítulos anteriores de este libro. Las reglas, entendidas como guías de comportamiento para la convivencia en entornos urbanos, pueden ser reforzadas a través de mensajes visuales claros y accesibles para todos los ciudadanos.

Las reglas no deben imponerse mediante sanciones, sino ser enseñadas y recompensadas haciendo ver los beneficios tanto individuales como colectivos de seguirlas. Con este propósito, la señalización urbana puede ser una herramienta clave en este proceso, ayudando a que las reglas se conviertan en parte del entorno cotidiano, lo que facilita su aceptación y cumplimiento.

El éxito de una campaña de seguimiento a la señalización destinada a promover CUR depende, en gran medida, de los mensajes o reglas que se transmiten a través de las señales, las cuales, cuidadosamente diseñadas, capten la atención de los ciudadanos y motiven el cambio de comportamiento.

A continuación, se sugieren algunos principios clave para la elaboración de la señalización orientada a promover los CUR de la convivencia.

Claridad y concisión: Los mensajes que transmiten las reglas deben ser breves y fáciles de entender. Preciado y Guzmán (2011) indican que los mensajes largos o complejos tienen menos probabilidades de ser procesados y recordados, especialmente en un entorno urbano donde la atención de los ciudadanos es limitada. Estudios recientes indican que los mensajes breves y claros tienen mayor impacto en la percepción del público, especialmente en espacios donde la atención es limitada (Takimoto *et al.*, 2021). El mensaje debe ser directo y evitar

ambigüedades, de modo que los ciudadanos puedan procesarlo y actuar en consecuencia en cuestión de segundos. Por ejemplo, en lugar de «Mantener limpio el espacio es importante», un mensaje más claro podría ser: «No tirar basura: Mantén este parque limpio. Con esto aportas a la gestión de residuos».

Relevancia local: Es fundamental que los mensajes estén alineados con las normas y valores culturales de la comunidad a la que están dirigidos. Según Gifford (2011), los mensajes que apelan a las tradiciones y creencias locales son más efectivos en la promoción de Comportamientos Urbanos Responsables. Páramo (2017) sugiere que los mensajes que apelan a los valores locales y que se alinean con las normas culturales son más efectivos para cambiar el comportamiento. Por ejemplo, en una comunidad con fuerte identidad ecológica, un mensaje relacionado con la preservación del entorno local puede ser más persuasivo.

Uso de lenguaje positivo: Los mensajes que se enfocan en las ventajas de un comportamiento deseado, en lugar de centrarse únicamente en advertencias o prohibiciones, resultan más persuasivos. Schultz y Kaiser (2012) subrayan que los mensajes que destacan beneficios como «Conservar este espacio público mejora nuestra calidad de vida», generan una mayor disposición al cambio. Un ejemplo sería reemplazar «No hagas ruido», por «Disfruta del silencio, mejorará tu experiencia y la de los demás». Este tipo de redacción apela a la reciprocidad social y al bienestar común.

Macro y Metacontingencias: Como elemento adicional, se recomienda incluir información sobre macro y metacontingencias, es decir, hacer ver los beneficios de la sumatoria de las acciones individuales y sus efectos en la comunidad y el entorno en general,

más aún cuando se fomenta la acción interdependiente entre los individuos. Resaltar cómo las acciones de una persona pueden influir positivamente en el bienestar colectivo, incentivando un sentido de responsabilidad social más amplio. Este enfoque permite a los ciudadanos comprender que sus acciones individuales forman parte de un sistema mayor, en el que cada gesto contribuye al bienestar colectivo (Páramo y Burbano, 2021).

Recomendaciones para el diseño de las señales

El diseño visual de las señales también es un factor crucial que influye en su efectividad. No basta con tener mensajes bien elaborados si las señales no son visualmente atractivas o comprensibles para una amplia audiencia.

Simplicidad visual: Las señales deben evitar la sobrecarga de información. Un diseño limpio y sencillo facilita la comprensión inmediata, lo cual es esencial en espacios públicos concurridos donde las personas tienen poco tiempo para procesar información y suelen estar expuestas a múltiples estímulos visuales al mismo tiempo (Biti y Cvjetković, 2023). Las señales saturadas de información suelen ser ignoradas o mal interpretadas.

Uso de colores y símbolos universales: Es importante utilizar colores y símbolos que sean fácilmente reconocibles para el público. Margulis (2002) sugiere el uso de colores como el verde para asociar acciones con seguridad o sostenibilidad, y el rojo para señalar advertencias o prohibiciones. Además, los símbolos universales, como íconos de reciclaje o de peatones, refuerzan el mensaje. Estudios recientes muestran que el uso de colores específicos y símbolos reconocibles globalmente, como los iconos de accesibilidad

o reciclaje, facilita la comprensión inmediata del mensaje (Roy *et al.*, 2022).

Visibilidad y ubicación: Las señales deben ser visibles desde una distancia considerable y estar bien iluminadas, especialmente en áreas con tráfico peatonal y vehicular. La investigación de Bokharaei y Nasar (2023) subraya que las señales en entornos urbanos deben estar situadas en áreas de alta visibilidad y flujo constante de personas para garantizar que el mensaje sea captado. Asimismo, la legibilidad es esencial; estudios recientes sobre señalización indican que las fuentes Sans Serif, como Helvetica o Arial, son más fáciles de leer desde una distancia o en movimiento (Sableman, 2016). El tamaño del texto también es crucial, ya que debe estar relacionado con la distancia a la que se espera que sea leído, asegurando que la información sea accesible incluso para quienes se encuentran lejos de la señal (Sun *et al.*, 2018).

Creatividad: La creatividad es un aspecto importante para diferenciar la señalética y captar la atención de los ciudadanos de manera más efectiva. Consultar la señalética de otros países puede inspirar soluciones innovadoras que se adapten a contextos locales. Un ejemplo interesante es el enfoque utilizado en Alemania, conocido por sus señales creativas, visualmente atractivas y altamente funcionales.

El uso de la creatividad en la señalización no solo mejora la estética de las ciudades, sino que también promueve una mayor atención por parte de los ciudadanos. En este caso, en lugar de una señal convencional de reciclaje, podría integrarse un diseño moderno que utilice materiales reciclados en la propia señal.

Otra idea es el uso de gráficos animados en pantallas urbanas que cambien en función de la hora del día o el clima. El incluir elementos de arte urbano en las señales puede hacerlas más atractivas y fomentar un sentido de pertenencia local.

Sugerencias para la selección de lugares para la instalación de las señales

El lugar donde se instalan las señales puede determinar su éxito o fracaso. La correcta selección de lugares garantiza que los mensajes lleguen a la audiencia adecuada en los momentos clave. A continuación, se presentan algunas recomendaciones para la ubicación estratégica de las señales.

Áreas de alta afluencia peatonal: Páramo (2010) destaca que estas áreas ofrecen una mayor exposición y permiten que los mensajes lleguen a un mayor número de personas. Las señales deben instalarse en puntos donde la afluencia de personas es constante, como parques, estaciones de transporte público o zonas comerciales.

Zonas problemáticas: Es recomendable identificar áreas donde se producen comportamientos problemáticos de manera recurrente, como la acumulación de basura o el incumplimiento de normas de tránsito. En estos lugares, las señales pueden actuar como un recordatorio constante del comportamiento deseado, la importancia de intervenir en estos puntos para corregir conductas nocivas, intervenir en zonas específicas con problemas persistentes tiene un mayor impacto, ya que las personas que frecuentan estos lugares reciben un recordatorio constante de los comportamientos esperados.

Puntos clave de intersección: Las señales deben ubicarse en intersecciones, paradas de transporte público y entradas a edificios comunitarios o gubernamentales, parques públicos, ciclorrutas, donde la densidad de personas aumenta y la probabilidad de captar la atención es mayor, lo que les da más tiempo para leer y procesar la información. Estos puntos actúan como nodos de concentración donde la visibilidad de las señales es mayor.

- **Tecnología y herramientas para la implementación:** La tecnología puede ser una poderosa herramienta para promover los CUR. Por ejemplo, aplicaciones móviles que informen sobre prácticas urbanas responsables o que permitan denunciar infracciones pueden aumentar la efectividad de la estrategia. El uso de señales en dispositivos digitales resulta ser de mucha ayuda en estaciones de transporte masivo, paraderos de buses, al interior de los buses, estaciones de metro (Brakewood y Watkins, 2019; Nguyen y Mogaji, 2022) y en lugares de donde se debe realizar clasificación en la fuente de residuos, por ejemplo, puntos de reciclaje. Otro ejemplo de estos casos podría ser el uso de mensajes auditivos como ocurre en el metro de Medellín (Colombia). La inclusión de botones de pánico en los medios de transporte masivo y en algunos sectores de la ciudad conectados con la policía no solo disuaden a los criminales, sino que aumentan la percepción de seguridad.

La implementación de la estrategia debe ser gradual y adaptativa, permitiendo ajustes según los resultados obtenidos en cada fase. Es recomendable implementar la estrategia en fases, comenzando con proyectos piloto que permitan evaluar la efectividad de las acciones antes de una implementación a gran escala (Marans, 2015). La colaboración entre diferentes sectores es esencial para el éxito de la estrategia. Gobiernos locales, ONG, empresas y ciudadanos deben trabajar juntos para alcanzar los objetivos propuestos.

Estrategias para la evaluación de la estrategia educativa

Una vez implementadas las estrategias de señalización, es esencial medir su impacto y ajustar las acciones en función de los resultados obtenidos. La evaluación permite determinar si los mensajes y las señales están logrando los cambios de comportamiento deseados. Algunas estrategias clave incluyen las siguientes.

Encuestas de opinión y satisfacción: Las encuestas son una forma eficaz de medir la percepción ciudadana sobre las señales y los mensajes que transmiten, realizarlas es una forma efectiva de recoger opiniones sobre la señalización y evaluar si los mensajes están siendo entendidos y valorados. Marans (2015) sugiere la implementación de encuestas periódicas para medir el grado de satisfacción de los ciudadanos con las estrategias implementadas. De igual manera, recopilar datos cualitativos sobre cómo los ciudadanos interpretan las señales y si han cambiado su comportamiento en consecuencia (Schultz y Kaiser, 2012).

Observación directa: Este método implica la observación en campo de los comportamientos antes y después de la instalación de las señales. Geller (2002) argumenta que la observación directa permite identificar cambios en tiempo real, proporcionando una visión objetiva del impacto de las señales en los comportamientos cotidianos.

Análisis de datos: El análisis de datos sobre infracciones urbanas, quejas ciudadanas y reportes de limpieza pública, antes y después de la implementación de las señales, puede ofrecer una visión cuantitativa del impacto. Schultz y Kaiser (2012) recomiendan utilizar estos datos para ajustar y mejorar las estrategias a lo largo del tiempo. Utilizar sistemas de monitoreo como cámaras o sensores puede ayudar a rastrear los cambios a lo largo del tiempo.

Ajustes continuos: La retroalimentación y los resultados obtenidos deben guiar la optimización de las señales y los mensajes. Gifford (2011) sugiere que la capacidad de ajustar continuamente las estrategias, en función de la evaluación. Los resultados de las observaciones y encuestas deben servir para ajustar las señales, modificar los mensajes o reubicar las señales si es necesario. Este proceso de retroalimentación asegura que las intervenciones sean efectivas a largo plazo.

Finalmente, la estrategia debe incluir un plan de monitoreo y evaluación para asegurar que los objetivos se están cumpliendo y para realizar ajustes cuando sea necesario. Definir indicadores claros y medibles es esencial para evaluar el impacto de la estrategia en la promoción de CUR. Estos pueden incluir la reducción de infracciones urbanas, el aumento de la participación ciudadana o mejoras en la calidad de vida urbana (Schultz y Kaiser, 2012). Es fundamental contar con mecanismos de retroalimentación que permitan a los ciudadanos expresar sus opiniones y sugerencias, y estar preparados para ajustar la estrategia en función de esta retroalimentación (Gifford, 2011).

El diseño de estrategias educativas para promover Comportamientos Urbanos Responsables orientada a la convivencia mediante una señalización es un proceso complejo que requiere un enfoque integral, considerando factores educativos, comunicacionales, tecnológicos, y de diseño urbano. A través de una implementación cuidadosa y un monitoreo constante, es posible crear entornos urbanos más sostenibles, donde la convivencia y el respeto mutuo se conviertan en la rutina diaria.

Conclusiones

Este libro ha enfatizado la importancia de fomentar Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) en pro de la convivencia ciudadana y por consiguiente la calidad de vida en las ciudades. Estos comportamientos incluyen acciones como mantener relaciones armoniosas entre vecinos, reciclar, ahorrar agua, actuar de forma solidaria con quien esté en dificultad, hacer uso adecuado de los espacios públicos, adoptar perros y gatos abandonados y esterilizarlos, participar en las decisiones de planeación y gestión urbana, pagar impuestos, seguir las normas de tránsito y participar activamente en el desarrollo comunitario, entre otros. Los CUR son esenciales para la sostenibilidad de la vida urbana, por lo que las personas deben aprender a regular sus acciones de manera autónoma, siguiendo reglas que contribuyen a la convivencia, en lugar de depender de autoridades externas.

Al proponer mecanismos para la promoción de los CUR he sustentado el papel de la educación, sugiriendo que los ciudadanos deben ser educados sobre las reglas sociales y su importancia para la sostenibilidad de la vida en las ciudades. Esta educación fomenta una comprensión más profunda de cómo las acciones individuales impactan en la comunidad. La educación mediante la regulación del comportamiento a través de reglas verbales, presentadas en forma de leyes, manuales de convivencia, códigos de policía, educación cívica o normas sociales es fundamental, ya que guían el comportamiento incluso en ausencia de una autoridad externa, ayudando a mantener la integración social y la calidad de vida en los entornos urbanos.

He mostrado cómo los Comportamientos Urbanos Responsables pueden promoverse mediante imágenes en murales que pongan en el escenario urbano las prácticas sociales del pasado con el fin de crear o fortalecer la identidad urbana, con lo cual se espera que el ciudadano esté más dispuesto a seguir las reglas de convivencia de la ciudad. Igualmente, he propuesto hacer uso de la señalización urbana orientada hacia la adopción de reglas prosociales. La señalización urbana no solo debe cumplir su función tradicional de orientar a los ciudadanos en relación con el espacio urbano o sobre el seguimiento de normas de movilidad, sino también educar e incentivar prácticas culturales que favorezcan la convivencia. A través de mensajes claros, creativos e informativos, la señalización puede motivar a los ciudadanos a valorar su entorno tanto físico como social.

Asimismo, mediante el diseño de macro y metacontingencias dirigidas a grandes grupos poblacionales, haciendo ver los beneficios que se obtienen mediante la sumatoria de acciones colectivas, ya sea de manera individual o entrelazada. La implementación de estos conceptos en la planificación y gestión urbana ayuda a alinear los objetivos individuales con los beneficios colectivos, promoviendo prácticas sostenibles y responsables.

Los empujones —o *nudges*— con intervenciones sutiles orientan a las personas hacia comportamientos deseables sin imponer restricciones directas. Igualmente, los empujones pueden facilitar la toma de decisiones responsables, haciendo que la tarea sea fácil para el ciudadano.

El libro también discutió los desafíos específicos que enfrentan las ciudades latinoamericanas, respecto del derecho a la ciudad, como la desigualdad, la violencia y la inestabilidad política, los cuales

impactan significativamente la calidad de vida urbana. Se proponen soluciones como la implementación de políticas que reduzcan las disparidades de ingresos, el fortalecimiento de las instituciones de seguridad y la promoción de la inclusión social a través de la educación y las oportunidades económicas. En este contexto, la responsabilidad cívica se presenta como un aspecto fundamental de la vida urbana. Los ciudadanos deben ser educados no solo en seguir las reglas de convivencia, sino también en comprender su papel en el mantenimiento de un entorno urbano cohesivo y funcional.

Además, se destaca en el libro la importancia de la Ciencia Ciudadana en la promoción de los CUR. La Ciencia Ciudadana implica la participación de los ciudadanos en la recolección de datos y la observación de su entorno, lo cual no solo empodera a la comunidad, sino que también genera un conocimiento colectivo que puede influir en la toma de decisiones urbanas. Al involucrar a los ciudadanos en la vigilancia y mejora de su entorno, se refuerza la identidad urbana y responsabilidad hacia la ciudad, mediante la apropiación y el apego, lo que contribuye a la sostenibilidad y cohesión social.

La promoción de los CUR, en consecuencia, requiere un enfoque multifacético que incluya la educación, la participación comunitaria y el diseño de espacios públicos que fomenten interacciones sociales positivas. Los urbanistas y los responsables de políticas públicas deben adoptar un enfoque interdisciplinario, integrando conocimientos de la teoría en comunicación, psicología, pedagogía y urbanismo para crear entornos que fomenten los CUR. Estos comportamientos son vitales para la sostenibilidad de la vida urbana, ya que asegurar que los ciudadanos comprendan y adopten estos comportamientos contribuye a una comunidad más cohesiva y armoniosa, mejorando así las condiciones de vida urbana.

Además, la tecnología y el diseño urbano juegan roles significativos en la promoción de los CUR. El uso de tecnologías de ciudades inteligentes, como aplicaciones móviles y señalización interactiva, puede mejorar el compromiso ciudadano y fomentar comportamientos responsables en los espacios públicos. Las ciudades deben integrar la tecnología en su diseño para apoyar los CUR, utilizando señales interactivas y aplicaciones móviles para educar a los ciudadanos sobre comportamientos apropiados en los espacios públicos y proporcionar información en tiempo real sobre eventos comunitarios o temas ambientales.

Para fortalecer la educación en normas sociales, es necesario desarrollar programas formativos que enseñen a los ciudadanos la importancia de estas reglas y el impacto de su comportamiento en el entorno urbano. Estos procesos deben iniciarse desde edades tempranas y mantenerse a lo largo de la vida.

Un componente central para el sostenimiento de los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) como prácticas culturales es la formación en asertividad. Esta permite que las personas estén dispuestas a señalar, de manera respetuosa y con respaldo normativo, el incumplimiento de reglas por parte de otros ciudadanos, así como a aceptar dichas observaciones.

Asimismo, las autoridades deben promover la participación comunitaria en la planificación urbana y en los procesos de toma de decisiones, lo cual favorece una mayor apropiación de las normas sociales y una mejor adhesión a los CUR.

El desarrollo de espacios públicos inclusivos constituye un aspecto clave. Estos deben diseñarse de manera que sean accesibles para todos los ciudadanos, independientemente de su edad, capacidades o contextos. A su vez, deben facilitar la interacción social y promover su apropiación y cuidado a través de diversas actividades culturales, incluida la protesta.

Por otra parte, es fundamental fomentar la responsabilidad cívica mediante campañas públicas que resalten la importancia de los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR), utilizando distintos medios de comunicación para alcanzar a una amplia audiencia y reforzar el mensaje de una vida urbana responsable.

En conjunto, estas conclusiones y recomendaciones subrayan la necesidad de un enfoque integral para promover comportamientos responsables en los entornos urbanos, con miras a garantizar la sostenibilidad a largo plazo y mejorar la calidad de vida en las ciudades. En esta misma línea, el diseño de espacios públicos que incentiven la interacción social resulta determinante, ya que, como señala Muñoz (2011), un enfoque inclusivo puede fortalecer el sentido de responsabilidad hacia los espacios compartidos.

Se ha subrayado también la necesidad de una corresponsabilidad entre ciudadanos, autoridades y organizaciones para mantener un entorno urbano armonioso. La corresponsabilidad implica que todos los actores en la ciudad tienen un papel crucial en la promoción y mantenimiento de los CUR. No se trata solo de cumplir con las leyes y normativas, sino de adoptar un compromiso personal y colectivo con el bienestar común. Se destaca cómo las costumbres y la cultura local influyen significativamente en la adopción de los

CUR, y cómo es fundamental que cualquier estrategia para promover estos comportamientos considere las particularidades culturales de la comunidad. Adaptar las reglas y campañas educativas a las normas sociales locales puede aumentar la efectividad de estas iniciativas y fomentar un mayor cumplimiento.

Uno de los desafíos identificados es la insensibilidad de algunos ciudadanos al cumplimiento de las normas, un problema que se debe, en muchos casos, a la percepción de que las consecuencias de no seguirlas no son inmediatas o significativas. Para abordar este problema, se recomienda aumentar la visibilidad de las consecuencias de las acciones individuales y hacer que las normas sean más relevantes y comprensibles para todos los ciudadanos.

El diseño urbano también juega un rol educativo crucial en la promoción de los CUR. Los espacios públicos deben ser concebidos no solo como lugares de tránsito o recreación, sino también como entornos donde los ciudadanos puedan aprender sobre la convivencia y el respeto mutuo. El uso de señalización creativa y educativa, así como la integración de tecnología interactiva, puede convertir a la ciudad en un espacio de aprendizaje continuo.

Fomentar una cultura de respeto y solidaridad es esencial para la convivencia urbana. Las iniciativas comunitarias, como los eventos culturales y las actividades de voluntariado, pueden ayudar a fortalecer los lazos sociales y a promover una mayor comprensión entre los distintos grupos de la comunidad. Estas actividades no solo mejoran la cohesión social, sino que también refuerzan el sentido de pertenencia y responsabilidad hacia el entorno urbano. Se sugiere la implementación de incentivos para aquellos ciudadanos que demuestren un comportamiento ejemplar en relación con los

CUR. Estos incentivos pueden incluir desde descuentos en servicios públicos hasta reconocimientos públicos o beneficios fiscales. El reconocimiento de los esfuerzos individuales y colectivos puede motivar a más personas a adherirse a las normas y contribuir al bienestar común.

Para que las normas sean efectivas, es fundamental que los ciudadanos confíen en las instituciones que las emiten y supervisan. Las autoridades deben trabajar para fortalecer su credibilidad mediante la transparencia, la equidad y la coherencia en la aplicación de las leyes. Una mayor confianza en las instituciones facilitará el cumplimiento voluntario de las normas y contribuirá a una convivencia más armónica.

En contextos urbanos complejos, donde coexisten múltiples intereses y expectativas, la negociación y el diálogo entre las partes interesadas son esenciales. Las autoridades locales deben facilitar espacios de diálogo donde los ciudadanos puedan expresar sus necesidades y preocupaciones, y trabajar juntos para encontrar soluciones que beneficien a la mayoría. Este enfoque colaborativo es clave para la resolución de conflictos y la promoción de una convivencia pacífica.

La educación en los CUR no debe limitarse a la escuela, sino que debe ser un proceso continuo a lo largo de la vida. Se recomienda la creación de programas de educación continua que ofrezcan a los ciudadanos la oportunidad de aprender y reflexionar sobre su comportamiento en el entorno urbano. Estos programas pueden incluir talleres, cursos en línea y campañas de concienciación pública.

Finalmente, es crucial monitorear y evaluar regularmente el impacto de las estrategias implementadas para promover los CUR.

Las autoridades deben recopilar datos sobre la efectividad de las campañas educativas, los cambios en el comportamiento ciudadano y la percepción de la calidad de vida en la ciudad. Estos datos pueden utilizarse para ajustar las políticas y programas, garantizando que sigan siendo relevantes y efectivos a lo largo del tiempo.

Para garantizar la adopción de CUR es necesario, no obstante, compartir ideales y mitos comunes acerca de lo que debe ser la sociedad (Harari, 2010). Las ideas presentadas en este libro pueden funcionar. No obstante, en grandes sociedades con muchos miembros los imaginarios que tenemos de la vida en sociedad deben cooperar hacia fines comunes. Mitos comunes como la religión, la democracia, la nacionalidad, la justicia o los derechos humanos —como los denomina Harari (2010)— deben cooperar hacia fines comunes.

Uno de estos mitos es la convivencia. Aunque en la ciudad las relaciones se establecen principalmente entre desconocidos, las personas pueden cooperar cuando comparten creencias o imaginarios comunes. En este sentido, la idea de igualdad —aunque no se cumpla plenamente en términos biológicos o culturales— funciona como un principio orientador que contribuye a la estabilidad social.

Si bien estos mitos son, en esencia, construcciones intersubjetivas, tanto la sociedad como los gobiernos deben promoverlos como referentes que guíen la acción colectiva. Desde edades tempranas, a través de instituciones como la familia, la escuela o la religión, los individuos son socializados en estos principios, que forman parte de una red de significados compartidos y de una conciencia colectiva.

De manera análoga a como se participa en un juego como el fútbol siguiendo sus reglas, las personas deben aprender los principios que hacen posible la vida en sociedad. Es a través de estas reglas —aprendidas mediante procesos de aculturación y asimilación— que los individuos pueden integrarse y participar activamente en el entramado cultural.

Esta propuesta no surge del vacío, sino que se fundamenta en la experiencia histórica, en la investigación y puesta a prueba de teorías de las ciencias del comportamiento y la educación, y en la evolución misma de la vida urbana. A lo largo del tiempo, las ciudades que han promovido activamente conductas basadas en el respeto al otro, en la regulación propia del comportamiento, el diseño del ambiente físico, en el cuidado de lo común y en la participación cívica, han alcanzado mejores niveles de habitabilidad, cohesión social y equidad. Esta afirmación encuentra respaldo empírico en los indicadores globales de calidad de vida urbana, que muestran una correlación directa entre la presencia de Comportamientos Urbanos Responsables y factores como la seguridad, el acceso a bienes colectivos, la sostenibilidad ambiental y la confianza institucional.

Desde una mirada epistemológica, esta obra adopta una posición crítica frente a los modelos que reducen el comportamiento ciudadano a normas impuestas o a respuestas individuales frente al castigo o la recompensa. Por el contrario, se plantea que lo deseable para la ciudadanía en términos de comportamiento no debe definirse de forma autoritaria ni abstracta, sino a partir de un

proceso histórico, participativo y contextualizado que reconozca las prácticas sociales articuladas y orientadas hacia fines comunes, con beneficios colectivos, a manera de macro y metacontingencias que han demostrado ser exitosas —o al menos necesarias— para la convivencia urbana.

En este sentido, la noción de los CUR se configura como una herramienta interpretativa y propositiva, que permite articular la acción individual con los fines colectivos, y orientar las políticas públicas, las intervenciones pedagógicas y las estrategias de comunicación hacia una transformación cultural de largo plazo.

Así, la epistemología que sustenta esta propuesta se sitúa en la confluencia entre la ética pública, la psicología ambiental, la sociología y la pedagogía urbanas. No se trata simplemente de inducir buenos modales o de reforzar fuera de contexto el cumplimiento de normas, sino de construir ciudad desde la corresponsabilidad ciudadana, entendida como un proceso de apropiación responsable del espacio urbano y de los derechos y deberes que este implica. Promover Comportamientos Urbanos Responsables, por tanto, no es solo una apuesta normativa o técnica, sino una propuesta para el fortalecimiento de la democracia urbana y de la vida en común en contextos cada vez más complejos y diversos.

No crea el lector que promover los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) es una tarea fácil; es una labor compleja que requiere un enfoque integrado y sostenido de gestión. A través de la educación, el diseño urbano, la participación comunitaria, mediante la Ciencia Ciudadana y la implementación de políticas inclusivas, es posible construir ciudades más habitables, seguras y equitativas.

Los CUR no solo mejoran la calidad de vida en las ciudades, sino que también fortalecen la cohesión social y la sostenibilidad a largo plazo. En este proceso, todos los actores urbanos —ciudadanos, autoridades y organizaciones— tienen un papel esencial que desempeñar para alcanzar el ideal de una convivencia armónica y responsable en los entornos urbanos. La implementación de estas recomendaciones y la adopción de un enfoque holístico en la promoción de los CUR no solo beneficiarán a las generaciones presentes, sino que también garantizarán un futuro sostenible y armonioso para las ciudades del mañana.

Al definir los CUR como “conductas deseables”, o “comportamientos apropiado”, orientados a “fines colectivos de convivencia” lleva a preguntar quién posee la autoridad para determinar qué comportamientos deben ser promovidos, premiados o sancionados. Algunas personas podrían objetar que ciertos criterios de limpieza, orden, estética, seguridad o uso apropiado del espacio público expresan los valores de los sectores sociales dominantes y pretenden imponerse a grupos cuyas formas de apropiación de la ciudad son diferentes. De este modo, la promoción de los CUR podría interpretarse como un dispositivo de normalización social mediante el cual los grupos dominantes establecen qué significa ser un “buen ciudadano”, afectando con ello la diversidad cultural, la espontaneidad, la protesta o el derecho de las personas a utilizar y resignificar los espacios públicos urbanos.

Estas objeciones son importantes de tomarse en serio porque ninguna propuesta de educación ciudadana debería asumir que aquello que una autoridad considera conveniente es, por ser autoridad, legítimo. El planteamiento de este libro no identifica

los CUR con la obediencia ciega a la autoridad ni afirma que los comportamientos deseables deban ser definidos unilateralmente por gobernantes, urbanistas, expertos o grupos socialmente privilegiados. Por el contrario, he planteado que lo que se considera deseable para la ciudadanía no debe definirse de manera autoritaria, sino mediante mecanismos participativos y contextualizados, orientados hacia fines comunes y beneficios colectivos.

En consecuencia, es importante distinguir entre la normativa impuesta y la construcción democrática de las reglas orientadas hacia la convivencia. Las sociedades necesitan reglas para hacer posible la coexistencia, especialmente en las ciudades, donde millones de personas con intereses, valores y estilos de vida diferentes comparten espacios y recursos limitados, más aun dentro del proceso migratorio que vive actualmente el mundo. La cuestión relevante no es, si deben existir reglas, sino cómo se definen, quiénes participan en su formulación, qué derechos protegen, a quiénes benefician y mediante qué procedimientos pueden cuestionarse y modificarse. Los CUR adquieren legitimidad en la medida en que sean resultado de acuerdos construidos mediante mecanismos democráticos de participación —consejos locales, organizaciones comunitarias, consultas ciudadanas, procesos de planeación participativa y otros escenarios deliberativos— y no simplemente de decisiones tomadas por los gobernantes. Esta dimensión participativa es consistente con la importancia que el libro concede a la ciencia ciudadana, mediante la cual la comunidad participa en la producción de información capaz de influir en las decisiones sobre la ciudad.

Desde esta perspectiva, no existe una jerarquía de los CUR perteneciente a una clase social privilegiada. Acoger las normas de la

movilidad, cuidar un parque, no arrojar residuos a la calle, respetar a los peatones, reducir el desperdicio de agua y energía, reciclar, recoger los excrementos de la mascota, no perturbar a los vecinos, pagar por los servicios públicos utilizados, pagar impuestos, proteger el patrimonio común, ayudar a una persona en dificultad o ser solidarios ante las catástrofes, no constituyen, en sí mismos, valores de una élite. Son prácticas cuyos beneficios pueden extenderse al conjunto de la población. Este libro vincula explícitamente los CUR con el derecho de todas las personas a habitar, usar, ocupar, producir, gobernar y disfrutar de ciudades justas, inclusivas, seguras, sostenibles y democráticas, así como con el acceso libre y equitativo al entorno urbano, sin distinciones derivadas de la condición social de los individuos.

No quiero desconocer que determinadas expresiones urbanas pueden generar conflictos. Los bloqueos como parte de las protestas, el grafiti, las ventas informales, las manifestaciones políticas, o algunas formas de apropiación territorial de los jóvenes, muestran que el espacio público no puede reducirse a un escenario de orden y obediencia. Es también un lugar para el encuentro entre diferentes, la expresión cultural, la apropiación, el conflicto y la construcción de democracia. El asunto no se resuelve calificando una práctica como “apropiada” o “inapropiada”, sino preguntando por sus consecuencias sobre los derechos de los demás, sobre los bienes compartidos y sobre las posibilidades de convivencia. La perspectiva de los CUR reconoce el espacio público como escenario simultáneo de apropiación, conflicto, experimentación social y construcción democrática.

También es necesario anteponerse a la crítica según la cual la regulación que propone el libro podría no ser verdadera autonomía,

sino simplemente una interiorización eficaz de reglas establecidas previamente, respaldadas por mecanismos de adoctrinamiento, multas y otras sanciones. El planteamiento central de la obra es el contrario: una ciudad que depende permanentemente del policía, la multa o la amenaza de castigo no ha conseguido desarrollar una cultura ciudadana suficientemente consolidada. La finalidad educativa de los CUR consiste en que las personas comprendan las consecuencias de sus actuaciones y regulen autónomamente su comportamiento, porque reconocen los beneficios que determinadas prácticas generan para sí mismas y para los demás -macro y metacontingencias-. Como lo enfatizo a lo largo de esta obra, las personas deben aprender a regular sus acciones de manera autónoma, en vez de depender continuamente de autoridades externas.

La sanción no constituye el núcleo de la propuesta educativa. Puede existir como recurso dentro del ordenamiento jurídico democrático para proteger derechos y bienes colectivos, pero no debe ser el principal instrumento de formación ciudadana. El énfasis debe recaer en hacer visibles las consecuencias positivas de la cooperación y en crear condiciones físicas, sociales y educativas que faciliten el comportamiento responsable. De ahí el énfasis por la señalización urbana educativa, el diseño urbano, la educación formal e informal, la participación comunitaria y estrategias como los nudges o “empujones”, que buscan hacer más sencilla la elección responsable sin imponer restricciones directas, sino en la formación en reglas para la convivencia.

Las macrocontingencias y metacontingencias deben interpretarse en esta misma dirección; son estrategias para

hacer visibles las relaciones entre las acciones individuales e interdependientes con sus consecuencias benéficas colectivas. Ahorrar agua puede parecer irrelevante desde la perspectiva de una sola persona; hacerlo colectivamente puede contribuir significativamente a preservar un recurso común. Algo semejante ocurre con el reciclaje, el pago de impuestos, la movilidad sostenible, la reducción del consumo energético o el cuidado del espacio público. El propósito es mostrar que la sumatoria o articulación de muchas acciones individuales y entrelazadas produce resultados que ningún individuo conseguiría aisladamente, alineando así intereses individuales y beneficios colectivos.

Además, los CUR no constituyen una invención normativa particular de una sociedad o de un sector social. Muchas de las prácticas defendidas en este libro encuentran equivalentes en culturas y ciudades diferentes porque han mostrado su utilidad para resolver problemas inherentes a la convivencia: cuidar bienes comunes, proteger al peatón, preservar recursos naturales, controlar niveles excesivos de ruido, cumplir obligaciones colectivas o actuar de forma solidaria con quien lo necesita. Las formas específicas mediante las cuales estas prácticas se expresan pueden variar culturalmente, pero el principio que las sustenta permanece: la libertad individual debe coexistir con la posibilidad de que los demás ejerzan también sus libertades y derechos. La experiencia comparada entre ciudades y países constituye precisamente uno de los fundamentos empleados para examinar los CUR y su relación con la habitabilidad, la sostenibilidad y la convivencia.

La libertad, por tanto, no se concibe como ausencia absoluta

de regulación. En una ciudad, mi libertad para conducir un vehículo encuentra un límite en la seguridad del peatón; mi libertad para producir ruido, en el derecho del vecino al descanso; mi libertad para disponer de mis residuos, en el derecho colectivo a un ambiente sano; y mi derecho a apropiarme simbólicamente del espacio público debe coexistir con el derecho de otros a utilizarlo. Esta reciprocidad opera igualmente frente al poder: la autoridad tampoco puede invocar la convivencia para eliminar la protesta, censurar expresiones culturales, excluir poblaciones o imponer una determinada concepción estética de la ciudad. La convivencia democrática exige límites tanto para las acciones individuales que lesionan derechos ajenos como para las actuaciones institucionales que restringen injustificadamente las libertades ciudadanas.

El propósito de los CUR es contribuir a formar ciudadanos corresponsables, no obedientes, capaces no solo de seguir reglas legítimas, sino también de comprenderlas, discutirlos, participar en su construcción, evaluar sus consecuencias y reclamar su modificación cuando resulten injustas, discriminatorias o contrarias al bien común. En consecuencia, la pregunta “¿quién define qué conducta merece ser enseñada, promovida o corregida?” no menoscaba la propuesta de los CUR; por el contrario, permite precisar una condición fundamental de su legitimidad. No la define el autor de este libro, ni el gobernante, ni el policía, ni el urbanista, ni una clase social particular. Debe ser construida por la ciudadanía mediante procedimientos democráticos, la mayor evidencia disponible derivada del conocimiento científico, la deliberación pública y la evaluación de las consecuencias que las prácticas producen sobre el bienestar colectivo y los derechos

individuales. Los CUR son legítimos cuando se orientan a proyectos de ciudadanía compartidos, amplían —en lugar de restringir arbitrariamente— las posibilidades de convivencia y pueden ser sometidos permanentemente al escrutinio ciudadano.

La propuesta de los Comportamientos Urbanos Responsables no pretende sustituir la libertad por disciplina, sino preguntarse qué condiciones culturales, educativas, sociales y espaciales permiten que personas diferentes ejerzan sus libertades sin destruir las condiciones que hacen posible la libertad de los demás. Los CUR no constituyen una tecnología de control social al servicio de determinados sectores, sino una propuesta de corresponsabilidad y aprendizaje colectivo destinada a fortalecer el derecho a la ciudad, la democracia urbana y la convivencia en sociedades plurales.

Referencias

- Altaman, I, y Low, S (1992) *Place Attachment*. Plenum Publishing.
- Augé, M (1989). *Los No Lugares*. Gedisa.
- Arnstein, S. R. (2019). A ladder of citizen participation. *Journal of the American Planning Association*, 85(1), 24-34. <https://doi.org/10.1080/01944363.2018.1559388>.
- Bachman, W.; Kattzev, R. (1982). The effects of non-contingent free bus tickets and personal commitment on urban bus ridership. *Transportation Research*, 16A, 103-108.
- Bermúdez-Merizalde, J. (2023). *Por qué incumplimos la Ley*. Ariel.
- Biti, M., y Cvjetković, M. (2023). Reflections on Causes and Implications of Information Overload. *Noesis*, 3(1), 25-35. https://noesis.cristo.ro/wp-content/uploads/Noesis_1_2023.pdf#page=25.
- Blackmore, S (2000). *The meme machine*. Oxford University Press.
- Bokharaei, S., y Nasar, J. L. (2023). Investigating effects of environmental, and physical attributes on neighborhood walkability. *City and Environment Interactions*, 20, 100114. <https://doi.org/10.1016/j.cacint.2023.100114>.
- Bonney, R., Phillips, T. B., Ballard, H. L., y Enck, J. W. (2016). Can Citizen Science Enhance Public Understanding of Science? *Public Understanding of Science*, 25(1), 2-16. DOI:10.1177/0963662515607406.
- Brakewood, C., y Watkins, K. (2019). A literature review of the passenger benefits of real-time transit information.

Transport Reviews, 39(3), 327-356. <https://doi.org/10.1080/01441647.2018.1472147>.

Campbell, A., Converse, P. E., y Rodgers, W. L. (1976). *The Quality of American Life: Perceptions, Evaluations, and Satisfaction*. Russell Sage Foundation.

Camps, V., y Giner, S. (1998). *La ética de la responsabilidad: los dilemas de la civilización tecnológica*. Paidós.

Catania, A. C., Matthews, B. A., y Shimoff, E. (1989). An experimental analysis of rule-governed behavior. En S. C. Hayes (Ed.), *Rule-governed behavior: Cognition, contingencies, and instructional control* (pp. 119-150). Plenum Press.

Cerutti, D. T. (1989). Discriminative versus contiguity accounts of the effects of instructional control. En S. C. Hayes (Ed.), *Rule-governed behavior: Cognition, contingencies, and instructional control* (pp. 205-232). Plenum Press.

Clayton, M.; Helms, B. y Simpson, C. (2006). Active prompting to decrease cell phone use and increase seat belt use while driving. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 39(3), pp. 341-349.

Cohn, A., Maréchal, M. A., Tannenbaum, D., y Zünd, C. L. (2019). Civic honesty around the globe. *Science*, 365(6448), 70-73. <https://doi.org/10.1126/science.aau8712>.

Contreras, E. R. (2013). El concepto de estrategia como fundamento de la planeación estratégica. *Pensamiento y Gestión*, (35), 152-181. <https://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/pensamiento/article/view/6115>.

- Corral-Verdugo, V (2009). *Conductas protectoras del ambiente*. Plaza y Valdés.
- Cuesta, J. (2010). *Espacios públicos y señalización en la ciudad contemporánea*. Editorial Universitaria.
- D'Alessandro, D., Appolloni, L., y Capasso, L. (2016) How walkable is the city? Application of the walking suitability Index of the territory (T-WSI) in the town of Rieti (Lazio Region, Central Italy) *Epidemiologia e prevenzione*, 40, 237-237.
- Dawkins , R. (1976). *The Selfish Gene*. Oxford University Press.
- Díaz-Beltrán, L.-V. y Páramo, P. (2024). Teaching pro-environmental rules: Implications for environmental education and climate change]. *Revista Española de Pedagogía*, 82 (289), <https://doi.org/10.22550/2174-0909.4175>.
- Dickinson, J. L., Shirk, J., Bonter, D., Bonney, R., Crain, R. L., Martin, J., y Purcell, K. (2012). The Current State of Citizen Science as a Tool for Ecological Research and Public Engagement. *Frontiers in Ecology and the Environment*, 10(6), 291-297. DOI:10.1890/110236.
- Diego Guerrero MINISTRO N.M.C. (2023). Min Ambiente 2023: Experimento social desperdicio de agua [Video]. YouTube. [El video aborda la necesidad de la acción consciente contra el desperdicio de agua, un elemento vital].
- Everett, P. B. (1982). Reinforcement theory strategies for modifying transit ridership. En I. Altman, J. F. Wohlwill, & P. B. Everett (Eds.), *Transportation and behavior: Human behavior and environment: Advances in theory and research* (Vol. 5, pp. 63–84). Plenum Press.

- Gallup. (2025).** *The 2025 Global Safety Report: A safer world in unsafe times.* Gallup.
- García Pachón, M. (2019).** Presentación. En M. P. García Pachón (Ed.), *Procedimiento sancionatorio ambiental: 10 años de la Ley 1333 de 2009* (pp. 17–20). Universidad Externado de Colombia. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1ko3sf6.3>
- Gazis, A., y Katsiri, E. (2023).** E-polis: A serious game for the gamification of sociological surveys. En 2023 *International Conference on Applied Mathematics & Computer Science (ICAMCS)* (pp. 154–161). IEEE. <https://doi.org/10.1109/ICAMCS59110.2023.00032>
- Geller, E. S. (2002).** The challenge of increasing pro-environment behavior. In R. G. Bechtel y A. Churchman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology* (pp. 525–540). Wiley.
- Gibson, J. J. (1979).** *The ecological approach to visual perception.* Houghton Mifflin.
- Gifford, R. (2011).** The dragons of inaction: Psychological barriers that limit climate change mitigation and adaptation. *American Psychologist*, 66(4), 290–302. <https://doi.org/10.1037/a0023566>.
- Glenn, S. S., y Malott, M. E. (2020).** Systems, metacontingencies, and cultural behavior analysis: Beyond individual behavior. *Behavior and Social Issues*, 29(1), 23–35.
- Gómez, M. E., Pérez, C., y Luciano, C. (2006).** Insensibilidad a las contingencias y reglas verbales. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 6(1), 57–75.

- Gómez, M. M. (2013).** El espacio público y la cultura ciudadana. Ciudadanía construida, ciudadanía decretada. *Forum. Revista Departamento de Ciencia Política*, (4), 59-81. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/forum/article/view/43742>.
- Gómez Ayala D. A. y Páramo P. (2023).** Diseño y validación de un cuestionario para la evaluación de la calidad de vida de las mascotas (perros y gatos) bajo el enfoque Una Salud. *Revista de Medicina Veterinaria*, (46), e0003. <https://doi.org/10.19052/mv.vol1.iss46.3>
- Guerin, B. (2001).** Individuals as social relationships: 18 ways that acting alone can be thought of as social behavior. *Review of General Psychology*, 5(4), 406-428.
- Gunderson, R., y Yun, S. (2021).** Building energy democracy to mend ecological and epistemic rifts: An environmental sociological examination of Seoul's One Less Nuclear Power Plant initiative. *Energy Research & Social Science*, 72, Article 101884. <https://doi.org/10.1016/j.erss.2020.101884>
- Harari, Y (2010).** *De animales a dioses*. DEBATE
- Harte, C., Barnes-Holmes, D., Barnes-Holmes, Y., y Kissi, A. (2020).** The study of rule-governed behavior and derived stimulus relations: Bridging the gap. *Perspectives on Behavior Science*, 43(2), 361-385. <https://doi.org/10.1007/s40614-020-00256-w>.
- Hayes, S. C., & Hayes, L. J. (1989).** The verbal action of the listener as a basis for rule-governance. In S. C. Hayes (Ed.), *Rule-governed behavior: Cognition, contingencies, and instructional control* (pp. 153-190). Plenum.

- Hodgson, G. (2006).** What are institutions? *Journal of Economic Issues*, 40(1), 1–25. <https://doi.org/10.1080/00213624.2006.11506879>
- Hollenstein, D., y Bleisch, S. (2016).** Walkability for different urban granularities. *The International Archives of the Photogrammetry, Remote Sensing and Spatial Information Sciences*, XLI-B2, 703–708. <https://doi.org/10.5194/isprs-archives-XLI-B2-703-2016>
- Ibáñez, R. (2014).** *La señalética y su impacto en los espacios urbanos*. Fondo Editorial Universitario.
- Jacobs, J (1961).** *The dead and Life of Great American Cities*. Random House.
- Kissi, J., Appiah, E., y Afful, J. (2017).** Rule-governed behavior and insensitivity to contingencies: A review. *Behavior Analysis in Practice*, 10(2), 220–229. <https://doi.org/10.1007/s40617-017-0179-8>.
- Kamalu, Ngozi C. y Onyeozili, Emmanuel C. (2018)** A critical analysis of the ‘broken windows’ policing in New York City and its impact: Implications for the criminal justice system and the African American community. *African Journal of Criminology and Justice Studies*, 11(1), 71–94. <https://digitalscholarship.tsu.edu/ajcjs/vol11/iss1/6>
- Kontokosta, C. E., Johnson, N., y Schloss, A. (2016).** *The quantified community at Red Hook: Urban sensing and citizen science in low-income neighborhoods*. Bloomberg Data for Good Exchange Conference. <https://arxiv.org/abs/1609.08780>

- Korosek-Serfaty, P. (1976).** Appropriation of space: An environmental psychological approach. *Environmental Psychology*, 3(2), 12-22.
- Kullenberg , C., y Kasperowski, D. (2016).** What is Citizen Science? – A Scientometric Meta-Analysis. *PLOS ONE*, 11(1), e0147152. DOI:10.1371/journal.pone.0147152.
- Kunkel, J. H. (1997).** The role of rules in behavior analysis. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 30(4), 663-666. <https://doi.org/10.1901/jaba.1997.30-663>.
- Laitio, T. (2024, September 10).** Six principles of convivencia. Policies for Convivencia. <https://tommilaitio.substack.com/p/six-principles-of-convivencia>
- Lemos, R. F., y Glenn, S. S. (2019).** Analyzing cultural phenomena using metacontingency and macrocontingency concepts: A case study of urban waste management in Brazil. *Behavior and Social Issues*, 28(1), 5-19.
- Lofland, L.H. (1998).** *The Public Realm*. Routledge
- Marans, R. W. (2015).** Quality of urban life y environmental sustainability studies: Future linkage opportunities. *Habitat International*, 45, 47-52. <https://doi.org/10.1016/j.habitatint.2014.06.019>.
- Margulis, M. (2002).** *Señalética en espacios públicos: Teoría y práctica*. Editorial Técnica.
- Martínez García, A. (2008).** *Reglas sociales y su transformación*. Ediciones Académicas.

- Masso, A., et al. (2013).** Urban space appropriation: A cross-cultural study of environmental and social factors. *Journal of Environmental Psychology*, 35(4), 47- 61.
- Mattaini, M. A., y Thyer, B. A. (1996).** *Finding solutions to social problems: Behavioral strategies for change*. American Psychological Association.
- Méndez, D. R. (2024).** Toward a procedure to study rule-governed choice: Preliminary data. *The Analysis of Verbal Behavior*, 40, 280–305. <https://doi.org/10.1007/s40616-024-00206-6>
- Montesquieu, C. de Secondat (1748/2015).** *Del espíritu de las leyes*. Fondo de Cultura Económica.
- Moreno, A. (2008).** Urban quality of life and cultural integration: The case of Lisbon. *Cities*, 25(4), 240-249.
- Muñoz, M.C. (2011).** El diseño inclusivo como mediador para la transformación social. *Traza* (4), 1-8. <https://ciencia.lasalle.edu.co/tr/vol1/iss4/8/>.
- Narváez Mora, E. (2011).** El aspecto interno y externo de las reglas sociales. *Revista de Estudios Sociales*.
- Newman, O. (1973).** *Defensible Space: Crime Prevention Through Urban Design*. Macmillan Pub Co.
- Nguyen, N. P., y Mogaji, E. (2022).** Information technology for enhancing transportation in developing countries. In *Management and information technology in the digital era: Challenges and perspectives* (pp. 81-94). Emerald Publishing Limited. <https://doi.org/10.1108/S1877-636120220000029006>.

O'Brien, D.T. y Chelsea Farrell, C., y Welsh B.C. (2019) Looking through broken windows: The impact of neighborhood disorder on aggression and fear of crime is an artifact of research design. *Annual Review of Criminology*, 2, 53–71. <https://doi.org/10.1146/annurev-criminol-011518-024638>

Origen Red de Liderazgo. (2023). Los verdaderos cambios se logran #MejorEnColectivo [Video]. YouTube. [El video enfatiza la necesidad de la unidad y la acción colectiva sobre la queja individual para lograr cambios].

Páramo, P. (2019). La educación en reglas morales. *Revista Colombiana de Educación*, 76, 195-222. doi: 10.17227/rce.num76-7980.

Páramo, D. (2017). Cultura y comportamiento humano. *Pensamiento y Gestión*, (42), 1-5. <https://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/pensamiento/article/view/10353>.

Páramo, P. (2013a). Comportamiento urbano responsable: las reglas de convivencia en el espacio público. *Revista Latinoamericana de psicología*, 45(3), 473-485. <https://doi.org/10.14349/rlp.v45i3.1488>.

Páramo, P. (2013b). Convivencia y espacio público en Bogotá. *Revista de Estudios Sociales*, 46, 55-68.

Páramo, P (2011). *Sociolugares*. Universidad Piloto de Colombia.

Páramo, P. (2010). Aprendizaje situado: creación y modificación de prácticas sociales en el espacio público urbano. *Psicología y Sociedad*, 22(1), 130–138. <https://doi.org/10.1590/S0102-71822010000100016>.

- Páramo, P. (2010).** El espacio público y la convivencia ciudadana. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 3(5), 5-20.
- Páramo, P. (2007).** Ciudadanía y espacio público: un análisis desde la psicología social. *Universitas Psychologica*, 6(2), 21- 31.
- Páramo, P., Burbano, A., Ojeda, G., y Angulo, E (2025).** La señalización urbana orientada a la convivencia. *Revista de Arquitectura (Bogotá)*, 27(1), 143–161. <https://doi.org/10.14718/RevArq.2025.27.5402>
- Páramo, P., y Burbano, A. (2021).** Diseño de macro y metacontingencia para la promoción del comportamiento proambiental y urbano responsable. *CES Psicología*, 14(1), 36–48. <https://doi.org/10.21615/cesp.14.1.4>.
- Páramo, P. y Burbano, A. (2019).** Gramática Espacial Urbana: la orientación espacial guiada por reglas verbales. *Psicogente* 22(41), 1-25. <https://doi.org/10.17081/psico.22.41.3313>.
- Páramo, P. y Contreras, M. M. (2018).** Formación ciudadana en Comportamientos Urbanos Responsables: etnografía rápida orientada a la convivencia en el espacio público urbano. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 11(22). <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cvu11-22.fccu>.
- Páramo, P y Cuervo, M (2014).** *Historia social situada en el espacio público de Bogotá, desde su fundación hasta el siglo XIX.* Universidad Pedagógica Nacional.
- Páramo, P y Cuervo, M (2009).** *La experiencia urbana en el espacio público de Bogotá en el siglo XX.* Universidad Pedagógica Nacional-Universidad Santo Tomás.

- Park, J., y Fujii, S. (2023).** Civic engagement in a citizen-led living lab for smart cities: Evidence from South Korea. *Urban Planning*, 8(2), 93–107. <https://doi.org/10.17645/up.v8i2.6361>
- Pinilla, F. (2019).** El fundamento moral de los Comportamientos Urbanos Responsables. *Revista Colombiana de Educación*, 76, 243-264.
- Pol, E. (2002).** The theoretical background of the city-identity-sustainability network. *Environment and Behavior*, 34(1), 8-25.
- Poplin, A. (2011).** Playful public participation in urban planning: A case study for online serious games. *Computers, Environment and Urban Systems*, 35(6), 494–504. <https://doi.org/10.1016/j.compenvurbsys.2011.10.003>.
- Preciado, Á. y Guzmán, R. H. (2011).** Uses and practices of strategic communication in public and political organizations. *Folios, Revista de la Facultad de Comunicaciones y Filología*, (25), 49–73. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/folios/article/view/10599>
- Proshansky, H. M., Fabian, A. K., & Kaminoff, R. (2014).** Place-identity: Physical world socialization of the self (1983). In J. J. Gieseking, W. Mangold, C. Katz, S. Low, & S. Saegert (Eds.), *The people, place, and space reader* (pp. 77–81). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315816852-15>
- Rivlin, L. G. (2007).** Found spaces: Freedom of choice in public life. En K. A. Franck y S. Tevens, *Possibility and diversity in urban life* (pp. 38-53). Routledge.

- Roy, D., Berry, E., y Dempster, M. (2022). "If it is not made easy for me, I will just not bother". A qualitative exploration of the barriers and facilitators to recycling plastics. *Plos one*, 17(5), e0267284. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0267284>.
- Sableman, M. (2016). Typographic legibility: Delivering your message effectively. *Scribes Journal of Legal Writing*, 17, 9–32. <https://www.thompsoncoburn.com/docs/default-source/default-document-library/typographic-legibility-article-as-published.pdf>
- Saracevic, S., y Schlegelmilch, B. B. (2021). The Impact of Social Norms on Pro-Environmental Behavior: A Systematic Literature Review of The Role of Culture and Self-Construal. *Sustainability*, 13(9), 5156. <https://doi.org/10.3390/su13095156>.
- Schultz, P. W., & Kaiser, F. G. (2012). Promoting pro-environmental behavior. In S. D. Clayton (Ed.), *The Oxford handbook of environmental and conservation psychology* (pp. 556–580). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199733026.013.0029>
- Skinner, B. F. (1981). Selection by consequences. *Science*, 213(4507), 501-504. <https://doi.org/10.1126/science.7244649>.
- Skinner, B. F. (1986). The evolution of verbal behavior. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 45(1), 115-122. <https://doi.org/10.1901/jeab.1986.45-115>.
- Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*, 1759. Alianza.

- Steen, K., y van Bueren, E. (2017). The defining characteristics of urban living labs. *Technology Innovation Management Review*, 7(7), 21–33. <http://doi.org/10.22215/timreview/1088>.
- Sun, C., Pei, X., Hao, J., Wang, Y., Zhang, Z., y Wong, S. C. (2018). Role of road network features in the evaluation of incident impacts on urban traffic mobility. *Transportation research part B: methodological*, 117, 101-116. <https://doi.org/10.1016/j.trb.2018.08.013>.
- Takimoto, H., Omori, F., y Kanagawa, A. (2021). Image aesthetics assessment based on multi-stream CNN architecture and saliency features. *Applied Artificial Intelligence*, 35(1), 25-40. <https://doi.org/10.1080/08839514.2020.1839197>.
- Thaler, R. H. (2015). *Misbehaving: The making of behavioral economics*. W. W. Norton y Company.
- Thaler, R y Sunstein, C. (2008). *Nudge*. Penguin Books.
- Todorov, J. C. (2019). Macrocontingencies and metacontingencies in behavioral economics. *Behavioral and Brain Sciences*, 42, e7.
- United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division. (2019). *World urbanization prospects: The 2018 revision* (ST/ESA/SER.A/420). <https://population.un.org/wup/Publications/Files/WUP2018-Report.pdf>
- Valera-Vidal, S. (2013). Social identity and urban space appropriation. In *Environmental psychology: Current trends and future perspectives* (pp. 95–110).
- Van Houten, R., Malenfant, J. E. L., Reagan, I., Sifrit, K., Compton, R., y Tenenbaum, J. (2010). Increasing seat belt use in service vehicle drivers with a gearshift delay.

Journal of Applied Behavior Analysis, 43(3), 369–380.
<https://doi.org/10.1901/jaba.2010.43-369>.

Wiggins, A., & Crowston, K. (2011). From conservation to crowdsourcing: A typology of citizen science. In *2011 44th Hawaii International Conference on System Sciences (HICSS)* (pp. 1–10). IEEE Computer Society. <https://doi.org/10.1109/HICSS.2011.207>

Wilson, J. (2012). *Responsabilidad moral y la ética contemporánea*. Universidad Nacional.

Wilson, J. Q., & Kelling, G. L. (1982, March). Broken windows: The police and neighborhood safety. *The Atlantic Monthly*, 249(3), 29–38.

Zapparoli, H. R., Marin, R., & Harte, C. (2021). Rule-governed behavior: An ongoing RFT-based operant analysis. *Perspectivas em Análise do Comportamento*, 12(1), 197–213.
<https://doi.org/10.18761/PAC.2021.v12.RFT.09>

Zimbardo, P. G. (1969). The human choice: Individuation, reason, and order versus deindividuation, impulse, and chaos. In W. J. Arnold & D. Levine (Eds.), *Nebraska symposium on motivation* (Vol. 17, pp. 237–307). University of Nebraska Press.



Universidad
Autónoma de
Occidente



Universidad
icesi

Este libro se terminó de editar en octubre de 2026. En su preparación, realizada desde la Editorial Universidad Icesi, la Editorial de la Universidad Pedagógica Nacional y la Editorial de la Universidad Autónoma de Occidente, se utilizaron tipos Klinik Slab en 12/18.



Imagine una ciudad en la que todos reciclan, pagan sus impuestos, cuidan los espacios públicos, respetan las normas de tránsito, ayudan a quienes lo necesitan y conservan el agua y la energía. Lograr este ideal parece desafiante en el diverso, bullicioso y muchas veces caótico entorno de la ciudad contemporánea. Este libro aborda la importancia de fomentar una convivencia ciudadana en la que los individuos asuman un papel protagónico en la regulación de su comportamiento a través de la regulación consciente y responsable de sus propias acciones. La convivencia ciudadana va más allá de compartir un espacio físico; requiere que los individuos reconozcan, adopten y pongan en práctica, de manera consciente y responsable, las reglas que orientan sus interacciones cotidianas, favorecen el respeto mutuo y hacen posible la vida en común en la ciudad.

En este contexto, los Comportamientos Urbanos Responsables (CUR) son esenciales para asegurar el derecho a la ciudad y la calidad de vida urbana.

Pablo Páramo

ISBN 978-628-7928-47-3



9 786287 928473